



*Los ciegos
del 13 de
marzo*

Francisco J.
Sánchez

Los ciegos del 13 de marzo

Por Francisco J. Sánchez

Advertencia

Calificación por edades: mayores de 18 años

© 2020 Francisco José Sánchez Contreras
fransanchez6@hotmail.com

© Imagen de portada Freepik.com

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.
Calificación por edades: mayores de 18 años

1.^a edición
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1 Autolisis

2 Centro comercial

3 El invidente

4 Roberto

5 Examen

6 El Indalecio

7 El escritor

8 La cita

9 Venganza

10 El colegio

11 La doctora

12 La misión

13 El monumento

Epílogo

Autolysis

13 de marzo.

Emitió un desesperado quejido al sentir un intenso dolor agudo, entreabrió los ojos y vislumbró a alguien vestido de blanco. Sus párpados volvieron a cerrarse y otra dolorida punzada le obligó a despertar. El frenesí de personal con batas y pijamas blancos por toda la sala era incesante. Aquella marea de actividad que pululaba de un lado para otro le sobrepasaba, no sabía dónde se encontraba ni que sucedía, intentó incorporarse, pero le fallaron las fuerzas, optó por desistir y volver al mundo de Morfeo.

—¿Cómo te llamas?, ¿qué cómo te llamas? —oía con insistencia.

—Ra... fa... —balbuceó con los dos ojos cerrados.

—¿Cuántas pastillas te has tomado? ¿Qué cuántas pastillas te has tomado? —volvió a interrogar la joven con voz firme y decidida.

Le costaba mantener los ojos abiertos, solo le apetecía dormir y aquella gente le estaban incordiando.

—Dejadme... tengo... sueño...

—De eso nada. ¡Espabila! —ordenó la voz.

El dolor provocado por la fuerte presión en el lóbulo de su oreja le abrió los ojos, buscó enfadado la causa de aquel ataque, pero sus muñecas estaban maniatadas a la camilla.

—Tranquilo, colabora, es por tu bien.

Comprendió que se encontraba en el hospital, en urgencias, estaba muy somnoliento, pero vivo. Lo último que recordaba fue el titánico esfuerzo que realizó para pulsar la roja tecla de emergencias de su teléfono móvil de última generación.

De súbito se encontró más lúcido y espabilado, la inyección por vía intravenosa que le aplicó el enfermero por orden de la joven doctora le había hecho un efecto inmediato. La facultativa, ya en un tono más suave, comenzó a interrogarle para realizarle su historia clínica. Que si tenía alergias, si padecía alguna enfermedad, si tomaba algún tratamiento, antecedentes familiares. Rafa contestaba dócilmente mientras quedaba embobado por la belleza de la doctora; «Alicia», pudo

leer de soslayo en la tarjeta identificativa que colgaba de su bata desabrochada.

Por primera vez en su vida, se sintió relajado, tranquilo y a gusto con una mujer, a excepción de su madre por supuesto. Se entretuvo contemplando a Alicia, su vaivén por la sala, escribir en el ordenador, susurrar órdenes a las enfermeras con un aterciopelado acento del norte:

—Lavado de estómago con carbón activado y después consulta con psiquiatría.

Rafa permanecía fascinado, Alicia era alta y esbelta, morena con pelo largo atado en una coleta de caballo, ojos azules, labios carnosos. Sus pechos turgentes intentaban escapar del generoso escote, cintura de avispa, tras la bata se le adivinaba un culo prieto.

—Sí, mi turno de hoy es de veinticuatro horas, salgo a las ocho de la mañana —escuchó decirle a un compañero.

Tras el típico sermón sobre las bondades de la vida y la estupidez del suicidio, le inculcó ánimos para buscar solución a sus problemas. Alicia se despidió muy amable y contoneándose por la sala de pacientes críticos se dirigió al pasillo, hacia su consulta. Debía continuar atendiendo a la larga cola de pacientes que seguían esperando atención médica en la sala de espera. Rafa la observó obnubilado mientras se alejaba.

Tras terminar de vomitar fue trasladado al área de psiquiatría. A primera hora de la mañana no tuvo más remedio que mantener una larga y sincera charla con el especialista.

Rafa fue un niño gordito, de estilo rechoncho, un negado para el deporte y todos los juegos que requerían un esfuerzo físico. Dado su peculiar aspecto, tuvo problemas con frecuencia en el colegio y en su pequeño pueblo natal, famoso por su puente de hierro, aledaño a la sierra de la Alpujarra de Granada.

Siempre fue el centro de las burlas y desprecio de sus compañeros, se mofaban bastante de él. Esto le provocó un gran aislamiento social, convirtiéndose en un solitario. En su infancia solo encontró refugio en las novelas, tebeos y enciclopedias de historia, convirtiéndose en un ávido devorador de literatura de todos los géneros.

Alcanzó su adolescencia padeciendo una timidez extrema. La única ventaja es que disponía de mucho tiempo libre para dedicar al estudio y a una de sus aficiones favoritas, la informática.

Genéticamente se parecía más a su padre que a su madre, por lo que heredó su pelo escaso y grasiento, así como su baja estatura.

Su traslado a la ciudad y la entrada en el ambiente universitario no le cambió demasiado la vida. Ya lucía además una prematura alopecia y una gran miopía adornadas con unas gruesas y poco estilizadas gafas de alta graduación que resaltaban aún más su morfología.

Se licenció con excelentes notas, lo que le permitió buscar con facilidad su futuro profesional como programador. Lo encontró en Almería, ciudad del sureste, en la costa mediterránea. Pero a demasiada distancia de la única relación estable y cariñosa de toda su vida, su pequeña familia. Adecuó su trabajo a su estilo de vida, se convirtió en su propio jefe. Su profesión la realizaba en casa, sin horario. Le presentaban el desarrollo de una aplicación o el diseño de una página web, solo debía concentrarse, sumergirse en la tarea y dedicarle todo su tiempo. Descubrió que por la noche trabajaba mejor, las conexiones de Internet fluían más despejadas, su ordenador iba mucho más rápido y las páginas web subían con mayor velocidad. Así que cambió sus hábitos de vida, dormía más por la mañana y trabajaba en sus proyectos durante las tardes y las noches.

Un día se descubrió con cuarenta años, sin amigos, sin pareja, sin familia, sin relaciones, solo y amargado. Dada las circunstancias de su vida, siempre tuvo una personalidad depresiva que solventaba con medicación y muchas horas de trabajo.

Le gustaba mucho el sexo, como a casi todo el mundo, aunque nunca había mantenido relaciones, era virgen e incapaz siquiera de charlar de cosas banales con ninguna mujer. Se ponía

tan nervioso que apenas conseguía articular palabra, provocándole una ridícula tartamudez. En una ocasión, recién llegado a la ciudad, intentó contratar los servicios profesionales de una prostituta. Al subir a la habitación de la pensión, mientras la chica se desnudaba, se sintió tan nervioso que un amargo sabor de boca le provocó unas arcadas que no pudo reprimir, sin previo aviso y sin poder evitarlo vomitó sobre la prostituta. La chica, que ya había cobrado por adelantado, entró en cólera y encontró la excusa perfecta para finalizar su trabajo y largarle a base de gritos:

—¡Pero será asqueroso el gordo seboso este! ¡Como que me llamo Susana, que no me vuelvas a buscar en tu vida! ¡Cerdo! ¡A la puta calle!

Tras la colosal bronca, Rafa, muy avergonzado, salió apresuradamente huyendo de allí en un lamentable estado de ansiedad. Después de esta nefasta experiencia, su sexualidad continuó reduciéndose a su colección de películas porno y a su muy querida y fiel amiga «masturbación». Sus circunstancias vitales le provocaron un fuerte rechazo a la sociedad, un resentido y profundo odio general.

Aquella fatídica madrugada las cosas iban rematadamente mal. Estaba atascado, como espeso, no le salía nada bien. Decidió tomarse un descanso, ver un poco la tele. No había nada interesante, multitud de programas de concursos de llamadas, esos de respuesta muy fácil, ganchos para sacarle dinero a la gente vía telefónica. Encontró en un canal de televisión local una estupenda y guapísima chica, con unas curvas impresionantes. Realizaba un strip tease al ritmo de una suave música, a los cinco minutos ya tenía una erección y tras otros cinco minutos se limpiaba el semen con un pañuelo.

Siguió sintiéndose mal, fue al botiquín a tomarse su acostumbrada píldora antidepresiva pero en un arrebato, entre lágrimas, se tomó el frasco entero. Se tumbó a esperar en el sillón, mientras seguía viendo en la televisión lo que más añoraba, el suave y aterciopelado contacto humano de una mujer. Cada vez le costaba más sujetar los párpados, insistían en cerrarse, no podía con ellos. No supo por qué, movido por un resorte inconsciente, quizás el instinto de supervivencia, alargó el brazo intentando coger el móvil de la mesa, el cable que lo mantenía enchufado para cargar la batería lo impidió y este cayó al suelo hacia el otro lado. Rafa se levantó para recogerlo, sus piernas ya no le sostenían y también cayó al suelo. Tras arrastrarse, consiguió alcanzarlo, estaba apagado, lo encendió con dificultad. No podía fijar la vista para marcar el pin, pulsó el botón rojo de emergencias y al escuchar la voz de la operadora, solo alcanzó a suspirar «socorro» antes de perder el conocimiento...

Rafa salió del hospital convencido de la idiotez que había cometido, el lavado de estómago había sido una experiencia que no quería volver a repetir jamás. Le había costado convencer al psiquiatra de que la crisis autolítica había cesado y que se tomaría las cosas de otro modo, encarando los problemas de su vida.

Llegó a su casa, pero le aguardaba una desagradable sorpresa, la puerta estaba destrozada, solo se mantenía cerrada por unas pegatinas de la policía local con la leyenda de «No pasar». El interior estaba algo revuelto, estaba muy cansado para ordenar, le apetecía dormir, así que dejó el desorden para después y bloqueó la puerta con una simple silla. Se acostó dejando su dormitorio a oscuras, con las persianas completamente bajadas y la opaca cortina extendida, como era su costumbre. Mientras entraba en el sueño no pudo reprimir pensar en Alicia que le había causado una honda impresión, sabía que era inalcanzable, ella nunca se fijaría en un tipo como él. Se durmió mientras fantaseaba como podría conseguir atraer su atención.

Descansó durante varias horas, aunque, a pesar de tener un sueño profundo, unas voces lejanas le despertaron. Estaba empapado en sudor, volvió a oír voces, pero esta vez más cerca. Abrió la puerta del dormitorio y la voz se oyó con más fuerza, no entendía lo que decía, pero sí, era aquí en

su piso, dedujo que alguien se había colado en casa aprovechando la rotura de la puerta.

—¡Un ladrón! —pensó preocupado.

Tenía unos equipos informáticos por valor de más de quince mil euros, se iba a enterar el «chorizo», cogió una pesada lámpara de la mesita de noche y se dirigió con sigilo hacia la cocina de dónde provenía el ruido. Entró y se encontró al individuo de espaldas, como no era del género valiente quiso evitar un enfrentamiento, no lo dudó y le asestó un fuerte golpe en la cabeza. El delincuente cayó al suelo inconsciente y un hilillo de sangre que manaba de la cabeza, invadió con rapidez el suelo de la cocina. La visión de tanta sangre le asustó.

—«Me lo he cargado» —pensó.

Se arrodilló y volteó el cuerpo dejándolo boca arriba.

—¡Mierda, pero si es el vecino!

No sabía ni cómo se llamaba, solo le conocía de «hola» y «adiós» en el pasillo. Le tomó el pulso y no lo encontró, no respiraba, efectivamente estaba muerto.

Le entró pánico y mil pensamientos brotaron en su mente: la policía, la detención, el juicio, la cárcel...

—Serénate Rafa —pensó en voz alta.

Podría alegar que fue en defensa propia, que estaba bajo los efectos de una fuerte medicación, además que demonios hacia el vecino en su casa, ¿curioseando? Pero, ¿y si no estaba muerto?, él no era médico. Lo mejor era pedir ayuda, así que cogió el móvil y marcó el 112, la línea estaba ocupada. Volvió a intentarlo con el 061, línea ocupada, marcó entonces el 092, este si daba llamada, aunque no lo cogían.

—«Que vergüenza de país» —pensó.

Lo intentó con el 091, una grabación le indicaba que volviera a llamar pasados unos minutos. Decidió centrarse en el 112 y marcó de nuevo, ocupado, estuvo pulsando rellamada durante unos minutos y nada.

Observó más detenidamente al vecino, por el charco de sangre que había avanzado por la cocina y la creciente lividez de su cara, supo con certeza que había fallecido. Decidió bajar a la calle a pedir ayuda, nada más salir del portal se dio de bruces con un señor.

—Ayúdeme —le espetó.

Su interlocutor le respondió malhumorado:

—¿Qué?, ¿también está ciego?, ¿otro con la bromita?, ¡pues váyase a la mierda!

Y se alejó dando pequeñitos golpecitos de un lado a otro de la acera con su blanco y alargado bastón.

Rafa no entendía nada, de pronto se percató de un extraño alboroto y al prestar atención reparó en el paisaje, era dantesco. Multitud de vehículos habían colisionado entre ellos, otros fusionados por grandes impactos, irreconocibles, algunos humeaban, otros ardían, otros se hallaban empotrados en las tiendas y en los locales comerciales. Un automóvil de un conocido fabricante francés, colgaba peligrosamente del desnivel de una rampa de acceso a un aparcamiento subterráneo.

La gente pedía ayuda y auxilio sin cesar. Se movían con torpeza y sin sentido, tropezando con la maraña desordenada de coches, de hierros retorcidos, de piezas y partes de vehículos, defensas, retrovisores y puertas arrancadas, chatarra diversa esparcida por el asfalto.

Algunas personas envueltas en llamas, otras yacían inmóviles en el suelo, ensangrentadas, otras patinaban y caían cómicamente en la calzada por la capa de aceite y residuos que derramaban los coches destrozados. Otros, asustados, permanecían dentro de los vehículos accidentados. Algunos viandantes permanecían abrazados entre ellos, apiñados, formando una extraña reunión, como una

melé en un partido de rugby.

Le causó una honda impresión un autobús de línea que había colisionado con una de las paradas de más afluencia, aplastando y arrollando a un numeroso grupo de ciudadanos, sembrando la acera de cuerpos mutilados en diferentes formatos, miembros amputados y vísceras bañadas en sangre.

En otra zona de la calle observó como una señora caía rodando por una escalinata, quedando inmóvil en el suelo. A otro señor, lo vio hundirse dentro de una zanja de obras, otro tropezó sobre una alfombra de cristales de un escaparate roto produciéndose varios cortes en manos y brazos. De pronto un vehículo humeante explotó, fulminando a las personas de alrededor y provocando una lluvia mortal de chatarra y escombros que alcanzó a otro grupo próximo.

Giró la cabeza para mirar calle abajo y el panorama era similar en toda la avenida, con diversos focos de incendios que provocaban una humeante niebla.

Rafa quedó petrificado por la sorpresa, ¿qué había pasado?, por mucho que lo pensaba no sabía que sucedía. Por sorpresa alguien colisionó con él y le cogió fuerte del brazo, con gran angustia le suplicaba y suplicaba ayuda. Otro le tropezó por detrás y le agarró de la cintura, pidiéndole auxilio a gritos. Un individuo muy cercano braceó al aire consiguiéndole coger por la otra muñeca, mientras un niño de unos siete años se abrazaba a su muslo, y casi al unísono, por delante, una madura señora de unos cincuenta años se abrazaba con fuerza a su cuello. Rafa estaba atrapado, rodeado y mientras todos voceaban, intentó zafarse con fuerza sin conseguirlo. No podía moverse, le estaban haciendo daño y se sintió muy agobiado, intentó razonar con ellos pero habían entrado en una especie de histeria colectiva, todos hablaban a la vez imposibilitando la comunicación. Ya no aguantaba más, se acercaban más personas, así que optó por perder el equilibrio y tirarse al suelo arrastrándolos a todos. Consiguió que algunos le soltaran, allí le fue más fácil desasirse del resto y rodar unos metros. Se levantó con rapidez, dolorido y erosionado dobló la esquina.

Intentaba reponerse del susto cuando de pronto alguien volvió a colisionar con él y volvió a cogerle fuerte del brazo mientras le imploraba y le imploraba ayuda. Le reconoció enseguida, era el encargado del supermercado de los bajos de su edificio.

—¿Qué le ocurre vecino? ¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No veo, no veo nada, no hay luz, todo está oscuro, no puedo abrir los ojos —contestó.

—¿Cómo que no ve, es qué le ha caído algo dentro, algún líquido o arena? —replicó Rafa mientras le miraba directamente a los ojos.

Tenía los párpados cerrados y algo hinchados, sus pestañas estaban como soldadas por una pasta amarillenta y viscosa que le supuraba por los lagrimales.

—¡No, la luz cegadora, la luz cegadora!, —repetía sin sentido.

Rafa seguía sin entender nada y aquel hombre decía cosas incoherentes.

—¿Qué luz cegadora?, cálmese y cuéntemelo todo para que pueda ayudarle —le dijo.

El encargado se sosegó un poco, le narró cómo estaba en su supermercado, despidiendo a unos clientes, cuando de pronto todo se volvió blanco, una potente luz apareció de improviso y lo invadió todo durante unos segundos interminables. Después le surgió un gran dolor en los ojos y desde ese momento había perdido la visión, estaba ciego, le costaba mucho abrir los ojos, aunque consiguiera abrirlos, seguía sin ver nada. También le narró cómo escuchó los frenazos, los pitidos de los vehículos, las colisiones y el griterío. Le preguntó si había pedido ayuda, le respondió que sí, pero nadie había acudido, le comentó que había tropezado con varias personas, le parecía que estaban en sus mismas condiciones.

Hacía un calor extremo, inusual para esa época del año, Rafa seguía empapado en sudor y le

costaba mucho pensar y tomar decisiones. Se soltó del brazo del encargado y se dirigió calle abajo, mientras este gritaba de nuevo solicitándole ayuda. Siguió caminando, eludiendo y esquivando a todo el que se encontraba a su paso, había aprendido la lección.

Al pasar junto a un vehículo estacionado se percató de que el conductor intentaba conectar repetidas veces con emergencias por el «manos libres», las líneas no funcionaban, esa historia le sonaba cercana. Mientras observaba esta escena, dedujo que no vendría nadie a ayudar, todo el mundo estaría llamando a las líneas de emergencias, además ¿y si los servicios de ayuda estaban igual y también habían perdido la vista?, ¿y si no había nadie para socorrerles?, ¿y si estaba él solo para encargarse de todo el mundo? Había muchísima gente, ¿cómo podría él organizarlo todo?, ¿qué hacer primero?, ¿qué decisiones tomar?, empezó a notar el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, le entró un fuerte pánico y echó a correr.

Mientras bajaba la avenida sin rumbo fijo, la visión de las calles adyacentes era muy similar: humo, gritos, desorden, caos, chatarra, cuerpos inertes, sangre, marañas humanas. Rafa dejó de correr enseguida, sus kilos de más y el sofocante calor se lo impedían. Tenía mucha sed, así que se dirigió a un bar cercano. Pero antes de entrar, una anciana llorosa, con una rapidez y habilidad inusitada le asió del brazo pidiendo que la ayudase, tenía una herida en la ceja que bañaba su rostro de sangre. Rafa la miró aterrorizado y sin pensarlo, casi por instinto le mintió:

—¡Ayúdeme usted, estoy ciego! —gritó Rafa.

La anciana le soltó, comprendiendo que estaba en la misma situación que ella y que de poca ayuda le iba a servir. Rafa, sorprendido con la facilidad con la que había resuelto el problema, entró en el vacío bar. Había una televisión conectada, solo emitía una imagen de una mesa vacía, sin sonido. Cambió de cadena buscando información sobre lo que había pasado, en algunas emisoras la programación era normal, películas, series, documentales. En otras era la hora de las noticias, pero no había noticias, en una enfocaban el suelo, en otra se veía una sala con gente tanteando las paredes, el panorama resultaba hasta cierto punto cómico.

Se auto sirvió una cerveza, luego otra tras otra, mientras reflexionaba. Se sentía superado, sobrepasado por los acontecimientos, impotente, se auto convencía de que su ayuda sería como una gota de agua en el inmenso desierto, que él poco podía hacer. Él ya tenía sus propios problemas con los acontecimientos de la pasada noche, además sentía rencor y odio hacia esta sociedad que tantas zancadillas le había puesto durante su vida. Siempre se había sentido marginado, humillado, ¿por qué iba a ayudarles ahora? Pensó que quizás ahora era su momento, le invadió cierta sensación de venganza. En ese momento una chica joven y hermosa entró dentro del bar, tanteando y dando brazadas al aire. Lucía unos esbeltos muslos por culpa de una cortísima minifalda que aleteaba al desplazarse, dejando al aire unos glúteos divididos por un mini tanga. Rafa se levantó y titubeó, los efectos del alcohol nublaron su razonamiento, se quedó pensativo unos largos segundos. Se acercó con sigilo por detrás, la empujó y la aprisionó con fuerza sobre una mesa, la sorprendida chica se revolvió con todas sus fuerzas mientras gritaba con gran desespero, a él no le importaron sus gritos, ya que estos se solapaban con los de la calle. Con su peso impidió el forcejeo de la chica y esperó con paciencia, trascurridos unos minutos las fuerzas de la chica fueron decayendo y ya con las defensas bajas, aprovechó y se introdujo con torpeza dentro de ella. Tras unos breves y fuertes vaivenes, se alivió después de muchos años de tensión contenida. La joven ya solo tenía fuerzas para llorar, Rafa se abrochó atropelladamente la bragueta y la invitó a sentarse para que descansara, le agarró con suavidad el brazo para guiarla pero la joven sacó fuerzas de flaqueza volviendo a agitarse en un ataque de histeria y al sentirse liberada salió huyendo a lo loco, tropezó con sillas y mesas hasta que se derrumbó en el suelo magullada y agotada.

Rafa salió del bar girando la cabeza en todas direcciones, asegurándose que nadie hubiera sido testigo de los hechos, dejando a la pobre chica allí abandonada entre lastimeros sollozos, pensando que su primera vez le había parecido incómoda y demasiado fugaz.

Caminaba sin remordimientos, convenciéndose de la justificación de sus actos, de lo mal que la sociedad se había portado con él, de lo moral y de lo inmoral, que debía adaptarse a la nueva situación y si esta le favorecía, la iba a aprovechar. No le debía nada a nadie, se sentía bien, casi eufórico, seguro de sí mismo, pensaba que sus problemas personales, que su complejo de inferioridad, podrían diluirse ante el inesperado giro de acontecimientos. No tenía obligación de ayudar a la comunidad, de la que nunca se sintió parte. Además no era un héroe, ni bombero, no era policía, no era médico, no era médico... ¡médico!, en ese instante recordó a Alicia, la intensa, buena e impactante impresión que le había causado. Ella sí merecía ser salvada, tenía que ayudarla, por ella sí era capaz de esforzarse, por ella sí podría ser un héroe, sería su héroe, así encontraría la forma de lograr atraer su atención.

Buscó un coche disponible, el que encontró, tenía las llaves puestas, sonaba música a bajo volumen en la radio. Quizás radiaban algún noticiario, sintonizó emisoras, sonaban programas varios, con seguridad de esos pregrabados, en una cadena la locutora pedía ayuda, se había quedado ciega. Siguió buscando y en una consiguió alguna vaga noticia, el locutor, que también había perdido la vista, aunque no los nervios, emitía repetidamente una especie de parte de emergencia. Narraba como la mayoría de las líneas telefónicas estaban saturadas, por un exceso de llamadas. Que todo se inició con una potente luz cegadora de la que desconocían las causas. Aventuraba varias hipótesis, podría ser por una bomba atómica, posibilidad poco probable, el país no sufría amenazas directas ni motivos para ninguna agresión. Tampoco se descartaba algún nuevo tipo de ataque terrorista. Quizás la entrada de un gran meteorito en la atmósfera provocara una gran llamarada, otra posibilidad era por un desconocido efecto climatológico o alguna anomalía provocada por el Sol como una enorme erupción solar. El locutor continuaba dando algunos consejos básicos, permanecer en casa porque ser el lugar más seguro, el que mejor conocíamos de memoria, no aventurarse en la calle por ser peligroso y esperar a recibir ayuda.

—¡Ja!, ayuda, —pensó Rafa con ironía.

Arrancó el coche y empezó a conducir por la desolada calle, era imposible avanzar, había que esquivar los demás vehículos parados, ya que circular, no circulaba ninguno. Lo peor era la gente, estaban en medio de la calzada y se movían muy lentos, cuando conseguía que un peatón abandonara la trayectoria, por otro lado se volvía a interponer otro, iba a tardar horas en llegar al hospital. Tenía que buscar otro medio de transporte, le parecía demasiado fuerte la posibilidad de avanzar atropellando gente. Abandonó el coche y anduvo un rato, ya empezaba a adaptarse a la nueva situación evitando el área de acción de los afectados. Hacía el menor ruido posible y si no tenía más remedio, gritaba ayuda, imitando a los demás.

Encontró un ciclomotor, nunca había sido demasiado hábil conduciéndolos, aunque podría servirle. Se dirigió con torpeza al hospital y claro que este vehículo era mucho más práctico, era más fácil esquivar personas y vehículos.

Entró por urgencias, aquello se parecía mucho a las películas de zombis que tanto le gustaban, caos y desorden por todos lados. Por supuesto el personal sanitario también estaba afectado, nadie ayudaba a nadie, bastante tenía cada uno con lo suyo. Deambuló por los pasillos, las salas y las consultas, no la encontró. ¿Dónde estaría?, de pronto recordó que la noche pasada Alicia le comentó a otro compañero que salía a las ocho de la mañana, por lo que pensó que quizás podría estar en el aparcamiento. Se dirigió allí con la moto, no la encontró. Observó un poco por los alrededores, hasta que vio una zona en obras con un cartel que decía estacionamiento de personal,

perdonen las molestias, estamos trabajando para mejorar. Se acercó y de pronto la vio, estaba sentada en un bordillo a la sombra, con unas gran gafas de sol cubriéndole los ojos, le acompañaba alguien, supuso que un compañero.

—Hola, ¿necesitan ayuda? —preguntó Rafa.

Alicia se levantó de un respingo, entre asustada y sorprendida.

—Sí, sí, nos hemos quedado ciegos después del gran resplandor, llévenos a urgencias por favor, hace horas que no ha pasado nadie por aquí. No nos hemos atrevido a ir nosotros porque la zona está plagada de agujeros y hoyos de la obra.

Rafa le explicó que iba en moto y que solo podían ir de uno en uno. Ayudó a subir a Alicia, le indicó que se agarrara fuerte, emprendieron la marcha mientras notaba los pechos de Alicia clavados en su espalda.

Rafa pensó que era hora de tomar decisiones, desde luego no iba a ir a urgencias, ¿para qué?, allí no habría nadie que pudiera ayudar. Decidió llevarla a casa y le ocultaría que había sido su paciente la noche anterior. Al bajar de la moto, Alicia, extrañada, le indicó que habían tardado demasiado en llegar a urgencias. Preguntó qué sucedía, tras oír los gritos de auxilio de la gente que se dirigían torpes hacia ellos, siguiendo el ruido de la moto. Apresurado le informó que allí no estaban a salvo, que se encontraban en peligro. Luego se lo explicaría todo con más calma porque era imperante salir allí, le imploró un poco de confianza y tras vencer las sospechas de Alicia, consiguió que subiera a casa.

La sentó en el sofá, Alicia le pidió agua, Rafa fue a la cocina a por un vaso y ¡sorpresa...! allí continuaba el cadáver de su vecino. Por la frenética sucesión de acontecimientos le había olvidado por completo.

Sintió pena por él y se lamentó por su mala suerte, comprendió que debido a la ceguera entró por error en su piso. Los remordimientos le castigaban porque aquella situación podría haberse evitado si él hubiera actuado de otro modo, si hubiera intentado asustarle, si hubiera intentado dialogar, claro que a toro pasado todo se ve más claro y aquello ya no tenía solución.

Volvió al salón y tras apurar el vaso de agua, Alicia preguntó por su compañero de trabajo que esperaba en el aparcamiento del hospital. Rafa, antes de nada, le dio una breve explicación de la situación actual, donde todo el mundo había perdido la visión, donde no funcionaba ningún servicio público y le adornó, con gran exageración para influirle temor, que bandas de supervivientes realizaban saqueos, pillajes y asesinatos. Le contó que gracias a que estaba durmiendo completamente a oscuras cuando sucedió el fenómeno, no estaba afectado. Le surgió de repente la idea que más gente como él podría no estar ciega, se reservó ese problema para más adelante.

Pidió a Alicia que le esperase allí, mientras iba a recoger a su amigo. Le cerró la puerta del salón por seguridad y para que no se percatara de que sacaba el cadáver. Tras arrastrar al pesado vecino a la calle lo depositó al lado de una pared.

Bueno, había que empezar a organizarse y solucionar prioridades. Tenía que pensar en la comida, en la seguridad, en las medicinas, que suerte que contaba con un médico en casa. Ya resolvería improvisando como buen español los problemas que fueran surgiendo.

Entró en el supermercado que se encontraba debajo de su casa, allí se reencontró con su vecino el encargado. Bajo protestas y un forcejeo le sacó a la calle, le arrebató las llaves, cerró las puertas y bajó las persianas de seguridad. El encargado quedó afuera impotente, golpeando la puerta y gritando.

—Ya se cansará —dijo Rafa.

Realizó una pequeña inspección, estaba surtido de alimentos y todo tipo de productos. Todos

los congeladores funcionaban y estaban repletos de mercancías. El supermercado tenía una puerta trasera con acceso independiente al pasillo del bloque, podría entrar y salir con comodidad de la tienda sin necesidad de salir al incómodo exterior.

Al pasar por la zona de la frutería tuvo un inesperado encuentro, la ayudante del supermercado, una chica joven y rubia, se encontraba tumbada en un rincón. Se acercó con sigilo y comprobó que estaba dormida, Rafa no contaba con este contratiempo. Ahora tendría que volver a abrir las pesadas persianas metálicas de la gran puerta para sacarla de allí o la podría sacar por la puerta de atrás y salir por la entrada del bloque. Lo pensó unos momentos, mientras la observaba. La verdad es que la joven era atractiva, vestía una bata corta que dejaba al aire un muslo terso y suave, sus labios eran carnosos y rosados. Lo pensó mejor y tras una sonrisa lasciva, se le ocurrió que su situación era ideal para conseguir saciar sus bajos instintos reprimidos durante años. Ahora era su momento y no iba a desaprovecharlo, su imaginación evocó los instantes placenteros de un sultán con sus concubinas, de un harén, su particular harén. Se sintió poderoso, fuerte, eufórico y un subidón de autoestima le animó.

Allí había mucha comida, podría alimentar otra boca más. Decidido a no expulsarla pensó que no podía dejarla allí, era un peligro para su despensa, podía, por accidente, estropear algo, romper, o provocar un incendio, no quiso arriesgarse. Podría instalarla en su casa junto a Alicia, aunque lo reflexionó mejor, quizás más adelante. Tenía que pensar, pensar, se le ocurrió una idea brillante, la casa de su vecino, «fallecido por accidente», era la vivienda contigua a la suya, por su cercanía era mucho más práctico para sus planes.

Necesitaba las llaves, así que salió por el portal del edificio, se acercó al cadáver. Buscó las llaves y al encontrarlas subió al piso, estaba vacío. Con rapidez lo preparó, lo ordenó un poco, eliminó los elementos peligrosos para un invidente y descendió de nuevo a por la chica. Seguía dormida, tenía que inventar una historia coherente para conseguir que subiera al piso sin problemas. Buscó en la oficina y encontró una radio portátil, sintonizó la emisora que antes había escuchado, allí seguía aquel locutor con su corto parte de noticias, más cansado, pero allí continuaba. Despertó con suavidad a la chica, que tras unos instantes reaccionó de forma brusca:

—Sigo sin poder ver, no veo nada, ¿quién es usted?, ¿qué ha pasado? —interrogó nerviosa la chica.

—Tranquilízate, me llamo Rafa, soy amigo, escucha la radio un momento y comprenderás la situación.

La chica oyó las noticias, enmudeció sorprendida. Tras un breve llanto, preguntó por su encargado, Rafa le dijo que no sabía, que allí no había nadie más, pero la chica oyó los golpes en la puerta y preguntó por ellos. Rafa le explicó que eran bandas que querían entrar a robar al supermercado y que debían de marcharse de allí ya que no estaban seguros. La chica asintió y ambos subieron hacia el piso del vecino donde la instaló lo más cómoda posible.

Rafa le dio una larga charla sobre la nueva situación, el mundo había cambiado y había que sobrevivir. Ella estaba ciega, era débil e indefensa, no podía valerse por ella misma. El exterior se había vuelto peligroso, por las bandas y porque para ella, ahora, el exterior era un nuevo y desconocido mundo, con sus barreras arquitectónicas y su dificultad para conseguir alimentos, medicinas, bienestar. Le dijo que no se preocupara, que él la iba a cuidar, la alimentaría, la ayudaría, la protegería. De momento su hogar sería este, que debía memorizarlo y aprender la ubicación de los enseres para desenvolverse con seguridad.

La chica le agradeció mucho la ayuda, le comentó que no sabía cómo podría pagárselo, Rafa aprovechó la ocasión y en un tono amigable, le tomó la mano y le hizo saber que era soltero sin novia. Que necesitaba compañía, que tenía necesidades, que ella podría llegar a ser una gran

carga y una gran responsabilidad, pero haría un gran esfuerzo por atenderla. Se inclinó sobre ella y le robó un beso, ella se sobresaltó, se revolvió y se apartó asustada. Le hizo saber muy nerviosa que no le gustaba aquella situación, que la dejara marchar, que por favor la llevara a su casa.

Rafa entró en cólera, le gritó que en su casa no habría nadie, o estarían ciegos o muertos. ¿Qué quería?, ¿qué la dejara en la calle?, ¿a merced de los alborotadores?, con seguridad que la violarían entre todos y después la matarían. Le dijo que ya había visto muchos cadáveres tirados en la calle, y si esto no ocurría, de todas formas moriría de hambre y sed. Mientras ella sollozaba le dio un ultimátum, lo que quizás necesitaba era un tiempo para reflexionar y para que aprendiera lo que le esperaba sola, sin ayuda. Le provocaría vivir una situación similar, padeciendo hambre, sed y necesidades. Cortó la llave del agua y sacó del apartamento toda la comida y las bebidas que encontró en los armarios de la cocina. Salió dando un portazo, girando la llave para que no pudiera salir.

Siguió con su plan, necesitaba asegurar su bloque, por lo que decidió pasar puerta por puerta para ver si aún vivía alguien por allí. En una de las viviendas le abrió una señora madura con sobrepeso, asustada, y como no, solicitando ayuda. Rafa reaccionó con rapidez y le contó que era del servicio de ambulancias, que la llevaría a urgencias del hospital para que la atendieran. La señora confiada le siguió, pero antes Rafa le pidió las llaves de su casa para cerrar la puerta y tras guardárselas en su bolsillo, mintió a la señora indicándole que las había puesto en su bolso. Bajaron a la calle, dobló dos esquinas, la desorientó un poco y le soltó el brazo, alejándose con sigilo y abandonándola allí, mientras ella sorprendida le llamaba con insistencia.

Durante el corto trayecto observó algo curioso, algunas personas comenzaban a coordinarse y formaban cadenas humanas que se movían pegadas a las paredes, sin saber muy bien a dónde dirigirse.

Volvió al bloque y reanudó la inspección del edificio. Todas las viviendas estaban vacías, salvo el ático, donde una voz de mujer joven, preguntaba desde el interior. Rafa respondió que era de los servicios de rescate, la mujer abrió la puerta, estaba igual de ciega que los demás. La observó con detenimiento, joven, alta, esbelta, muy guapa.

—«Esta para mí colección» —pensó, dándole el visto bueno.

Rafa le dio una breve explicación de los acontecimientos conforme a sus intereses, le explicó que las autoridades le habían asignado esa zona y era el responsable de cuidar y atender a los afectados. Era importante por su seguridad, permanecer en casa, mientras las autoridades terminaban de instalar unos campamentos especiales con el mínimo de servicios y garantías. Rafa se volvió a sorprender por su capacidad de imaginación e improvisación. La engatusó para que le entregara una copia de la llave, revisó la vivienda y la despensa. Le preparó un bocadillo frío con pan de molde, le dio unas breves nociones para su seguridad y le prometió que volvería al día siguiente.

Rafa estaba cansado, llevaba unos días muy ajetreados, llenos de vivencias, emociones y situaciones extrañas. Se había olvidado momentáneamente de Alicia que seguía en su casa y con la puerta del piso abierta, esperaba que no hubiera salido a explorar y se hubiera hecho daño. La encontró en el sofá del salón, durmiendo profundamente, cansada por el cúmulo de noches en vela debido a sus guardias. Se acercó a observarla, tenía su bello rostro sereno, sus grandes pechos subían y bajaban por la respiración. Era guapísima, le acarició la mejilla y Alicia se despertó sobresaltada, Rafa la tranquilizó, pero de inmediato Alicia le preguntó por Antonio:

—¿Antonio, qué Antonio? —respondió sorprendido Rafa.

—El compañero que estaba conmigo en el aparcamiento del hospital, si habías ido a recogerlo —inquirió ella.

Rafa se había olvidado por completo de ese detalle, titubeó, no sabía que contestar. No podía decirle que ni siquiera tenía intención de ir a socorrerle, tenía que inventarse algo rápido. Solo le diría que no le había encontrado, que ya no estaba. No era buena idea, ella podría insistir para que volviera a buscarle. Estaba en estos pensamientos, cuando Alicia entristeció y unas lágrimas recorrieron sus mejillas. Por fortuna para Rafa, Alicia interpretó ese largo silencio con que algo trágico le había sucedido a su amigo. Rafa con agilidad mental discurrió que lo había encontrado fallecido dentro de una zanja, con la cabeza abierta por un fuerte golpe. Que impaciente por la espera, seguro que intentó llegar por sus medios a urgencias alcanzando ese triste final. Se lamentaron durante un rato mientras la consolaba.

Rafa tenía hambre, era un experto cocinero, era una de sus aficiones preferidas, cocinó algo rápido para ambos, a los postres, intercambiaron opiniones sobre la nueva situación y de cuál sería su mejor estrategia. Decidieron que lo mejor era permanecer en casa unos días esperando, viendo como evolucionaban las cosas fuera, que Rafa saldría lo imprescindible para traer víveres.

Alicia le comentó que necesitaba algunas cosas de la farmacia. Le explicó que tenía unos periodos menstruales muy irregulares y dolorosos, que para controlarlos tomaba píldoras anticonceptivas y paracetamol para el malestar general. También le pidió una serie de pomadas y colirios oftalmológicos, unas pastillas de nombre impronunciable, gasas y antiinflamatorios. Quería comenzar a medicarse y tratar de revertir su ceguera. Rafa anotó el listado del pedido y salió en busca de la farmacia.

En la calle muchos de los incendios estaban mitigando su fuerza, aunque aún quedaban algunos aislados, no representaban peligro al no poder expandirse. Mientras caminaba pegado a la acera, le pareció divisar a lo lejos dos personas doblar por una esquina, demasiado ágiles y resueltas para ser ciegas. Se le erizó la piel, sería cuestión de tiempo el encuentro con alguien no afectado, en estas circunstancias ese encuentro podría resultar algo peligroso. Rafa sintió miedo, él nunca había sido del género valiente.

Estaba Rafa ensimismado en sus pensamientos, cuando, por casualidad, encontró tirada en el suelo una motocicleta de la policía local. Buscó por los alrededores al usuario de la moto, lo encontró un poco más allá, empotrado en la ventanilla lateral de un vehículo, medio cuerpo dentro y medio cuerpo fuera, con las piernas en el aire. Por supuesto estaba muerto, pero aún tenía su cinturón de trabajo, con su pistola reglamentaria, munición y unas esposas con sus correspondientes llaves, lo tomó todo prestado y lo guardó en su mochila.

Entrar en una farmacia y reunir lo que necesitaba para Alicia no fue una tarea tan fácil como parecía. La búsqueda resultaría más efectiva debido al factor suerte que a otra cosa, ya que varias estanterías estaban situadas en el centro y a lo largo del almacén, rodeadas por otras tantas estanterías apoyadas en sus paredes. Todas ellas con cinco niveles de altura, todas repletas de cajas de medicamentos, encontrar lo que Alicia necesitaba entre tantos estantes era similar a encontrar una aguja en un pajar. Rafa se demoraba demasiado y estaba a punto de darse por vencido cuando descubrió por casualidad que las cajitas de medicamentos estaban ordenadas por orden alfabético. Se maldijo por su torpeza, tras unos lentos minutos por fin completaba el pedido.

Alicia estaba desesperada por recibir sus ansiadas medicinas. Nada más llegar Rafa, se interesó por el encargo, sobre todo por las pomadas oftalmológicas. Alicia tenía la certeza de poder recuperar la visión confiando en sus amplios conocimientos sobre oftalmología, pidió a Rafa que le leyese muy despacio los prospectos de las pomadas, sobre todo la posología. Alicia le indicó que preparara con cuidado unas gasas estériles y depositara en ellas un poco de cada pomada, después ella se frotó con suma suavidad la conjuntiva de cada ojo. Estaba convencida que con la debida protección, el descanso visual y el efecto de los componentes farmacéuticos se

podría recuperar y mejorar.

Dejó a Alicia tumbada con los ojos tapados y fue a visitar a la chica del supermercado. Abrió la puerta, el piso estaba en silencio, no se oía nada, avanzó por el pasillo con precaución, desconocía lo que se encontraría y cualquier situación era posible. La chica del supermercado tumbada en la cama del dormitorio principal estaba despierta y con señales claras de haber sollozado mucho tiempo. Enseguida informó a Rafa que tenía hambre y mucha sed, Rafa le comentó que ella ya sabía cuál era el precio y quería cobrar por adelantado, ella le respondió bañada en lágrimas, que era virgen. Rafa no se ablandó y le respondió que alguna vez tenía que ser la primera.

—«Si supieras que yo también soy casi virgen» —pensó.

Ella continuaba llorando y le replicó que además no le gustaban los hombres, prefería las mujeres. Rafa se sorprendió por la confesión, no lo esperaba. Pensó que quizás era una estrategia, aunque le era indiferente, verdad o mentira, para sus fines esto no representaba ningún impedimento. Le resbalaba sus preferencias sexuales, anatómicamente era una mujer para cumplir con perfección su cometido. Rafa le respondió impacientándose, que le daba igual, que no le importaba lo más mínimo, que se decidiese. La chica, entre pucheros, se desabrochó la bata dejando a la vista su espléndido cuerpo en ropa interior. Rafa se desvistió con rapidez y mientras se colocaba un preservativo en su ya erecto pene, le prometió que intentaría ir con cuidado y delicadeza. Rafa también tenía sus dudas, solo poseía una formación teórica basada en la multitud de películas porno que había consumido. Optó por bajarle las bragas y dedicarse un buen rato a calentar, le costó, pero lo consiguió. La chica comenzó a gemir y a respirar entrecortadamente, hasta que emitió una serie de gemidos sordos. Pensó que ya estaba en su punto, así que se colocó encima de ella, le abrió los muslos, le entró poco a poco y tras unos movimientos de cadera se vació en el preservativo.

Se quedaron un rato tumbados uno al lado del otro, ella permanecía en silencio, pensativa, con la mirada legañosa ausente, ya no lloraba, el comentó satisfecho que no había estado mal.

—¿Por cierto cómo te llamas? —preguntó en un tono amable y suave.

—Isabel —respondió ella— y tengo hambre y sed.

Rafa, más alegre y contento, le preparó algo de comida. Mientras Isabel engullía con desespero, Rafa le preguntó que si de verdad era lesbiana, ella respondió que hubo un tiempo en que tuvo muchas dudas, pero estas se despejaron a raíz de una relación con una compañera de clase. Le acondicionó mejor el piso, para que estuviera más cómoda y le informó que volvería más tarde.

Rafa tenía que atender a sus otras chicas, se le acumulaba el trabajo. Subió a visitar a la chica del ático, tocó el timbre mientras abría la puerta, aquí no esperaba un ambiente hostil, de momento.

—¡Hola, soy del servicio de rescate! —gritó.

—Sí, estoy en el salón, pase —contestó ella.

Mientras se adentraba en el ático, fue observando las dependencias con más detenimiento. El ático era grandísimo, con cuatro dormitorios, una espléndida terraza con unas vistas excepcionales. Decorado con mucho estilo, de lujo, allí se había invertido mucho dinero.

—Ha tardado usted mucho en volver, estoy hambrienta, solo he podido comer algo de fruta desde ayer. Perdone usted mis modales, no nos hemos presentado, me llamo Susana.

Se dirigieron a la cocina y mientras Rafa le preparaba algo de comer, comenzó a tantear el terreno para sus intereses. Quería hacerlo sin prisa, con tacto, como ya tenía a Isabel asegurada, podía esperar un poco más con esta, trabajarla algo más. Le explicó que en el exterior las cosas

no iban bien, que había muchas bandas saqueando y realizando pillajes, había violaciones. Las autoridades no controlaban la situación y se iban a retrasar los campamentos especiales de atención a los afectados. Tenía mucho trabajo, debía de atender a mucha gente, sobre todo ancianos. Además eran pocas las personas que tenían visión y cada vez encontraban más invidentes, así que no tenía más remedio que visitarla más espaciadamente. A no ser que hubiera un motivo más personal para visitarla más a menudo y darle un trato más favorable, insinuó Rafa con especial entonación. Susana quedó callada unos largos segundos, luego sonrió y dejó perplejo a Rafa con la respuesta que recibió. No había problema, que haría lo necesario para estar lo mejor atendida posible, que lo iba a tratar tan bien que no iba a querer marcharse de allí. Acto seguido aquella despampanante mujer se levantó con torpeza, le buscó por la cocina y allí de pie, apoyado en la encimera, le bajo los pantalones y arrodillándose comenzó a realizarle una felación con gran maestría. Rafa estaba en el paraíso, aunque había descargado hacia un rato, era tanta la escasez que había padecido durante años, que no le importó. Enseguida respondió a los estímulos producidos por los sensuales y suaves labios de Susana, tras unos largos minutos, pensó que la verdad sí estaba hambrienta, porque se lo tragó todo.

Después del aperitivo, Susana continuó degustando el almuerzo preparado por Rafa mientras le narró un poco su biografía. Trabajaba de prostituta de alto standing, visitaba hoteles de lujo, asistía de acompañante a viajes de negocios y acontecimientos varios. Le iba muy bien y ganaba bastante dinero, por eso se podía permitir un ático como aquel en el centro de la ciudad. Además le confesó que no le disgustaba en exceso su trabajo, hasta se permitía el lujo de no aceptar encargos si el cliente no era de su agrado. Siempre fue muy liberal y algo ninfómana, lo que se dice una mujer abierta a todo tipo de experiencias. Haría todo lo necesario para que Rafa estuviera pendiente de ella. Estaba desvalida e indefensa, su objetivo actual era sobrevivir y si tenía que hacerlo pasando por encima de los demás, así sería. Rafa pensó que le había tocado la lotería, que suerte había tenido, Susana era todo lo contrario a Isabel, activa, complaciente y experta, muy experta. Decidió medio sincerarse con ella, le explicó que la situación era peor de lo que ella imaginaba. Que no había autoridades, que no se estaba instalando ningún campamento y que él no era de los servicios de rescate, sino alguien que quería aprovecharse de la situación. Que viera el lado positivo de las cosas, no tenía que atender ninguna zona, que prácticamente iba a estar muy pendiente de ella, siempre que mantuvieran el acuerdo. Él necesitaba compañía íntima y ella cuidados y alimentación. Susana estaba conforme, aunque quería, más adelante ir puliendo detalles referentes a este contrato verbal. Sobre todo en materia de aseo personal, métodos anticonceptivos y enfermedades de transmisión sexual, ya que por su trabajo eran temas que seguía muy a rajatabla.

Rafa se acordó de Alicia, le tocaba visitarla, comenzó a pensar que era un incordio el estar cada momento visitando a las chicas. Le consumía el triple de esfuerzo, era muy cansado y poco práctico, se pasaba todo el día cocinando menús individuales de aquí para allá. Además las chicas también se quedaban mucho tiempo solas, decidió que lo ideal era unificarlas a todas en una vivienda y aquel gran ático era ideal, perfecto por su gran tamaño y amplitud. Le comunicó a Susana que disponía de más amigas repartidas en otros pisos, que le parecía buena idea traerlas al ático. Podría hacer la comida para todos a la vez, no tendría que repartir su tiempo y ellas se podrían hacer compañía. Susana aceptó siempre que respetasen la intimidad de su dormitorio y el baño anexo a él. Decidió primero subir a Isabel, le contó a Susana su historia con Isabel, como la conoció, como la abordó y como la obligó a plegarse a su voluntad. Susana le dijo que hablaría con ella y le ayudaría en cuanto pudiese para aliviar la situación, pero le pidió que no contase a que se dedicaba, ya que la mayoría de la gente la juzgaba mal por ello.

Bajó con rapidez a por Isabel, dócilmente se dejó trasladar al ático. Le encantó tener compañía y más si era femenina. La instaló en una de las habitaciones y le dio un tour por el ático, para que se familiarizara con las estancias, los muebles y las distancias, en definitiva para que lo memorizara. Rafa se marchó a su casa, dejando a las dos chicas charlando tan amigas.

Rafa encontró a Alicia tumbada en la cama, aburrída de tanto esperar. Se alegró de oírle, ya que estaba temerosa de que algo le hubiera pasado. Rafa le explicó que había estado muy ocupado, salvando a otras dos chicas, una en el supermercado y la otra en el edificio, en el ático. Lo más conveniente para todos era mudarse allí, era mucho más espacioso, las dos chicas ya permanecían allí esperándolos. La idea le pareció muy bien así que se trasladaron al ático. Rafa hizo las respectivas presentaciones, mientras preparaba unas tapas para cenar. Las chicas narraban sus vivencias con respecto al fenómeno e intercambiaban impresiones de los últimos días vividos. Parece ser que Susana e Isabel habían tenido una charla existencialista ya que se respiraba un ambiente más relajado, distendido y cuando Isabel narró cómo se conocieron omitió los detalles escabrosos de la relación, quizás también debido al famoso síndrome de Estocolmo que ya padecía.

Alicia indicó a Rafa que debería volver con urgencia a buscar otra farmacia y recoger muchas más medicación ya que ahora eran tres las que necesitaban pomadas y demás elementos para intentar mejorar sus dolencias visuales. Rafa comentó que estaba de acuerdo, aunque ellas no podían ver como fruncía el ceño y su semblante se volvía más serio y preocupado.

Después de la cena todos se retiraron a sus respectivas habitaciones a descansar y Rafa aprovechó para colarse en el dormitorio de Susana:

—Me apetece ahora —exigió Rafa.

Susana asintió, le pidió que se tumbara en la cama. Le masajeó un buen rato, le colocó un profiláctico y se subió encima de él, lo introdujo con habilidad y comenzó a cabalgar poco a poco aumentando progresivamente el ritmo, mientras Rafa le masajeaba con deleite sus grandes mamas. Ella aumentaba el volumen y cadencias de sus gemidos hasta llegar a un gran orgasmo, Rafa no pudo aguantar más la excitación y tras unos ridículos espasmos sintió una inenarrable sensación placentera. Susana se tumbó en la cama, Rafa intentó besarla en la boca, pero Susana lo detuvo, besos en la boca, no, eso no entraba en el trato, ella solo besaba por amor.

—Son 300 euros por el servicio —bromeó Susana para relajar la tensión del momento.

—¿Me vas a cobrar?, si tu también has disfrutado —preguntó sorprendido.

Susana soltó una carcajada, le explicó que su orgasmo había sido fingido. Mientras trabajaba, era rara la vez que tenía un orgasmo, casi siempre fingía, era una técnica para excitar al cliente y que el coito fuese más corto, de hecho le comentó que calculaba que le había despachado en menos de seis minutos. Rafa se molestó un poco, ahora no iba a ser muy exigente, pero más adelante quería algo más elaborado. Susana le dijo que no se preocupara, que ella era una profesional y tenía muchos recursos, además iba a jugar un poquito con Isabel, entrenarla, prepararla y convencerla para en unos días estar dispuestas a regalarle un trío. ¡Un trío! a Rafa le encantó mucho la propuesta, estaba impaciente por que llegara ese momento y en los siguientes días cada vez que pensaba en ello unas gotitas pegajosas manchaban sus calzoncillos.

Se levantó de madrugada, faltaba poco para amanecer, el alumbrado público funcionaba con deficiencias, pero lo suficiente para deambular. Algunas farolas sí lucían, otras no, otras caídas en el suelo por las colisiones.

La farmacia estaba en la avenida principal, así que se dirigió a ella, le extrañó que hubiera pocos ciegos deambulando por la calle.

—Se habrán refugiado donde hayan podido —pensó Rafa en voz alta— habrán hecho suyo el lema de «sálvese el que pueda».

Aunque al llegar a la avenida, algo no le cuadraba, allí algo había cambiado. Antes la avenida estaba colapsada por los vehículos, ahora también, pero de forma diferente, alguien había movido coches, de forma que habían dejado espacio suficiente para circular por ella. Ya no había duda, más gente se había salvado de la erupción solar, era la causa más lógica que Rafa encontró para explicar lo que había sucedido. Todo aquel que no estuviera expuesto a la luz solar se habría salvado de la ceguera, gente noctámbula que durmiera de día, o personas que en ese instante estuvieran en sótanos o habitaciones sin ventanas al exterior. El caso es que esto era la confirmación de sus temores, ya sabía que no estaba solo y se había dejado el arma en casa, dudó sobre volver a por ella o arriesgarse y continuar. Siguió avanzando, allí estaba la farmacia, estaba abierta y desierta. Comenzó a recopilar la lista del pedido, recogió las pomadas oftalmológicas, más cajas de pastillas con nombres muy difíciles de recordar, en esta ocasión no se demoró tanto, había aprendido la lección alfabética. Al ver unas cremas de belleza, las introdujo en la mochila, pensando que les agradarían a las chicas, por el tema de la coquetería. Buscó los anticonceptivos y cargó varias cajas,

—Para varios meses —pensó Rafa.

Al lado estaban las cajas de preservativos, decidió coger bastantes, ya que comenzaba a hacer planes a más largo plazo y en ellos no contaba con dejar embarazada a nadie. Pensaba que criar niños casi él solo, era cargarse de más responsabilidades, aunque más adelante no lo descartaba por el tema de repoblar el planeta, por si el fenómeno hubiera sido mundial y la mayoría de la población del planeta fuera ciega, quizás habría que traer niños sanos. Estaba en esos pensamientos cuando sin esperarlo entraron a la farmacia dos hombres y se encontraron frente a frente. Tras la sorpresa inicial, Rafa se fijó en que no iban armados y eso le alivió un poquito.

—¿Está usted bien?, quiero decir si ve bien —preguntó con sorpresa uno de ellos.

—Sí, claro que veo bien, yo no estoy afectado de ceguera, ¿y ustedes? —respondió Rafa, mientras escudriñaba las gafas de sol que llevaban puestas.

Le contestaron que no estaban ciegos. Se presentaron, el que llevaba la voz cantante se llamaba Paco, le relataron que habían conseguido reunir un grupo bastante numeroso de personas no afectadas y que estaban organizándose para ayudar a la mayoría de personas invidentes. Las estaban reuniendo en el Pabellón de Deportes, habían conseguido sofocar la mayoría de los incendios más importantes y también despejar un poco los vehículos de la avenida principal. Aunque había mucho trabajo que hacer, había que alimentar a toda aquella gente, no podían dejar mucho tiempo los cadáveres al aire libre, para evitar epidemias y enfermedades, había que deshacerse de ellos. Le propusieron que se uniese a ellos, que necesitaban toda la ayuda posible, cuantos más mejor. Opinaban que no podían esperar la ayuda del gobierno, pues parecía que el problema afectaba a todo el país. A Rafa no le gustó la idea, o sea que aquel tipo le proponía que se fuera con él para trabajar de sepulturero, o de cocinero y camarero. ¿Estaba chalado o qué?, él se las estaba apañando muy bien solito y tenía mejores perspectivas.

—De acuerdo —les dijo— ¿estáis en el Pabellón de Deportes?, tengo un grupo de gente ciega a salvo, a los que cuido. Voy a por ellos, recojo vuestras pertenencias y nos vemos allí en una o dos horas, habrá que tener cuidado con las bandas.

—¿Bandas?, ¿qué bandas? —preguntó con extrañeza Paco.

Rafa les explicó que había visto un grupito de gente, no sabía precisar cuántos, asaltando tiendas, burlarse de los invidentes e incluso propasarse con una chica. Intuía que la habrían violado, ya que la oyó gritar histéricamente, pensó en ayudarla pero le pareció muy peligroso y

arriesgado por lo que optó por huir del lugar temiendo por su vida. Paco respondió, que ellos no habían visto nada, aunque era mejor conocer la noticia. Tomarían más precauciones, se quejaron de la maldad del ser humano, de que como podía la gente ser así. Rafa les asentía, mientras reía para sus adentros.

—Nos vemos en un rato, hasta luego —se despidió Rafa.

Mientras pensaba en voz baja «adiós pringados» se alejó en dirección contraria al ático, dando un gran rodeo y volviendo atrás la mirada de vez en cuando, por si le hubieran seguido, despistarles. Mejor no fiarse de nadie, porque él continuaría su plan conforme a sus intereses.

Al llegar recogió unos cascotes del suelo y los lanzó con todas sus fuerzas sobre el gran cartel de plástico atornillado a la pared del edificio. Las letras rotuladas de Supermercado saltaron hechas añicos y se esparcieron por el suelo dejándolo ilegible. Después se subió a una gran furgoneta de los alrededores y la condujo hasta subirla a la acera. Consiguió bloquear la entrada del comercio y a su vez bloqueó este furgón con otros dos similares. Desde la calle ya era muy difícil acceder al supermercado, de hecho había quedado tan disimulado que si no lo conocías era imposible saber que se encontraba allí.

Al subir, las chicas ya estaban levantadas y conversaban, pero Alicia cambió de tema, preguntó a Rafa por los medicamentos. Como buena médica, la fe en sus conocimientos y su empeño no le hacían perder la esperanza en recuperar la visión. Recordó a Rafa como se preparaban las gasas con las pomadas, para con posterioridad, realizar una oclusión ocular a cada uno de los ojos de todas las chicas. Rafa obedeció las órdenes de Alicia, preparó seis parches oculares y las embadurnó. Empapó los parches con crema, pero de crema de los productos de estética y belleza que también había traído, ocultando los botes de las pomadas y colirios oculares. Se lo había pensado mejor y como esa medicación podía ayudarles a recuperar la visión, era algo que iba contra sus intereses. Necesitaba esta relación de dependencia para satisfacer sus instintos carnales y alimentar su autoestima. Las chicas estaban algo grotescas con los parches y algo molestas, se quejaban de un ligero picor en los ojos, Rafa sugirió que sería la pomada haciendo efecto, de todas formas no creía que las cremas de belleza les perjudicaran más de lo que ya estaban.

Según transcurrían las horas, la situación iba «normalizándose» y como tenían mucho tiempo libre, Susana lo invertía jugueteando y enseñando secretos de alcoba a Isabel, que disfrutaba tanto que se iba haciendo cada vez más dependiente de su compañía. Alicia no podía evitar escuchar la batería de gemidos y risas que salían de las habitaciones contiguas, por lo que decidió preguntar a Rafa. Para quitar hierro al asunto, Rafa se las describió físicamente, como cabría esperar con bastantes defectos, sobre todo los relacionados con el canon actual la belleza, con detalles muy poco favorables. Le cotilleó que las compañeras de piso se habían hecho amigas íntimas, expresando «amigas» con cierto énfasis.

Transcurridos más de una decena de días que parecían semanas de tan intensas y vividas. Aquel almuerzo había sido excesivo para Rafa, le estaba venciendo el sueño, así que decidió echarse una siesta y como continuaba el calor se tumbó fresquito en ropa interior. A mitad del sueñecito recibió una visita inesperada. El encuentro con Alicia le había dejado perplejo, desconcertado, muy sorprendido. Pensó que quizás había llegado el momento de sincerarse con ella, contarle toda, toda la verdad y empezar de cero. Meditó sobre ello, los pros y los contras, aunque podía correr el riesgo de desandar el camino conseguido, e incluso una ruptura total de relaciones. Decidió que no podía arriesgarse, no podía perderla. Lo que si podía era cambiar, mejorar, dejar vivir en paz a las otras chicas, cuidarlas si ellas lo deseaban, pero centrarse en la conquista de Alicia.

Decidió dar una vuelta en moto. Estaba eufórico y necesitaba quemar adrenalina, le estaba

tomando afición a circular a gran velocidad y a solas por la ciudad desierta. Se despidió del resto de las chicas y bajó a la calle, aún el calor apretaba, pensó que con la brisa del paseo se refrescaría. Sabía que había ciertas zonas de la ciudad que mejor no visitar así que se dirigió a las afueras. Mientras circulaba, seguía emocionado dándole vueltas al asunto de Alicia. Llegaba a una zona de calles estrechas, cuando repentinamente todo se volvió blanco, una luz potente y brillante lo invadió todo. Sin pensarlo, llevado por su instinto, cerró los ojos, la luz causaba dolor y molestias oculares. Perdió el control de la moto, avanzó unos metros en zigzag y se estampó contra la pétreo fachada de una vivienda.

Se sentía muy dolorido aunque no perdió el conocimiento. El paisaje había pasado del blanco más puro y brillante, al negro más oscuro y opaco. Rafa comprendió enseguida que se había producido otra vez el mismo fenómeno, provocándole una ceguera permanente. Gritó pidiendo ayuda, aun sabiendo lo inútil de aquella acción, no existía nadie para socorrerle. Intentó erguirse, aunque le fue imposible, no pudo alzarse, le dolía todo el cuerpo magullado y erosionado, notó algo húmedo.

—«Gasolina» —pensó.

Se acercó los dedos manchados del líquido a la nariz, pero no era gasolina, olía a sangre. Se palpó con suavidad el abdomen y tocó una masa blanda, empapada y calenturienta, aquello comenzó a preocuparle severamente, así que se apretó un poco y permaneció allí inmóvil unos minutos. El sofocante calor fue desapareciendo poco a poco y poco a poco aparecieron unos terribles escalofríos, acompañados de una insaciable sed. Tras expulsar un abundante y espeso vómito de sangre semicoagulada, expiró penosamente mientras sus últimos pensamientos evocaban a Alicia.

[Volver al índice](#)

Centro comercial

13 de marzo.

Paco escuchó por el walkie talkie a eco tres quejándose de que aquello era labor de mantenimiento, no de seguridad.

—Ya estamos con la ley del mínimo esfuerzo —se lamentó Paco mentalmente.

—Te entiendo eco tres, pero vamos a ser prácticos y colaborar en equipo. Mantenimiento está en la otra punta, nosotros llegaríamos antes y solo hay que accionar el interruptor rojo hacia arriba —replicó.

—¡Que no voy!, no es mi función, ¿y si me da un calambrazo la corriente? —insistía eco tres.

Paco resopló, tardaba menos tiempo yendo el mismo, que intentando convencer al inútil y vago de su compañero.

—No te preocupes, ya voy yo —le respondió.

Siempre por una razón u otra, le tocaba bajar a las oscuras profundidades del sótano donde se encontraban las entrañas de la maquinaria que hacía que todo funcionara correcto en el centro comercial. Recogió el numeroso y pesado manojó de llaves que custodiaba y bajando las escaleras se dirigió presto al armario de interruptores eléctricos. Localizó enseguida el que le interesaba y lo empujó hacia arriba, quiso comprobar que todo volvía a funcionar por lo que Paco pulsó el botón del walkie talkie:

—Eco uno para eco tres, eco uno para eco tres.

No respondía.

—Eco uno para eco dos —volvió a insistir con otro compañero.

El transmisor seguía mudo.

—Eco uno para todos los ecos, responden.

Nada, volvió a enfundar el walkie. Siempre ocurría lo mismo, cada vez que bajaba al sótano no había señal y siempre acababa realizando una llamada por su móvil particular. Estaba harto, porque era un gasto que siempre corría de su cuenta, la empresa no se hacía cargo de esas minucias. Marcó el número privado de Félix, que era otro de sus compañeros con los que tenía hoy guardia, pero no conseguía contactar. El móvil sonaba con el característico tono de llamada, aunque su compañero no respondía. Probó suerte con eco tres, estaba comunicando, lo intentó con

el otro compañero de turno y tampoco conseguía comunicación. Le tocaba volver a subir, esperaba que se hubiera solucionado el problema, era muy frecuente, todos los locales comerciales ponían el aire acondicionado al máximo y al final saltaba el interruptor eléctrico de seguridad de potencia.

Paco era el jefe de grupo de la empresa de vigilantes de seguridad que estaba contratada en el gran centro comercial de una conocida firma francesa, el centro tenía una situación privilegiada, muy cerca de una playa del mar Mediterráneo. Paco tenía mucha experiencia por su veteranía, era muy profesional, poseía mucho autocontrol, casi nunca perdía los nervios. Era corpulento y su barba canosa infundía seguridad, confianza y tranquilidad. Su tono de voz era suave pero firme a la vez, siempre se dirigía a su interlocutor con suma educación y respeto. Tenía mucha capacidad de organización y era muy respetado por sus compañeros y por sus jefes. En multitud de ocasiones había solucionado problemas graves, tanto de los compañeros como de la empresa. Uno de sus jefes siempre comentaba que gracias a la lesión de rodilla que lo apartó en su juventud de las oposiciones a policía nacional, habían ganado al mejor de sus empleados.

Subió por las escaleras algo irritado.

—¿Dónde estarán estos? —se preguntaba.

Pero al abrir la pesada puerta ignífuga quedó anonadado por el espectáculo que presenciaban sus ojos. El centro comercial padecía un tremendo caos, el ininteligible griterío era ensordecedor, los clientes deambulaban con lentitud en un recorrido errante, colisionando con las estanterías y esparciendo todo tipo de género por los pasillos. Los diferentes líquidos derramados invadían el suelo causando todo tipo de cómicas caídas, en algunas zonas las botellas rotas de cristal causaban heridas de diferente gravedad dependiendo de la suerte en la caída del afectado.

En las escaleras mecánicas se había originado un tumulto, tanto en la salida en sentido ascendente como descendente. En las puertas automáticas de entrada y salida, las numerosas personas que habían caído al suelo eran pisoteadas por otra avalancha que intentaban salir al aparcamiento exterior, ignorando que la salida permanecía medio bloqueada por un incendio provocado por la colisión de dos vehículos. Varias personas eran alcanzadas por las llamas al ser empujadas por la muchedumbre.

La imagen era dantesca y Paco no pudo reaccionar, quedó inmóvil, boquiabierto y asombrado. Como el que visiona una película y queda estupefacto por sus efectos especiales. No entendía nada, si apenas unos minutos antes había bajado al sótano y todo permanecía en absoluta normalidad, ¿qué había sucedido allí para semejante descontrol?

Su mirada *ojiplática* volvió a la realidad cuando el topetazo de uno de los clientes le saco del limbo donde se encontraba. Su cerebro comenzó a trabajar con celeridad intentando recordar lo aprendido en los diferentes cursos con los que se formó para ejercer su profesión, que complicado era aplicar la teoría. Una palabra le martilleo con insistencia sus pensamientos, «prioridades, prioridades, prioridades». Comenzó a evaluar con rapidez los diferentes peligros y los intentó ordenar por escala de peligrosidad. Decidió atajar primero el incendio que impedía parcialmente la salida principal, cogió un extintor y se dirigió hacia allí, pero no pudo acceder, la puerta estaba colapsada. Se dirigió a una puerta de servicio y salió al exterior, al llegar intentó enfocar el extintor a los vehículos aunque su instinto le obligó a apuntar a las personas que permanecían ardiendo. La capacidad del extintor se agotó enseguida sin conseguir ninguno de sus propósitos. El incendio aumentaba de dimensiones y amenazaba con extenderse, necesitaba ayuda y conocía los protocolos, debía de activar a los EPI, equipos de primera intervención según el procedimiento del plan de emergencias del centro comercial, del que, irónicamente, era uno de sus miembros. Llamó por la emisora a sus compañeros sin resultado, insistió y solo contestó Félix aunque entre

tanta contaminación sonora solo logró entender incoherencias sobre la oscuridad y la falta de luz y algo sobre sus ojos.

—A la mierda los protocolos —dijo cogiendo el móvil mientras marcaba el número de teléfono de los bomberos.

—«Le informamos que actualmente hay sobrecarga en la red, le rogamos llamar en unos minutos».

Lo intentó varias veces, todas ellas infructuosas.

—Puto país, así nos va —maldijo.

Se dirigió a la pared, rompió el cristal protector y desenroscando la manguera, apuntó al foco del incendio, giró la llave y la fuerte presión del agua fluyó en forma de torrente por la boca, desestabilizándole y desviando el chorro hacia un lado, asió la manguera con más fuerza y corrigió la trayectoria. Consiguió sofocarlo y de paso bañó a la gente ardiendo que se encontraban alrededor, se acercó a ellas y su estado era lamentable con graves quemaduras, la ropa pegada a la piel en unos casos, en otras ampollas o ausencia de piel.

Volvió a teclear en el móvil, esta vez el número de los servicios sanitarios, sonaba el tono de llamada pero al otro lado de la línea nadie contestaba.

Los gemidos de aquellas personas taladraban sus oídos, una de las señoras, con media cabeza rapada por el calor y con el rostro desfigurado en dirección a Paco, con una mirada extraña, como ausente o perdida, Paco la miraba directo a los ojos mientras ella alargaba la mano implorando auxilio. Quedó dubitativo mientras observaba aquella escena, recordó lo estudiado en los numerosos cursillos en los que había participado, en las reglas del triaje, muy, muy a su pesar, la abandonó a su fatal suerte.

Se sintió impotente, allí no sabía que más podía hacer, así que se dirigió hacia la avalancha de la entrada, para intentar poner orden. Se acercó al grupo de gente intentando detenerles y calmarles, pero su voz era apagada por el histérico bullicio, ni siquiera le oían. Tomó una drástica decisión, dio la vuelta y desde el interior accionó los controles de las puertas automáticas e intentó cerrarlas, solo lo consiguió parcialmente ya que varios cuerpos yacían inertes en el suelo bloqueándolas. Tuvo que volver a dar la vuelta y desde el exterior retirar los cuerpos, despejando así el recorrido de las acristaladas puertas. Por fin estas se unieron quedando bloqueadas, la puerta principal quedaba asegurada, evitando que unos siguieran aplastando a otros.

Volvió al interior y observó que las demás personas seguían moviéndose sin ningún rumbo, creando situaciones de peligro para ellas mismas y para los demás. Suspiró profundamente y se encaminó hacia el primer pasillo para intentar dialogar con el primer cliente. Al acercarse pudo percatarse de que algo le pasaba a sus ojos, los tenía cerrados aunque sus parpados pestañeaban con un movimiento extraño, como si quisiera abrirlos pero algo se lo impidiera. Además desde los lagrimales manaban y supuraban unas abundantes y espesas legañas. Intentó explicarle que era mejor que mantuviera su posición y no deambulara, incluso que se sentara y que tuviera paciencia, hasta que la situación mejorase. El individuo no le escuchaba, en parte por la algarabía y en parte por su estado de nervios, ignoró a Paco y continuó con su errante trayectoria. Lo intentó con los dos siguientes, se encontró con los idénticos problemas oculares, obtuvo peor resultado aun que el anterior. Le agarraron con fuerza, como dos bañistas a punto de ahogarse en un mar embravecido, pidiéndole, con desespero, auxilio a gritos, como si el nivel de ayuda fuese directamente proporcional al nivel del volumen de sus cuerdas vocales. Zafarse le costó un botón y un desgarró en la uniformada camisa.

—Esto es inútil —dijo mientras observaba a los cientos, puede que miles de figuras que deambulaban errantes por los numerosos pasillos de la gran superficie comercial.

Así no se podía trabajar, si quería que su ayuda fuese más eficaz, que sirviera para algo, si quería tomar el control, si quería forzar un giro a los acontecimientos, necesitaba dar un cambio drástico a la situación.

Respiró profundamente varias veces, carraspeó la garganta, pensó unos instantes y agarrando su emisora con determinación, pulsó el código que conectaba con la megafonía general y se dispuso a emitir un discurso tranquilizador:

—¡ATENCIÓN, ATENCIÓN, ATENCIÓN, POR FAVOR SEÑORES, PRESTEN ATENCIÓN!

—¡LES ROGAMOS SE TRANQUILICEN, LOS SERVICIOS DE EMERGENCIA ESTÁN EN CAMINO, PERMANEZCAN QUIETOS E INMÓVILES PARA EVITAR POSIBLES ACCIDENTES!

—¡GUARDEN SILENCIO PARA QUE EL PERSONAL QUE LE VA A AUXILIAR PUEDA TRABAJAR CON COMODIDAD, MUCHAS GRACIAS POR SU ATENCIÓN!

Estaba sudoroso y exhausto, necesitaba un respiro, tiempo para pensar. Por lo menos su alocución empezó a dar resultado, la mayoría de los clientes obedecieron y permanecían inmóviles, el estruendo ambiental bajó considerablemente, solo se percibían llantos de niños y un constante rumor. Gracias a ese momento de relax, se percató de que la emisora emitía una llamada de Félix que le hablaba en un tono alarmante.

—¡Paco, ven y ayúdame, estoy en caja central, ven rápido!

Corrió hasta allí y encontró a Félix sentado en el suelo, apoyada su espalda en el mostrador. Junto a él se encontraba Elisa, la empleada del hipermercado que estaba de turno esa mañana en caja central. Ambos con la mirada perdida en el infinito, tenían los mismos síntomas que los demás. Se acercó hasta él y le interrogó sobre lo sucedido. Félix, muy nervioso le asió con fuerza el brazo, le disparaba atropelladamente las palabras de forma que impedía asimilarlas.

—Calma, calma, Félix, despacio, cuéntamelo todo con tranquilidad para que me entere— inquirió Paco.

Más calmado, Félix le explicó que todo transcurría dentro de la normalidad, salvo por el calor asfixiante provocado por la avería del aire acondicionado. En un instante, una potentísima luz invadió todo, como un gigantesco flash de una gran cámara de fotos. Por instinto cerró los ojos, segundos después ya no conseguía mantenerlos abiertos y todo permanecía en la más absoluta oscuridad. Desconocía que había sucedido y por qué estaba ciego e intuía que a todos los demás les sucedía lo mismo. Elisa lo describió de forma parecida, añadiendo que tenían muchas molestias dentro de los ojos, como si un vendaval de arena de playa le hubiera golpeado directo a la cara.

—Félix, vamos a intentar conseguir ayuda, te vas a dedicar a hacer lo siguiente, coge el móvil y llama a la policía, a los bomberos, al servicio de ambulancias. Si no lo logras, lo vuelves a intentar una y otra vez, insistiendo e insistiendo, necesitamos a más gente que ayude aquí.

—Pero Paco —replicó— ¿cómo marco si no veo los números?

—Es verdad, perdona, no había caído.

Reflexionó unos segundos y encontró la solución.

—Toma mi móvil, tengo memorizados los números por marcación por voz, solo di en voz alta «policía», «bomberos» o «ambulancia», espera, que te lo preparo, prueba.

Félix comenzó su tarea, no logrando contactar con nadie en los primeros instantes.

—Bien, tú, Elisa, aquí tienes el micrófono de megafonía, aquí tienes el botón de hablar. Si oyes que la gente se pone nerviosa o el rumor aumenta en exceso, les largas un mensaje tranquilizador. Sobre todo necesito que no se muevan y permanezcan lo más silencioso posible.

—Yo, voy a dar una vuelta a ver qué más puedo solucionar, vuelvo en un rato.

Se dirigió presto al pasillo de bebidas, evacuó entre intensas protestas a empujones o arrastrándolos a los viandantes que encontró allí. Bloqueó las dos entradas, una con un carro de limpieza y la otra con una gran cesta contenedor de productos textiles, no deseaba más heridos por cortes de cristales.

Paco se sintió afortunado por encontrarse en el sótano en el preciso instante de la ola de luz, pero también apesadumbrado por el peso de la responsabilidad que se le venía encima. ¿Cómo él solo podría ayudar y atender a miles de personas?, era imposible, ¿cómo las alimentaría?, ¿cómo buscarles alojamiento o comodidades?, ¿y los enfermos y los heridos?, además ¿y si toda la ciudad estaba afectada?, ¿o todo el país?, ¿o el mundo entero? Podría ser el fin de la civilización tal y como la conocemos hoy.

Una enorme pesadumbre se apoderó de él, entró en pánico, durante unos minutos le asaltó la idea de huir y abandonarlo todo, así todo sería más fácil. Mantener su supervivencia no sería muy difícil e incluso la de un pequeño grupo de amigos y compañeros afectados, además, él solo era un simple vigilante de seguridad. Aunque algo en su interior le impedía seguir con esa idea, se sosegó y pensó que quizás el fenómeno solo sucedía aquí y en unas horas llegaría auxilio de otras localidades. Decidió ir por partes sin adelantar acontecimientos, lo primero solucionar los problemas en el centro comercial y conseguir ayuda inmediata.

Por casualidad se encontraba en las puertas del cine del centro comercial, donde se proyectaban varias películas en sesión matinal. Como norma las salas no abrían por la mañana, pero esa semana había una promoción especial, películas de estreno en horario de mañana a precios reducidos. Se emocionó, buscó en la taquilla al empleado del cine, allí sentado en su sillón Juan esperaba que alguien le sacara ya que se encontraba encerrado. Por motivos de seguridad la taquilla se cerraba por dentro, pero no encontraba las llaves, Paco las divisó en una esquina de la estantería y guió a Juan hacia ellas y no sin dificultad consiguió abrir la puerta.

—Juan ¿hay personal visionando películas?, llévame a la sala de proyección —ordenó.

Paco detuvo las proyecciones y no tardaron los clientes del cine en patear, silbar y protestar con energía. Todos se encontraban bien, ninguno estaba afectado. Se dirigió sala por sala y con mucha paciencia tuvo que explicar varias veces la situación en la que se encontraban. Les imploró y rogó ayuda urgente, algunos aceptaron sin titubear, otros se enzarzaron en un debate estéril y el resto se marchó con diversas excusas. Volvieron al pasillo central y Paco comenzó a coordinar a su pequeño ejército, había conseguido reunir a unas doscientas cincuenta personas. Preguntó si había algún médico o enfermero, hubo suerte, cinco personas levantaron la mano. Les señaló una esquina donde se encontraba el puesto de venta de colchones, para que allí atendieran a los heridos. Se podían proveer del material necesario en el pasillo de droguería y en la farmacia, los demás que encontraran heridos o enfermos, exceptuando la ceguera, los acercaran allí.

Hizo equipos de tres miembros e indicó que sacaran a todo el personal afectado al pasillo central y los sentaran en los bordes. A otro grupo les pidió que se encargaran de las necesidades de los que iban a llegar, llevarles a los aseos, ya que algunos estaban ya defecando y orinando en los pasillos. Darles agua o algo de comida fue otro cometido, a otro grupo les pidió que hicieran un barrido por la zona de oficinas y trajeran a los empleados, a otro les pidió lo mismo pero en la zona de restauración de la segunda planta.

—Vosotros, necesito que cojáis esos carros de limpieza y recojáis todos los cristales, secad los líquidos derramados por el suelo, y por favor, incluido orines y «similares», muchas gracias.

Preguntó a Félix si había conseguido contactar con alguien, este respondió negando, por lo que envió a otro grupo a una comisaría cercana a por ayuda oficial. Para esta misión abrió las puertas

del centro comercial y aprovechó para solicitar a otros equipos que ayudaran a las personas del aparcamiento.

—Elisa usa la megafonía, vuelve a tranquilizar a la gente e indícales que ya está aquí la ayuda y colaboren todo lo posible. Si alguien necesita algo, comer o beber, ir al aseo u otra cosa que levante la mano como cuando estábamos en el colegio, que se le atenderá en cuanto sea posible.

Aquello ya era otra cosa, Paco estaba en su salsa, empezaba a tener la situación controlada. Dio una ronda de inspección e iba ordenando detalles a unos y a otros. Pero al llegar a la enfermería la cruda realidad le abofeteó los sentidos, no esperaba tantos heridos y el colofón se lo dio uno de los enfermeros cuando le preguntó el procedimiento a seguir con respecto a los fallecidos. De nuevo se sintió desbordado, no sabía cómo resolver este problema, solo se le ocurrió aparcarlo, de momento ordenó a otros grupos que los depositaran en el patio trasero, en la explanada de acceso de los camiones, pensaría más tarde como solucionarlo. El enfermero también le narró que le habían traído a una chica en un gran estado de ansiedad que había sido violada. Paco quedó boquiabierto sin saber que decir, no tenían ya suficientes problemas, y encima esto, pero antes ni siquiera de intentar abordar ese problema su atención fue solicitada con urgencia:

—¡Paco, Paco!

Le avisaba con premura uno de sus anónimos ayudantes, desconocía su nombre, le resultaba imposible memorizarlos todos en tan poco tiempo.

—Tienes que ver esto, llega el grupo de la comisaría.

Eran buenas noticias, por fin podría descargarse de esta pesada carga, hacerse a un lado y ceder las responsabilidades a los expertos. Se asomó a la puerta y lo que vio le impresionó, se acercaba casi toda la comisaría...

Una larga hilera de uniformes azul oscuro, enlazados unos a otros de la mano, avanzaban lentos, a trompicones, encabezados por el grupo enviado por Paco. Al llegar fueron acomodados en el poco espacio disponible, el centro comercial comenzaba a saturarse.

Les felicitó por la gran idea de realizar cadenas humanas para trasladar grupos, y genial el uso del «juego del teléfono» como método para comunicar los desniveles o anomalías del camino. El grupo de recién llegados explicó a Paco que la situación en el exterior era mucho peor que la de ellos, todo al que habían encontrado estaba ciego, herido o muerto. Le relataron que las calles eran intransitables, atascadas por los vehículos detenidos de cualquier forma, además de múltiples colisiones e incluso algunos incendios y explosiones. Quiso contactar con algún responsable de la comisaría, pero la mayoría permanecían conmocionados, hundidos moralmente por la nueva y depresiva situación en la que se encontraban. Paco debía olvidarse de policías, bomberos, ambulancias, Protección Civil o ejército, con certeza los refuerzos nunca acudirían, estaban solos.

La responsabilidad y los problemas se ampliaban a toda la ciudad y volvieron a planear para posarse en los hombros y espalda de Paco. Volvió a tener dudas, ¿qué hacía él allí?, no era nadie para asumir las funciones de líder. Le apetecía mucho marcharse a casa, relajarse y olvidarse de los problemas. Era más fácil echarse a un lado y que otros más preparados ocuparan su lugar. ¿Pero quién?, si apenas quedaban personas no ciegas. ¿Y si ese nuevo líder no toma las decisiones acertadas? No podía correr ese riesgo, no podía dejar a esa pobre gente ciega a su suerte, por lo menos se aseguraría que por él se haría todo lo posible por mantenerles a salvo.

Otra vez centrado en su tarea reunió a sus colaboradores y les mostró la realidad cruda y dura. Les alentó a seguir con su importante trabajo, sembrándoles la semilla altruista de la responsabilidad, el civismo y el compromiso por los demás. En resumen, debían expandirse y continuar con su labor humanitaria, poco a poco por toda la ciudad.

La mayoría de los jóvenes manifestaron su desacuerdo, alegaron que tenían familia, amigos y compañeros que también necesitaban ayuda. Estaban preocupados por ellos y querían ir a socorrerles. Esto era un problema para los planes de Paco, significaba que al marcharse, los pocos recursos humanos de los que disponía se diluirían y con escasos efectivos poco podría auxiliar a la población. Mostró con energía su enfado, los tildó de incívicos, egoístas e insolidarios, la discusión iba subiendo de tono, algunos comenzaron a marchar y no podía retenerlos, así que ideó en un instante un plan intermedio. Bajo con suavidad el tono de la controversia y accedió a sus pretensiones, expresó su conformidad y les invitó a que fuesen a rescatar a sus familiares. Pero les rogó que volvieran con ellos al centro comercial, allí ya tenían una pequeña infraestructura montada, con víveres y una pequeña clínica. Tendrían a sus familiares atendidos y controlados, y además podrían continuar ayudando al resto de la ciudad. A la gran mayoría les pareció una magnífica idea y marcharon todos con prisa en diferentes direcciones, con la promesa de volver y reclutar nuevos ayudantes si encontraban más videntes.

Paco decidió entonces reorganizar un poco mejor el gran hipermercado con los pocos que habían quedado, pidió un par de voluntarios con conocimientos administrativos y les indicó que fuesen a la sección de informática, eligiesen un portátil y realizaran dos censos, uno de videntes y otro de invidentes. Que recopilaran los datos de todo el personal, sus nombres, fechas de nacimiento y trabajo o conocimientos de los que pudieran ser útiles, para en un momento dado poder usarles como consultores. Además de así tener control de cuantas personas formábamos, se evitaba dejar a nadie olvidado y debían anotar a toda persona nueva que se incorporase.

A otro grupo les envió a la óptica y ordenó que requisaran todas las gafas de sol y las repartieran, primero a los videntes y después a todos los demás. Quería a todo el mundo con gafas de sol permanentemente, no había que descartar que el fenómeno se repitiese, aunque desconocía su eficacia, opinaba que esta precaución era mejor que nada. Además le daba repelús cada vez que contemplaba los enfermos ojos de los invidentes, por lo menos evitaría la desagradable visión, aunque esta observación no la compartió con nadie.

Solicitó a otros que rondasen por los alrededores del barrio y utilizando el eficaz método de la cadena humana salvaran a todos los vecinos posibles. Buscó varios mapas de la ciudad y los estudió con detenimiento, eligió grandes edificios con grandes espacios: Pabellón de Deportes, Estadio de Fútbol, Bibliotecas, Hospital, Ayuntamiento, Museos, Institutos y Colegios. Utilizaría estos edificios como centros de evacuación, dividiría la ciudad por zonas y asignaría una zona de actuación para cada edificio público. Meditaba como disponer brigadas para las diferentes tareas a realizar. Necesitaría despejar de vehículos las principales vías de la ciudad para tener mayor movilidad, y vehículos apropiados para desplazar afectados, víveres y enseres. Otro conjunto de colaboradores deberían mitigar incendios, minimizar riesgos y asegurar la ciudad, como posibles escapes de gas, revisar gasolineras, solo les faltaba tener que luchar contra otra serie de cataclismos.

Los muertos a la larga también serían un problema, a los pocos días la putrefacción haría acto de presencia y el riesgo de enfermedades evidente. Pero pensó que enterrarles le consumirían muchos recursos, así que decidió que lo más ágil sería incinerarlos en una gran hoguera y el lugar más idóneo sería la explanada del cementerio.

—Por lo menos habría que intentar identificar todos los cuerpos para informar a sus familiares —se consoló en voz alta.

Estaba anocheciendo y los rescatados iban en aumento, bastantes colaboradores cumplían su promesa y estaban regresando.

Se dirigió a la sección de bricolaje y recogió linternas, megáfonos portátiles y taladros a

baterías, se avecinaba una larga noche. Reunió a los videntes para relatarles sus planes, por fortuna habían aumentado en gran número. Una sonrisa se le escapó de sus labios, algunos chicos estaban ridículos con gafas de sol femeninas, parece ser que no habían tenido suerte a la hora del reparto. Formó varios grupos, repartió el material y asignó tareas, zonas y edificios públicos. Les enseñó a forzar una cerradura con un taladro y ordenó ponerse en marcha. Él se asignó la zona más colindante al centro comercial, su punto de evacuación era el Pabellón de Deportes, esta zona era muy céntrica, de edificios altos y población extensa. Efectuarían primero una batida por las calles para despejarlas de afectados, ya que estos eran los más débiles e indefensos. En cuanto pudieran recorrerían los edificios uno a uno, dedujo que la gente que permanecía en sus domicilios tenían muchas más posibilidades de sobrevivir ya que conocían mucho mejor su entorno, sus propias viviendas le infundían seguridad y podrían alimentarse unos días con los víveres acumulados en sus despensas, estas personas según su lista de prioridades pasarían a segundo plano.

Las calles se encontraban abarrotadas de ciudadanos ciegos. Tras serenarlos, se les aconsejaba que enlazaran su mano con el de al lado y después caminaran despacio atendiendo las indicaciones del compañero que iba delante para solventar obstáculos, así poco a poco formaban largas columnas que se encaminaban hacia el Pabellón de Deportes. Cuando llegaron a la entrada del pabellón taladraron la cerradura para abrir las puertas. Por fortuna el cataclismo no había afectado a los servicios de electricidad y agua, tras iluminar las estancias, acondicionaron como pudieron a todo el personal. Forzaron una tienda de comestibles cercana y repartieron un frugal refrigerio, amanecía y estaban tan cansados que se durmieron enseguida.

Paco despertó sobresaltado ya entrada la tarde, la agónica mirada de aquella señora consumida por el fuego, con la piel del rostro hecha jirones se le había aparecido en forma de pesadilla, además no había descansado bien, pensando y dándole vueltas a la cabeza sobre cómo iba a solucionar las cuestiones que se le podían presentar.

En el pabellón hacia horas que el bullicio había comenzado. Todo estaba en calma y bajo control, se le acercó uno de los ayudantes y le comentó sobre uno de los rescatados que estaba en el centro comercial, que era ciego.

—Vaya sorpresa, como todos —dijo Paco.

—No, quiero decir que ya era ciego antes, vamos que es ciego de nacimiento.

—¿Y bien?

—Bueno Paco, a Jaime lo conozco de vista, hace años vendía cupones por las calles. Pero tiene un entrenamiento especial, sus consejos, su experiencia, su ayuda nos puede ser muy útil. Sobre todo de cómo nosotros debemos manejar al resto de ciegos y a ellos les puede enseñar a enfrentarse a su nueva situación.

—Tienes razón, me parece muy bien, que le habiliten aquí una zona de trabajo y se ponga a ello, gracias.

—Ah, otra cosa, de la zona del hospital nos han entregado una lista de pomadas que un oftalmólogo aconseja para el tratamiento ocular de los afectados.

—Bien, haré que un equipo revise las farmacias de la zona para encontrarlas.

—¡Paco! —le llamó otro ayudante.

—¡Joder, dejad de agobiarme!, ¡ni siquiera he desayunado! —gritó con enfado.

—Pero... —respondió aturdido.

—¿Es que no sabéis hacer nada solos? ¡Que esto no es mío!, ¡que no soy el dueño de la ciudad!, ¡que yo no soy nadie!

—Perdón —se disculpó—, solo quería hablar contigo de un tema.

—No, perdóname tú, es que no he descansado bien —se disculpó avergonzado— dime.

—Resulta que no encontramos gafas de sol para todos.

—Los videntes tienen preferencia, son la base para cuidar a los demás —respondió algo más relajado.

—Sí, vale, pero como no tenemos certeza de la eficacia de la medida y ante la posibilidad de que el suceso se repita, para evitar males mayores, se me había ocurrido que para no correr riesgos, lo mejor sería no permanecer de día en la medida de lo posible y actuar lo máximo posible durante la noche. Quizás eso implique cambiar un poco nuestros hábitos, por lo menos una temporada.

Paco reflexionó unos segundos y después añadió:

—Me parece una magnífica idea. Mientras no tengamos más información sobre esta anomalía, procederemos así. Incluso también sería interesante proteger de la luz los interiores de los edificios que usamos, habría que colocar densas cortinas en las ventanas o algo similar.

Desde ahora trabajarían preferiblemente de noche, los días se sucedían con rapidez, demasiado cortos para la ingente y ardua labor que les consumía. Las horas eran devoradas por las múltiples tareas y problemas que les acosaban.

Con la excusa de examinar farmacias decidió dar una vuelta por el exterior, echar un vistazo y así intentar calmarse y relajarse. Esperó a la puesta de sol para marchar, eligió un compañero y salieron en busca de material farmacéutico, sobre todo lo relacionado con oftalmología. Al entrar en una de las boticas se toparon frente a frente con un hombrecillo rechoncho, calvo y con gafas de alta graduación.

—¿Está usted bien?, quiero decir si ve bien —preguntó Paco, la cuestión contenía cierta ironía, teniendo en cuenta el grosor de sus gafas.

—Sí, claro que veo bien, yo no estoy afectado de ceguera, ¿y ustedes? —respondió aquel individuo.

Paco contestó, aunque era evidente, que no estaban ciegos, se presentaron, el hombrecillo se llamaba Rafa. Paco le explicó sus logros, que eran un grupo de personas no afectadas y que estaban dispuestas para socorrer a la mayoría de personas invidentes. Le propuso que se uniese a ellos ya que necesitaban toda la ayuda posible, no podían esperar el auxilio del gobierno pues el problema afectaba a todo el país. En aquella zona tenían el punto de evacuación en el Pabellón de Deportes, había que alimentar a muchos afectados y limpiar las calles de cadáveres, para evitar epidemias y enfermedades. Rafa estuvo de acuerdo, pero tenía un pequeño grupo de gente que mantenía a salvo, les recogería y se dirigirían al pabellón en breve.

Rafa les narró que había visto personas, no sabría precisar cuántos, asaltando y destruyendo tiendas, violar a una chica, e ignorar a los invidentes negándoles cualquier tipo de asistencia. A Paco le inquietó la noticia de la existencia de bandas, carroñeros dispuestos a aprovecharse de la debilidad de los demás. No había contemplado esa contingencia, por lo que a partir de ahora debían extremar las precauciones.

—Nos vemos en un rato, hasta luego —se despidió Rafa.

Paco y su acompañante siguieron con su tarea, buscaron los ungüentos de oftalmología del listado que les había proporcionado el doctor, pero encontraron los huecos vacíos, no había nada, algo extrañados no tuvieron más remedio que dirigirse a otra farmacia. Al caminar entre las penumbras, Paco comenzó a ser más cauto, permaneciendo atento a cualquier movimiento extraño. La noticia de las bandas le dejó preocupado, incluso estaba pensando, muy serio, en la posibilidad de conseguir armas.

Al regresar, buscó al hombrecillo que les había dado la información, para recabar datos con más exactitud. Necesitaba saber si recordaba si esa pandilla portaba armas y de que clase, en que

parte de la ciudad los vio, si los encontró una o varias veces, número aproximado de miembros. Su búsqueda fue infructuosa, no le encontró allí. Contactó con el resto de puntos de evacuación alertándolos sobre el peligro de encontrar indeseables y darles una descripción del hombrecillo que les había alertado porque necesitaba interrogarle.

Pasaron unos días, no volvieron a saber nada de aquel hombre y como no pudieron corroborar su información desechó la idea de las armas de fuego. En manos inexpertas serían más dañinas que beneficiosas, él sí manejaba armas cortas, ya que por motivos laborales poseía licencia que le obligaba por lo menos una vez al año a acudir a unas prácticas de tiro. Intentaría conseguir una por seguridad, pero a los demás, a lo sumo alguna porra o bate de béisbol, de todas formas decidió esperar a recibir más noticias de otros contactos con esas bandas.

Tras varios días de cansancio acumulado, los continuos problemas y el agotamiento iban haciendo mella sobre Paco, su carácter era cada vez más arisco e irascible.

—Paco, me han dicho que anoche otro par de manzanas de la zona de Oliveros se han quedado a oscuras —informaba uno de los videntes.

—¿Y qué quieres que haga? ¡No soy un puto electricista ni tenemos ninguno operativo! —contestó en un tono cada vez más asiduo.

—Lo decía para que lo supieras, como siempre tienes buenas ideas.

—¡Pues ahora no se me ocurre ninguna!

—Pues ya hay un cuarto de ciudad sin electricidad, si seguimos así, dentro de poco nos quedaremos totalmente a oscuras, dejará de funcionar todo y nuestra situación va a ir a peor, pero a peor —vaticinó.

—Lo más sensato es correr la voz, encontrar a los trabajadores de Endesa y que nos indiquen como solucionar el problema —apuntó otro del grupo.

—Muy bien pensado —corearon los demás.

Paco se enojó consigo por no caer en tan sencilla solución.

Otro de sus ayudantes permanecía allí mudo y acongojado.

—¿Y tú qué? ¿No tienes tarea que hacer?

—Es que...

—¿Queeeeé?, suéltalo ya, no tengo toda la tarde.

—Las provisiones de los grandes supermercados se están agotando, ya no queda casi fruta y verdura fresca, la poca que hay ha comenzado a pudrirse.

—¡Dios! —exclamó mientras se sentaba.

—Podríamos buscar más almacenes. Y hacer lo mismo, preguntar a los ciegos si saben de algún almacén que no conozcamos —volvió a apuntar el de antes.

—Oye, te cedo mi puesto, de verdad, que te lo cedo —suplicó Paco.

—Paco, esto no trata de puestos, no trata de que tú lleves todo el peso, trata de que todos seamos un equipo y entre todos pongamos de nuestra parte para solucionar nuestros muchos problemas —dijo mientras, en señal de amistad, posaba la mano sobre su hombro.

—Tienes razón, tenéis razón, pero hoy estoy especialmente desanimado —se sinceraba Paco —, habíamos mejorado algo, pero ha sido una mejora a corto plazo, como un espejismo, a largo plazo no veo buenas expectativas. Necesitamos ayuda. ¿Qué pasará cuando ya no haya más almacenes que saquear?

—Podemos ir a los invernaderos y a las fincas a recolectar las cosechas ya sembradas —apuntó otro.

—Para eso necesitaríamos mucha mano de obra, ya que necesitamos muchos kilos de verdura y fruta para todos los miles de acogidos —respondió Paco.

—Podemos llevarnos a los ciegos y que lo hagan ellos.

—¿A los ciegos? ¿Y cómo los llevamos?, necesitaríamos autobuses, camiones, conductores, personal para guiarles y explicarles, ya somos muy pocos, apenas podemos cuidarlos aquí. Lo veo muy complicado —disertó Paco.

—Los teléfonos ya funcionan, al principio dejaron de funcionar por la saturación de llamadas, las líneas se encontraban bloqueadas. Uno de nosotros debería intentar llamar a otras ciudades, a Madrid, saber en qué situación real está el resto del país —comentó otro del grupo— quizás haya ayuda en algún punto del país.

—Sí, no es mala idea, hay que intentarlo, pues vamos, en marcha, a funcionar —arengó.

Cuando se quedó solo, reflexionó más profundamente sobre todos estos problemas, decidió que empezaría a racionar los alimentos y que los ciegos deberían comenzar a involucrarse más en ayudar. Retomó la idea de llevarles a los cultivos, no tenían por qué ir y llevarles todos los días. Era más sensato llevar allí un grupo numeroso y habilitarles vivienda en una de las numerosas naves agrícolas que rodeaban los campos. Paco no lo sabía, pero quizás estaba sembrando la idea de una sociedad basada en una semiesclavitud de los ciegos.

Para relajarse decidió ir esa noche otra vez de batida. Transcurridos ya tantos días había pocas esperanzas de encontrar a alguien a quien ayudar, aunque por él no iba a quedar, lo intentaría de nuevo.

Decidieron dar una vuelta por el centro ya que hacía muchos días que no pasaban por allí. Iban conduciendo con lentitud, observando alguna anomalía, algún movimiento, callados para oír mejor algo fuera de lo normal. De repente alguien ordenó que frenaran, había escuchado un sonido. Pararon el motor y prestaron especial atención unos segundos, a lo lejos sonaba una música casi imperceptible. Se bajaron y caminaron buscando que el murmullo se aproximara, anduvieron varias manzanas y la canción subía de intensidad.

Continuaron acercándose y con claridad, cada vez con más nitidez, una melodía del famoso D.B. iba invadiendo la calle.

[Volver al índice](#)

EI invidente

13 de marzo.

Me he levantado temprano, como todos los días. Vivo solo, para desayunar y arreglarme necesito más tiempo que los demás, pues los tiempos de los videntes e invidentes son diferentes. Un invidente necesita algo más tiempo para realizar actividades normales. Me llamo Jaime y soy ciego de nacimiento, nunca he visto el mar, ni un amanecer, ni un niño, ni una sonrisa. Nunca he visto el mundo, aunque la vida me ha enseñado que no sirve de nada lamentarse, ni deprimirse, que hay que enfrentarse a ella, luchar y para luchar necesitamos armas. Yo uso el tesón, la insistencia, la perseverancia, el trabajo, la constancia y sobre todo la memoria, para lo cual uso diversas técnicas para mejorarla y aumentarla. Pero el arma que más me gusta de todas es el humor, me considero un tío cachondo, optimista, que se toma la vida con mucha gracia. Soy uno de los que más chistes de ciegos conoce, los uso como coraza, para defenderme de los no ciegos, ahora, lo que no soporto es que un vidente haga una gracia sobre los ciegos o se burlen en mi cara por mi discapacidad, por eso esta mañana estoy de muy mal humor.

Trabajo en la delegación de discapacitados de Almería, ciudad mediterránea del sur de la Península Ibérica, situada en la esquinita derecha del mapa. Empecé como vendedor de cupones, durante años realicé esta gratificante labor, es muy entretenida. Se conoce bastante gente e incluso llegas a tener una cierta amistad con los asiduos, y si encima das premios, es el no va más, yo he repartido algún que otro. Pero me apeteció cambiar de aires, así que con tesón y estudios conseguí un puesto en el departamento de formación.

Estoy soltero y sin novia, aunque de vez en cuando tengo suerte y ligo algo. Y si padezco una temporada de sequía lo soluciono con una amiga, de esas de pago, de alto nivel, pero siempre la misma. Soy fiel a ella, los invidentes somos muy rutinarios y ella me agrada bastante, siempre me prepara la cena en su aromática y fresca terraza de su ático, de hecho siempre que la llamo para quedar, usamos la misma frase contractual:

—¿Me «invitas» a cenar, Susana? —y ella muy solícita me da cita, día y hora.

Es difícil encontrar una mujer que quiera pasar la vida con alguien como yo, si ya el matrimonio normal es difícil, lo es más con un invidente. Provoca más dependencia y sobrecarga de trabajo, con el hándicap de que soy estéril por una voluntaria operación de vasectomía, coartando a mi posible pareja su instinto maternal.

Mi ceguera es genética y hereditaria, por lo que no me parecía correcto ni moralmente acertado tener hijos en estas condiciones a sabiendas de las dificultades por las que tendría que vivir. Prefiero esta opción a la que eligieron mis padres, abandonarme a mi suerte, dándome en adopción. Como ningún matrimonio me eligió, al final fui hijo adoptivo del estado y huésped durante muchos años de centros especiales. Aunque tuve la suerte de criarme en uno de los mejores del país, allí aprendí casi todo lo que sé. Pero sobre todo aprendí a ser lo más autosuficiente y autónomo posible, no lo haría tan mal ya que con el devenir de los años evolucioné de alumno a profesor, ayudando a los demás a superar los problemas que tuve yo.

Como iba diciendo, aquella mañana empezó mal, el despertador no sonó a la hora establecida. Me desperté de todas formas porque ya tengo la costumbre de levantarme a la misma hora, aunque al conectar la radio para escuchar mi acostumbrado noticiario el aparato permaneció mudo. Dos fallos a la vez era demasiada casualidad, deduje que no había electricidad en casa, esto podría ser por dos motivos, un fallo general o un fallo en la instalación eléctrica de mi apartamento. Busqué el cuadro eléctrico y confirmé que el interruptor general estaba bajado, lo subí y no permaneció allí, volvía a saltar hacia la posición de apagado. Lo intenté varias veces pero seguía igual, había algún aparato eléctrico que hacía saltar mi interruptor general. Comencé una criba para intentar descubrir que aparato era, así que desconectaba uno, regresaba al cuadro eléctrico a conectar el interruptor general y si volvía a saltar hacia abajo era porque el aparato desenchufado no era el responsable de la avería. Realicé la operación muchas veces, no conseguía dar con la causa, solo me faltaba por probar el frigorífico y el aire acondicionado. Así que deduje que la avería estaba en uno de los dos, pero tenía un problema, el enchufe del frigorífico estaba detrás del electrodoméstico que estaba encastrado en la cocina y a mí me era imposible acceder al enchufe y el aparato de aire estaba instalado en una pared casi en el techo. Me pareció arriesgado intentarlo yo solo, además nunca me compré unas escalerillas portátiles, así que decidí pedir ayuda al portero del edificio que siempre estaba dispuesto a colaborar, claro que a cambio de una buena propina. Le llamé por el móvil, me fue imposible ya que no conseguía línea, una voz pregrabada de la compañía telefónica no paraba de repetir:

—«Le comunicamos que las líneas están ocupadas, inténtelo pasados unos minutos».

Se estaba haciendo tarde, ya había perdido una hora y la verdad es que no me apetecía bajar en pijama a buscar al portero. Así que me di una rápida ducha de agua fría, primero porque no funcionaba el calentador eléctrico de agua y segundo porque apetecía por el bochorno de esa mañana. Tampoco pude afeitarme ya que uso maquinilla eléctrica y tampoco pude desayunar mi clásico café con leche y tostadas.

Salí de casa ya algo enfadado, mi rutina diaria había saltado por los aires. Llegaba muy tarde a la oficina, mal arreglado, sin desayunar, sin mi noticiario matinal, con una avería eléctrica en casa sin arreglar. El portero aún no había llegado al edificio y no podía esperarle más y para colmo los móviles seguían sin línea.

Mientras desplegaba mi bastón comencé a caminar, iba ensimismado con mis problemas domésticos y no me di cuenta de la manifestación hasta el cabo de un rato. Debía ser una de las grandes ya que se escuchaba un gran griterío ininteligible y bocinas de automóviles, el caso es que no recordaba en las noticias de ayer que hoy habría alguna convocatoria de huelga o protesta o mitin. La verdad, lo que me asustó era el fuerte olor a quemado, el asunto me pareció importante ya que imaginé que habrían edificado barricadas de ardientes neumáticos.

Mi instinto me aconsejó que regresara a casa, pero qué iba a hacer allí toda la mañana sin electricidad. Decidí cambiar de ruta para evitar las avenidas principales y callejear un poco. Esto también me molestó, ya que prefiero las vías principales porque las aceras son más anchas y están

mejor acondicionadas para la movilidad reducida, ya sabéis, sin escalones en los bordillos de los pasos de peatones y semáforos adaptados. Además que me obligaban a volver a saltarme mi rutina diaria, sin contar que el callejeo es más complicado, aunque al final lo tomé como un nuevo reto aventurero. Comencé mi periplo girando a la izquierda, la acera era más estrecha, por lo que deduje que la calle también, no circulaban vehículos. Caminaba mientras rastreaba la acera con mi bastón, hasta que tropecé con una bolsa de basura que algún desaprensivo depositó en el suelo, lamentablemente ciudadanos así abundaban en este incívico país. Gracias a que me agarré al grasiento contenedor de basura, no estampé mi cara en el suelo y a continuación escuché en la acera de enfrente alguien que gritó:

—¡Estoy ciego, no veo, no veo!

Me pareció una burla cruel, así que le respondí con otro grito:

—¿Qué pasa?, ¿estamos de cachondeo?, ¡a mí no me hace ninguna gracia!

Continúe la marcha algo enfadado y unos pocos pasos más allá, alguien sentado en el suelo, de improviso, me agarró fuerte mi tobillo, que casi me hace caer de bruces. Milagrosamente conseguí guardar el equilibrio, una voz joven insistía e insistía:

—¡No veo, no veo, me he quedado ciego!

Le di un bastonazo con todas mis fuerzas en el antebrazo que seguía fuertemente agarrado a mi tobillo y tras un grito doloroso, me soltó. Aceleré lo que pude el paso, la broma se estaba poniendo ya muy pesada. No me parecieron hoy seguras estas calles secundarias menos transitadas, así que decidí salir a otra calle principal y justo al integrarme en ella, alguien salió de improviso de un portal y me gritó casi en el oído:

—¡Ayúdeme!

Muy enojado le respondí:

—¿Qué?, ¿también está ciego?, ¿otro con la bromita?, ¡pues váyase a la mierda!

Y barriendo la acera de lado a lado con mi blanco y alargado bastón, me alejé refunfuñando.

El olor a humo se hizo más intenso, me golpeaban ráfagas de aire con sabor a barbacoa. El gran murmullo se hacía más audible e inteligible según me acercaba.

Otro individuo me agarró con fuerza del brazo y me gritó:

—¡Me he quedado ciego, me he quedado ciego!

—Pues bienvenido al club, soy ciego de nacimiento —le respondí malhumorado.

—¡Oh!, lo siento...—dijo muy sorprendido por lo inesperado de la respuesta.

—Quizás pueda usted ayudarme —continuó— las demás personas que me he encontrado también estaban ciegas como yo.

—¿Sabría usted llevarme al centro médico? —me preguntó en tono dubitativo.

—Por supuesto que sabría llevarle, conozco el centro de la ciudad bastante bien, hay un ambulatorio detrás del Centro Comercial —le contesté casi ofendido.

—¿Pero qué le ha pasado? ¿Y eso de que los demás también están ciegos? —continuó interrogando con curiosidad.

Aquel señor me narró los acontecimientos que le sucedieron aquella mañana. Como de repente se convirtió en ciego por una desconocida y potente luz ambiental que invadió todo. Por lo que me contaba no era el único afectado, con todas las personas que había tropezado todas se encontraban en la misma situación. Le creí y comprendí que lo que me había ocurrido a mí durante mí trayecto no se trataba de bromistas, sino, con seguridad, de más afectados. En ese momento me sentí un poco avergonzado por mi anterior comportamiento. Le di a aquel desconocido instrucciones para dirigirnos al centro médico, que caminara detrás de mí, apoyando su mano en mi hombro y que estuviera atento a mis órdenes verbales para esquivar obstáculos y subir o bajar peldaños.

A cada poco nos encontrábamos con alguien afectado, que se sumaba a nuestra comitiva, que poco a poco se iba alargando. Llegó un momento que perdí la noción de cuantos miembros formábamos aquel extraño tren de torpes ciegos. Así todos en cadena nos dirigíamos a la zona del Centro Comercial, el antes apacible paseo se convirtió en un recorrido largo y penoso. Me costaba avanzar, cada poco debía sortear nuevos obstáculos, o un vehículo había invadido la acera, o alguien inconsciente o en peor estado la bloqueaba.

Durante una calle más despejada me vino una idea curiosa a la cabeza, me detuve e interrogué a mis seguidores.

—Dadme más detalles, vuestra imagen mental, cuando intentáis ver, ¿es negra total o blanca lechal? —alcé la voz.

—Yo negro total —respondió una.

—Negro —contestó otro.

—Yo no veo nada de nada —dijo alguien de atrás.

—¿Blanco lechal?, no entiendo la pregunta —se asombró otro recién cegado.

El murmullo de incompreensión se volvió ininteligible.

—Tranquilidad, tranquilidad —intenté calmar los ánimos— no pasa nada, solo estaba intentando descartar una absurda teoría basada en Saramago.

—¿Quién es ese, un famoso médico? —preguntó una desconocida voz.

—Hay que leer más, menos tele y más libros —contesté con ironía.

De nuevo un debate incomprensible que atajé iniciando la marcha.

—Olvidadlo, no he dicho nada, no tiene importancia —le dije a mi directo seguidor, que obedientemente traspasó mi mensaje al de atrás y este al de detrás...

Enfilamos una importante avenida y de nuevo los gritos, sonidos y olores aturdían mis sentidos y cada vez que tropezaba con alguien, nos deteníamos. Nos narraban la repetitiva historia, que se habían quedado ciegos, su repetitiva desesperada petición de auxilio, de nuevo mis repetitivas explicaciones, mi repetitiva propuesta y mis repetitivas instrucciones. El avance por la ciudad se hacía cada vez más penoso y lento, íbamos a tardar una eternidad en llegar al centro médico. Habían transcurrido unas largas horas y aún estaba en ayunas. Mi estómago me estaba recordando que tenía hambre atrasada, así que previniendo que en el centro de salud no habría comida que echarse a la boca, decidí hacer una parada dentro del Centro Comercial para aliviar el apetito. Después seguiríamos hacia el ya muy cercano centro médico. Por fin conseguimos llegar al Centro Comercial, aunque tuvimos que dar un pequeño e inesperado rodeo, ya que nos encontramos con que la puerta principal permanecía cerrada. No tuvimos más remedio que buscar una de las puertas laterales para poder acceder a nuestro nuevo destino.

Un gran murmullo y rumor ambientaban estrepitosamente el hipermercado. Según nos adentrábamos despacito, la megafonía, con voz muy varonil y volumen muy alto, lanzaba al aire un atronador mensaje en tono tranquilizador:

—¡ATENCIÓN, ATENCIÓN, ATENCIÓN, POR FAVOR SEÑORES, PRESTEN ATENCIÓN!

—¡LES ROGAMOS SE TRANQUILICEN, LOS SERVICIOS DE EMERGENCIA ESTÁN EN CAMINO, PERMANEZCAN QUIETOS E INMÓVILES PARA EVITAR POSIBLES ACCIDENTES!

—¡GUARDEN SILENCIO PARA QUE EL PERSONAL QUE LE VA A AUXILIAR PUEDA TRABAJAR CON COMODIDAD, MUCHAS GRACIAS POR SU ATENCIÓN!

Cambio de planes, ya no necesitábamos acercarnos al centro médico, aquellos señores se encargarían a partir de ahora del bienestar de mis numerosos acompañantes. Me sentí más

aliviado y reconfortado, por fin buenas noticias, seguí las indicaciones y me aparté a un lado del pasillo junto a una estantería. Mi séquito me imitó, le aconsejé al que me seguía que lo mejor era sentarse a esperar, que pasara el mensaje. Me senté en el suelo al pie de la estantería, tenía hambruna, así que probé suerte y alargué el brazo hacia el producto que se vendía en este punto, por el tacto de la bolsa y su sonido crujiente supe que eran patatas fritas, decidí abrirlas y matar el gusanillo.

Ya habían pasado muchas horas y me aburría bastante. La inactividad me mata, así que decidí ofrecer mis servicios, me había dedicado muchos años a esa tarea, era la mejor baza en aquellos momentos, y la mejor forma de ayudar en esta dura situación. Pero a aquel tipo no le pareció interesante mi propuesta, además me conocía de mi etapa de vendedor de cupones, de cuando recorría las calles con mi hermoso perro lazarillo, Once se llamaba, que el pobre se murió de viejo, no he llorado más en mi vida, tanto que decidí que aquel sería el primero y el último, nunca más. El recorrido de ventas por las calles ya no era lo mismo, además todo el mundo me preguntaba por Once, constantemente me recordaban su ausencia, aquello fue el detonante para cambiar de vida, huir de las calles y regresar a los estudios.

Mi interlocutor me replicó con desinterés que bastantes problemas tenían para resolver y tareas para realizar, como para estar perdiendo el tiempo en tonterías. Tenía que demostrarle la validez de mi proposición así que solo le puse un simple ejemplo. Le reté a que simulara la explicación a un ciego de cómo afrontar un escalón. Aceptó con una socarrona carcajada, ya que creyó que era una prueba bastante sencilla.

—Acérquese despacio, muy despacio —comenzó la explicación con escaso interés— cuidado que hay un escalón, no vaya usted a caerse, párese, levante el pie... aváncelo un poquito... deposítelo en el suelo con cuidado, ahora levante el otro pie, y póngalo al lado del otro... ya está.

Todos los presentes rieron en tono de burla, esperé con paciencia a que terminaran y cuando la sala quedó en silencio, comencé con mi réplica.

—«Te cacé, listillo» —pensé con una sonrisa interior.

—Muy bien, está muy bien, podría valer, sería una de las muchas opciones para ayudar a un ciego a salvar el obstáculo de un escalón. Quizás otra persona hubiera optado por cogerle en brazos, saltar el escalón y después depositarle en el suelo —todos rieron mi ocurrencia.

—Pero hay detalles en su explicación que son vitales e importantes para la seguridad de un invidente y usted los ha omitido —expliqué dejando un halo de misterio flotando en el aire.

Todos quedaron expectantes y pensativos, buscando la solución a mi enigma. Tras unos segundos de espera, desvelé el misterio con una pregunta:

—El escalón que usted ha descrito, ¿es ascendente o descendente?, si el escalón era descendente ha provocado usted que nuestro pobre amigo ciego se despeñe escaleras abajo... ¡Sepa usted que no se abordan de la misma forma, son bastante diferentes!

Un murmullo de reconocimiento corrió de boca en boca por los presentes, así que aproveché para rematar la faena con una retahíla de «qué bueno y listo soy».

—Y detalles como este los podemos encontrar en multitud de situaciones, y tengo que advertirles, con modestia, que soy un especialista, así que ustedes verán.

—Y además de organizar cursos de invidentes para videntes, también estoy capacitado para dar cursos de invidentes para neo invidentes.

—También soy experto en Tiflotecnología. Y como ninguno tiene idea de lo que es eso, les explicaré que es la rama de la ciencia que estudia la tecnología aplicada como ayuda al deficiente visual, desde las ayudas técnicas para la vida diaria hasta alta tecnología y programas informáticos adaptados.

Tras un silencio sepulcral, aquel individuo admitió su derrota y accedió a mi propuesta.

—Necesito varias personas videntes que me ayuden, así como un aula bien acondicionada con una serie de herramientas como bastones largos, instrumentos auxiliares de medida y control del tiempo, avisadores de luz, detectores de colores parlantes, brújulas parlantes, lector de etiquetas parlantes, instrumentos electrónicos de lectura y acceso a la información como conversores de texto a voz, Reading edge y Optacon, una maquina Perkins, una Línea Braille, agendas digitales...

—Pare, pare —me interrumpió de improviso— desconozco qué es y donde encontrar todo el material que está enumerándome. Quizás no haya captado el nivel de caos en el que nos encontramos, no tenemos ni medios ni personal. Tenemos muchas prioridades, como cubrir necesidades básicas como alimentación, sanidad y seguridad.

—Su ayuda —continuó con su sermón— será muy bienvenida, pero en principio tendrá que adaptarse a organizar una serie de breves y sencillos seminarios de un par de horas cada uno. Primero para aleccionar a todos los videntes, por turnos, de cómo mejorar la forma de relacionarse con los invidentes, así como aprender a protegerles mejor. Después comenzará su trabajo con los ciegos y solo le puedo asignar una persona vidente que le ayude.

Suspiré profundamente aceptando con resignación, pero le pedí por favor que me asignara una chica. Me llevo mejor con el género femenino, considero que son más afables, cuidadosas y detallista a la hora de trabajar con ellas.

—También necesito un traje anti Trífidos —dije en broma.

—¿Un traje anti qué? —me preguntó sin tener idea de lo que yo hablaba.

—No, nada, déjelo, es humor inteligente.

—No le entiendo, ¿me está llamando tonto?

—No, no, perdón, pero si no conoce a Wyndham y a su obra no entenderá el chiste.

—Pues explíquemelo.

—No importa, es largo de contar, son cosas de ciegos, cosas que nos decimos en mi grupo de amigos.

Se fue un poco mosca pero ordenó que me trasladaran al Pabellón de Deportes. En las dependencias que me asignaron comencé a impartir mis nociones, improvisando, en el poco tiempo del que dispuse, de unas sencillas y resumidas lecciones.

Comenzando por las normas de comportamiento, la forma de presentarse e identificarse, como saludar y el tono de voz. Generalmente las personas ciegas oyen muy bien, e incluso mejor, ya que el resto de sus sentidos mejoran, se hacen más sensibles y se potencian, por lo que no es necesario elevar la voz para hablar con ellos. Nos presentaremos con nuestro nombre y el motivo por el que contactamos con él.

Es inútil utilizar gestos, al contrario debemos usar con sumo cuidado y ser bastante concreto con el lenguaje verbal. Sobre todo ofrecer detalles al señalar la situación de objetos, nada de aquí o allí, hay que facilitar la información sobre la situación espacial del objeto e incluso conducir su mano. Podemos utilizar sin problemas verbos y términos visuales, no se sentirán heridos en sus sentimientos, al contrario hay que intentar normalizar lo máximo posible.

Si en la charla vamos a sentarnos le aproximaremos a una silla y colocando su mano en el respaldo le indicaremos que la tiene delante.

Debemos indicarles si salimos o entramos a la habitación, es importante su orden y mantener las siguientes normas de seguridad. Todos los objetos deben mantener su posición habitual y si se cambia hay que indicarlo, las puertas y ventanas totalmente cerradas o totalmente abiertas, las sillas debajo de la mesa o pegadas a la pared, no dispersas, las puertas y cajones de los armarios cerrados también.

Hay que entrenarles en las tareas domésticas y el aseo personal, ya que corren peligro de hacerse daño o hacérselo a los demás.

También es muy importante las ayudas al desplazamiento, la persona vidente ofrecerá el codo a la persona ciega que coloca la mano por encima, en la zona interior de brazo. El guía irá medio paso por delante para que el ciego note los cambios de la marcha, evitando los movimientos bruscos y al subir escaleras le indicaremos si es de subida y bajada, iremos siempre un escalón delante de él y al terminar el guía esperara a que el ciego termine de bajar o subir.

Le ayudaremos a potenciar su tacto, oído y la percepción cinestesia, así como el manejo del bastón. Con el tacto aprenderán a localizar, discriminar y reconocer formas, detectar tamaños, pesos, texturas y temperaturas. Con el oído pueden aprender a detectar y evitar obstáculos, apreciar distancias y advertir peligros. Con la cinestesia aprenden con el movimiento si hay pendientes o curvas, a mantener el equilibrio y la línea recta, a controlar los giros, saber si llegan al objetivo, si hay irregularidades en el terreno.

Con el bastón aprenden a desplazarse con más autonomía, detectando con la antelación suficiente y así poder evitarlos, todos los obstáculos, obras, zanjas que se encuentran en la parte inferior.

Tengo que reconocer que pese a las circunstancias, aquella etapa de mi vida fue espléndida, pues gracias a mi esfuerzo y a mi calidad como docente, pude mejorar la calidad de vida de muchas personas. Curiosamente, de pasar por la vida de forma algo anónima, aunque a mucha gente le sonaba mi voz de mi época de vendedor, a partir de ahora me convertiría en un personaje muy influyente, popular y querido de mi ciudad, vamos lo que se dice toda una celebridad.

Y para colofón, entre aquellas clases, poco a poco, casi sin darnos cuenta, como un arroyo cristalino que serpentea por una ligera pendiente para, al final, desembocar en un plácido lago. Así fue desarrollándose mi historia de amor con mi ayudante Raquel. Conectamos muy bien, nos entendíamos fantásticamente bien, empatizamos enseguida. Luego unas risas, animadas conversaciones, el roce de nuestras manos, algún tropezón, algunas confidencias, algún susurro. Teníamos mucha complicidad, sin olvidar mi gran verborrea, generadora de magníficos discursos, piquito de oro me llamaban algunos. Conseguí llevármela a la cama, ¡qué escándalo!, no gozábamos de intimidad y sus gemidos despertaron medio pabellón. Menos mal que disimulamos y solo los más cercanos supieron de dónde provenía el alboroto. Ella me comentó que nunca había disfrutado tanto, me extrañó mucho, yo solo hice lo que siempre hago, quizás ella era de pocos encuentros, de pocas experiencias. El caso es que aumentó su admiración y fascinación por mí. Así que la relación fue ya rodada, eso sí, para nuestros siguientes e íntimos encuentros, fuimos más discretos y buscamos lugares más solitarios.

E ironías de la vida, yo, que me vasectomicé por miedo a mi paternidad, para evitar criar hijos ciegos. Al final, junto a mi Raquel, acabamos adoptando un estupendo niño, uno de los numerosos pequeños huérfanos invidentes provocados por aquella terrible catástrofe.

[Volver al índice](#)

Roberto

13 de marzo.

La atronadora voz de Sandra volvió a resonar en su adormilado cerebro.

—¡Robeeerto!, que se hace tarde, levántate ya, que no llegamos —dijo con enfado—, es la segunda vez que te llamo.

—¡Uahhhh! —Se desperezó por fin.

—Baja, que ya te he puesto el desayuno, se van a enfriar las tostadas y, como siempre, llegaremos tarde.

Roberto, tras su protocolo matutino de descargas fisiológicas, lavado de cara, cepillado de dientes y peinado, se dispuso a elegir su vestuario del día. Hoy tocaban unos sencillos vaqueros azules y una cómoda camiseta roja estampada con la frase «Hoy no, mañana...» en letras grandes amarillas. Como hacía buena temperatura, incluso algo de calor, desechó la chaqueta y la volvió a colgar dentro del armario. Hizo la cama con desgana y bajó al comedor, temiendo un tenso desayuno.

Sandra ya había terminado y mientras recogía su zona de la mesa, recriminaba a Roberto que siempre tenían que ir con prisas. Si tenía sueño por las mañanas era porque no descansaba lo suficiente, por acostarse demasiado tarde por las noches. Roberto la miró con desdén mientras engullía el último trozo de tostada, no replicó, no quería comenzar una discusión. Además, opinaba que Sandra tenía razón, pero no podía evitar entretenerse por las noches, siempre le surgía algo, un programa de televisión ameno, algo que leer o simplemente soñar despierto con una reconciliación.

Tras apurar la taza, la dejó en el lavavajillas junto a su plato, limpió su trozo de mesa y salió veloz hacia la puerta, donde Sandra continuaba metiéndole prisa a base de voces.

—¡Que ya voy, pesada! —terminó por replicar Roberto.

Caminaban ligero intentando ganar tiempo, pero Roberto se quedaba rezagado. A esa hora siempre había bastante afluencia de vehículos y peatones por las calles, gente que se encaminaba a

sus trabajos, padres llevando a sus hijos a los colegios, repartidores de mercancías ya metidos en plena faena.

Debían cruzar la calle por un paso de peatones sin señalización semafórica y este cambio de acera siempre era muy conflictivo. Los conductores circulaban con prisa y era raro el que obedecía la norma de preferencia de paso y menos en este concreto paso de peatones, famoso en la ciudad porque detenerse allí era perder unos valiosos minutos, imprescindibles para no llegar tarde al destino. El torrente de viandantes también era numeroso por la cercanía de varios colegios y si detenías el automóvil, el vaivén incesante de peatones por ambos extremos te impedía iniciar la marcha. Esta lucha casi titánica entre peatones y vehículos había generado más de una polémica en la prensa local, obligando al ayuntamiento a establecer casi permanentemente un árbitro en forma de agente de la policía local que regulaba como podía aquel caos.

Aquella mañana, por motivos desconocidos, la ausencia del agente provocaba que los vehículos fueran ganando esta peculiar batalla.

—Es que no para ninguno —protestó Sandra—, ahora sí que llegamos tarde.

La detención obligatoria de un vehículo de autoescuela ante el paso de peatones fue como un salvavidas para las numerosas personas que esperaban. La riada humana emprendió rauda la marcha en ambas direcciones encontrándose en el centro, donde debieron esquivarse unos a otros para poder continuar.

—Sandra —llamó Roberto en el momento más inoportuno.

Ella no respondió.

—Con las prisas, he dejado el bocadillo sobre la mesa —susurró Roberto muy afligido.

—¡Roberto! ¡Otra vez!

Ella se detuvo al borde de la acera y le miró unos momentos, incrédula. Cuando logró reaccionar, reanudó la marcha.

—¡Vamos, rápido, Roberto! ¡Aprovecha y cruza ya!

Aquello le dio un poco de respiro ante la monumental bronca que Roberto adivinaba en el horizonte. Después de cruzar *in extremis*, se detuvieron a los pocos metros.

—Primero, te tengo dicho mil veces que no me llames Sandra, así me pueden llamar los millones de habitantes del planeta, pero el único que tiene el privilegio de llamarme mami eres tú, así que usa esa potestad.

—¿Qué es potestad? —preguntó Roberto.

—No empieces a salirte por la tangente, lo buscas luego en el diccionario y así practicas.

—¿Qué es tangente? —insistía.

—No puedo contigo, no puedo —se lamentó Sandra con amargura—, no me haces caso, te acuestas tarde, te levantas tarde. Por tu culpa siempre llegamos tarde, tú al colegio y yo al trabajo, ya es la segunda vez esta semana que se te olvida el bocadillo. Ahora tenemos que parar en la tienda a comprarte algo, aunque me dan ganas de dejarte sin nada que comer, a ver si aprendes.

Roberto bajó la mirada, vidriosa por las lágrimas, y permaneció en silencio.

Había tenido una primera infancia muy feliz y sus padres habían sido una gran pareja. Siempre animosos y alegres, en casa se respiraba buen ambiente. No tenían problemas económicos y se regalaban numerosas excursiones y viajes. Siempre pensando en la diversión de su único hijo, habían visitado todos los parques temáticos del país e incluso Disneyland París un par de veces.

A Roberto no le faltó nunca de nada, renovaban su videoconsola por la de última generación junto con las últimas novedades en videojuegos, incluida la conexión a Internet. Era la envidia sana de sus compañeros de clase, menudas tardes de juegos se habían raspado en su espaciosa casa. Sus siete fiestas de cumpleaños habían sido chulísimas, unas con magos, otras con payasos,

otras en los mejores centros de ocio infantil de la ciudad. Hasta había sido el primero de su cole en conseguir un teléfono móvil de última generación; vamos, una pasada. Pero los tentáculos de la crisis económica alcanzaron de lleno a la empresa de su padre, muy dependiente de la construcción de viviendas. En un breve periodo de tiempo su mullido colchón financiero se había desinflado. Los ingresos habían caído en picado, los gastos por despido del numeroso personal mermaron la capacidad financiera de la empresa, las deudas y préstamos bancarios les acosaron y unas desafortunadas inversiones provocaron el resultado definitivo del cierre total del negocio.

Su padre, sin trabajo, sin ingresos y con numerosas deudas, entró en una gran depresión. La relación de pareja se deterioró en extremo, las discusiones eran continuas y cuando la situación era ya insostenible, se separaron.

Sandra, funcionaria de bajo nivel en excedencia, pidió su reingreso y con su sueldo conseguía a duras penas pagar la desorbitada hipoteca. Con el resto vivía al día, aunque podía llorar por un ojo, otros lo estaban pasando peor que ella.

Roberto no se amoldaba bien a la nueva situación de escasez y estrecheces, acostumbrado como estaba a la abundancia, pero lo que peor llevaba era la ausencia de su padre. Por muchas explicaciones que su madre le daba, no comprendía que su padre no viviera con ellos. Además, la culpaba de ello, ya que era la que había tomado la iniciativa de la separación.

Últimamente, su madre apenas le dirigía la palabra, excepto para ordenarle y regañarle con frecuencia. Los fines de semana ya no hacían nada interesante, ver la tele y jugar a solas con la videoconsola, ahora sin conexión a Internet. En los turnos con su padre, peor todavía. Este no levantaba cabeza y su obsesión enfermiza consistía en interrogarle una y otra vez sobre la nueva vida de su madre. Solían ir a casa de sus octogenarios abuelos, donde ahora residía su padre, y su única ilusión era jugar con la pequeña perrita, que también vivía allí.

A Roberto le había cambiado el carácter poco a poco. Se había vuelto más retraído en general y más insolente con su madre, a la que dedicaba de vez en cuando una sonora rabieta. Dormía y descansaba peor por las noches, su rendimiento académico era menor y ya no era tan popular en el colegio.

—Anda, vamos a la tienda de Miguel —claudicó Sandra—. Ya te has perdido la primera hora de clase y yo recuperaré mis horas alguna tarde.

La acompañó en silencio, aunque no le gustaba esa tienda, bueno, lo que no le gustaba era Miguel, el dueño. El sentimiento entre niño y encargado era mutuo. Miguel era el típico tendero que tenía que lidiar todos los días con señoras de mayor nivel económico y cultural que él, por lo que sus temas de conversación eran pobres y sin interés. Siempre recibía a sus clientes con una sonrisa más bien tirando a mueca de lo falsa que era. Ponía muy buena cara a las madres, pero en los descuidos, o cuando acudían solos, no disimulaba su mal carácter con los hijos de sus clientas.

Al llegar a la tienda encontraron a Miguel en la puerta. Admiraba con deleite el flamante y vistoso cartel de SUPERMERCADO que colgaba de la pared exterior del edificio. Era grande, excesivo, se veía desde toda la calle, estaba satisfecho con la adquisición, aunque sus buenos dineros le había costado.

—¡Buenos días, señora! ¡Buenos días, chaval!

Saludaba dando pequeñitos golpecitos en la nuca de Roberto en gesto amistoso mientras entraban en el comercio. Roberto, al que no le gustaban demasiado esas familiaridades, no respondió.

—¿Otra vez se te ha vuelto a olvidar el desayuno? —dijo el comerciante metiendo el dedo en la llaga.

—Bueno, con las prisas ya se sabe —se disculpaba la madre.

—Isabel, ponle a la señora lo de siempre y cóbrala enseguida, que tiene prisa —ordenaba con desdén a su empleada.

Mientras su madre pagaba, Roberto, con disimulo, cogió una chocolatina y se la metió en el bolsillo del pantalón.

—Isabel, anótale también un euro por la chocolatina —ordenó tajante Miguel.

—¿Qué chocolatina? —preguntó sorprendida Sandra.

A Roberto le subieron las pulsaciones, en menudo lío estaba a punto de meterse.

—La que su hijo se ha escondido dentro del bolsillo de su pantalón para no pagarla —acusó.

—¿Cómo dice? ¡Roberto, vacíate ahora mismo los bolsillos de los pantalones! —ordenó muy ofendida su madre.

Roberto titubeó unos instantes, pero resignado se sacó los bolsillos hacia afuera. ¡Milagro! Inexplicablemente, estaban vacíos.

—Yo... creí..., perdón..., me pareció ver que agarraba una y después se ha metido la mano en el bolsillo —balbuceaba el tendero sin entender qué había sucedido.

—¿Pero quién se ha creído usted que es mi hijo?, es lo que me faltaba hoy, vámonos, Roberto.

Miguel, maldiciendo entre dientes contra el crío, contemplaba atónito cómo se alejaban, fue lo último que vieron sus ojos.

El intenso fogonazo de luz blanca sorprendió a Roberto y a su madre recién salidos de la tienda de Miguel.

Roberto aún caminaba por la acera sorprendido por desconocer qué había pasado con la chocolatina. ¡Quizás se había convertido en mago sin saberlo!

Cuando sus ojos no pudieron resistir más la brillante intensidad lumínica, por instinto, su mano izquierda soltó la mano de su madre para proteger su ojo izquierdo y su mano derecha soltó la bolsa del desayuno para proteger su otro ojo. Se detuvo, permaneciendo allí unos minutos, ambas manos sobre sus ojos, entre dolorido, asustado y sorprendido, sin reaccionar ni saber qué hacer. Tras los primeros minutos de la conmoción, comenzó a reaccionar, lo primero que hizo fue llamar incesantemente a Sandra.

—¡Mami, mami, mami! —repetía y repetía—. ¡No veo! ¡No veo! ¿Dónde estás?

No obtenía respuesta, su débil voz era apagada por el griterío general. Tras el gran esfuerzo, sus cuerdas vocales le avisaron en forma de gallo afónico de que era el momento de tomar un descanso. Al detener sus gritos fue cuando se percató del gran alboroto que reinaba a su alrededor. Todo el mundo chillaba nombres, llamándose unos a otros, emitiendo lamentos, pidiendo ayuda y todos coincidían en que no veían o se habían quedado ciegos.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, que al secarse se iban convirtiendo en una especie de pasta legañosa que soldaba sus párpados, impidiendo que estos se abrieran. Tras esperar un rato, decidió moverse un poco, pero se dirigió, desorientado, en sentido contrario, retornando hacia la tienda y alejándose de su madre, que le buscaba desesperada unos metros más adelante.

Sandra caminaba muy enojada por el percance ocurrido en el pequeño supermercado. ¡Desde luego que no iba a volver a comprar allí nunca más!, habían perdido un cliente habitual.

De repente, la luz ambiental fue subiendo de intensidad poco a poco, gradualmente, hasta que se hizo insoportable, obligándole a cerrar los ojos y, llevada por su instinto, a protegerlos con sus manos. Sin darse cuenta, dio tres pasos a ciegas, alejándose de Roberto, que se había detenido unos metros atrás. Le costaba abrir los párpados, pero eso era indiferente, ya estaba ciega. En cuanto se repuso un poco de la impresión del fenómeno, su instinto maternal le hizo buscar a su hijo. Le llamó con desespero por su nombre, aunque entre la algarabía, peticiones de socorro y los pitidos de los vehículos, era muy difícil escuchar una respuesta. Avanzó de nuevo unos pasos a

ciegas, le pareció oír más adelante una voz de niño gritando «mami», siguió avanzando a tientas hasta que tropezó con la voz.

—¡Roberto! —le llamó desesperada.

—¿Dónde está mi mamá? —respondió la desconocida voz infantil.

—Espera un poquito más aquí, cariño, ahora vendrá tu mamá —le consoló.

Sandra ignoraba que Roberto se había quedado atrás y cada vez se alejaban más el uno del otro. Avanzó unos pocos pasos más muy despacio, con mucho miedo, en absoluta oscuridad, sin percibir el desnivel del terreno, salvado por unas escalinatas. Perdió el equilibrio, cayó rodando por ellas y al llegar al final quedó inmóvil, inconsciente por un fuerte golpe en la cabeza, marcado por un enrojecido hematoma.

Roberto erraba por la calle dando bandazos sin rumbo fijo. De pronto, una fuerte y próxima explosión le sobresaltó y lo derribó. En el suelo, se protegió la cabeza y una lluvia de pequeños desechos metálicos y plásticos cayeron sobre él. A pocos metros, un proyectil de chatarra se estrelló con fuerza en el pavimento. Roberto, tras recuperarse un poco del susto, se levantó indemne, salvo por la mancha húmeda de orines en su pantalón.

Avergonzado, siguió su agobiado e incierto camino y se acercó a unas voces cercanas, tropezando con la pierna de un señor. Se agarró a ella con fuerza, estaba blandita, notó la presencia de otras personas, pidió a gritos ayuda una y otra vez, pero aquel señor y los demás cayeron al suelo y rodaron por la calle un poco. Roberto no tuvo más remedio que soltarse para no hacerse más daño.

Estaba algo cansado, así que se arrastró hasta que llegó a una pared junto a la que se sentó, apoyando su espalda en el fresco mármol. Allí se quedó un buen rato, triste y pensativo.

El bastón le golpeó inesperadamente en el tobillo.

—¡Ay! —se quejó Roberto.

—Perdón, ¿está usted ciego? —le interrogó la desconocida voz.

—Sí, no veo nada, por favor, ayúdeme, no encuentro a mi mamá.

—Vaya, chico. Cuéntame un poco qué te ha pasado.

Escuchó con interés el corto relato del niño.

—Pues todo está patas arriba —contestó el ciego con bastón—, todo el mundo está ciego y tu madre seguro que también lo estará.

—¿Mi mamá también está ciega? —preguntó incrédulo.

—Yo soy ciego y toda la fila que va tras de mí también está ciega, así que no te podemos ayudar a encontrarla.

—¿Y qué hago? —preguntó el desvalido niño.

—Bueno, mira, si quieres te puedes venir con nosotros. Vamos a un centro médico a pedir ayuda. Colócate el último de la fila, agárrate de la mano de la persona de delante y ve haciendo lo que él te diga.

Roberto se levantó y fue pasando poco a poco por la decena de personas que formaban la fila hasta llegar al último y le agarró la mano con fuerza, como si le fuese la vida en ello.

—Niño, no me agarres tan fuerte la mano, relaja, que me la vas a partir —dijo aquel hombre malhumorado.

Roberto aflojó la mano y no dijo nada. Prefirió no abrir la boca, ya que había reconocido la voz de aquel individuo.

—¿A qué huele?, qué peste, niño, ¿es qué te has meado?

La fila se puso en marcha, avanzaban algo lentos.

—Niño, ¿es que además de ciego eres mudo?, contesta...

—No —respondió un lacónico Roberto.

Cuando el primer ciego encontraba un bordillo, un obstáculo o una anomalía, se lo comunicaba al ciego de atrás y este al de detrás. Así hasta que el mensaje pasaba por toda la cola y llegaba a Roberto. El ciego de delante de Roberto no hacía más que quejarse, que si le tiraba de la mano, que si olía mal. Además, los mensajes que daba no eran claros y la mayoría a destiempo e incluso en varias ocasiones tuvo que asir su mano con fuerza para no caerse.

—Niño, que ya te he dicho antes que no me agarres tan fuerte, además te suda la mano —protestaba.

—Es que me iba a caer —replicó.

—¡Esa voz!, yo la conozco, pero si es el roba chokolatinas.

—No, no, se equivoca usted, no le conozco —respondió.

—Vaya que sí, eres tú. Esta mañana me has dejado en muy mal lugar, te vas a enterar...

Roberto se asustó, se puso muy nervioso y, temiendo la venganza de Miguel, el tendero, se soltó de la mano y echó a caminar en otra dirección.

—¡Apestoso! ¿Qué haces? ¡Ven aquí!, ¡ven aquí, te digo! ¡Qué vengas! —bramaba.

Roberto escapaba lo más rápido que podía. Tropezó varias veces, aunque se levantó y continuó. Con el hombro golpeó el cartel de advertencia PELIGRO POR OBRAS y casi perdió el equilibrio, pero siguió de frente. Resbaló de culo por el terraplén hasta que se detuvo en el fondo, al lado del vehículo que había destrozado la valla perimetral de la obra. Roberto nunca se percataría de la presencia del cadáver sentado en el asiento del conductor.

El edificio a medio construir era un legado de la famosa crisis económica e, ironías de la vida, promovido por el padre de Roberto. Sobre el descampado se erguía el esqueleto de cuatro plantas de las seis proyectadas. El terreno estaba algo embarrado y aún quedaban restos de charcos, hacía un par de días había caído una gran tormenta en la ciudad.

Estaba algo dolorido y arañado, con los nervios le entraron ganas de defecar. Se bajó los pantalones y se colocó en cuclillas, mientras obraba su mano rozó un plástico depositado sobre la pernera interior del pantalón. Cogió el húmedo envoltorio, dentro se adivinaba algo blando y alargado. Roberto reconoció la famosa chokolatina perdida, la devoró con ahínco en un instante. El misterio quedaba resuelto, por un descosido del bolsillo del pantalón se había colado hasta el final de la estrecha pernera.

La ingesta de azúcar le dio sed, lo cual solucionó bebiendo de uno de los sucios charcos de agua estancada. Deambuló, tropezando, por el nuevo entorno durante horas y la única salida viable era una rampa de tierra por donde entraban los camiones. La puerta vallada, cerrada con una cadena y un candado, estaba intacta. El alud por donde había caído tenía mucha inclinación, era imposible para un niño ciego y débil trepar por su pendiente. Se acurrucó en una esquina de la obra a dormir. Estaba muy cansado, hambriento, magullado y erosionado. Lloró un rato mientras pensaba en su mami, hasta que se durmió.

Le despertó el rugido de su estómago y lo achacó a lo hambriento que estaba, pero el calambre continuó hacia los intestinos y, sin darle tiempo a reaccionar, una intensa diarrea invadió su ropa interior. Se sintió asqueado, no tuvo más remedio que quedarse desnudo de cintura para abajo, aunque no pudo limpiarse los restos adheridos a la piel y el mal olor se le quedó impregnado. Las molestias intestinales cursaron durante todo el día. La noche le volvió a sorprender en una pésima situación, sin comida ni agua, cada vez más débil, sucio y harapiento. Le dio frío y unas décimas de fiebre le provocaron una gran tiritona.

La subida de temperatura ambiental le anunciaba un nuevo día. Aquella mañana apenas podía

moverse y había dormido fatal. Se había acostumbrado a su mal olor, pero no a la nube de moscas que siempre le acompañaba y le sorbían sin parar la comisura de los labios.

Su hambruna y su deshidratación le obligaron a moverse para sobrevivir. Comió un poco de verde de unos matorrales y volvió a beber agua del putrefacto charco. Se refugió de nuevo en la sombra a descansar y durmió durante todo el día para intentar reponer fuerzas.

Las templadas caricias de los rayos de sol del nuevo día le despertaron. La diarrea volvió a hacer acto de presencia. Su zona de descanso estaba sembrada por numerosas defecaciones y las pegajosas nubes de moscas le hacían la vida imposible, ya no quedaba un sitio limpio. Optó por buscar otro refugio dentro de la parcela en obras para organizarse mejor, como intentar realizar sus deposiciones siempre en el mismo lugar. Al salir al exterior escuchó un leve ruido.

—¿Quién anda ahí? Por favor, ayúdeme, estoy ciego, tengo mucha hambre y sed, estoy enfermo.

Identificó el sonido de varios gruñidos mientras una dentellada en la pantorrilla le hacía soltar un fuerte alarido. El siguiente mordisco lo recibió en el brazo y el fuerte tirón del rabioso perro le revolcó en el suelo.

Roberto resultó una presa fácil para la famélica jauría de perros ciegos, que contaban con ventaja gracias a su desarrollado olfato y su finísimo oído. El líder de la manada le asestó un mordisco en el cuello, sus colmillos seccionaron la yugular y un caño de sangre a borbotones regó el lugar. La jauría babeaba ansiosa por darse un festín.

[Volver al índice](#)

Examen

13 de marzo.

Suena el despertador, pero Manuel ya está con los ojos abiertos, ha dormido regular, inquieto, siempre que tiene examen descansa mal por miedo a dormirse, a llegar tarde.

Lo tiene todo organizado y esquematizado, levantarse a las siete, asearse y vestirse con rapidez, un ligero y rápido desayuno. Llevar el coche a la gasolinera, rellenar el depósito de combustible y limpiarlo a base de unos manguerazos con la pistola de agua. Un secado rápido en los cristales de todas las ventanillas con papel de un gran rollo que siempre lleva en el maletero. Sin olvidarse de los seis retrovisores, la buena visibilidad es un elemento importante. Aunque es temprano, ya hace calor, el esfuerzo físico por frotar con rapidez las superficies pulidas le hacen sudar un poco. Si el día no refresca, tendrá que poner el aire acondicionado, esto es un contratiempo, porque resta potencia al vehículo y es más fácil que se cale el motor.

Son las siete y cuarenta, tiene el tiempo justo de recoger a Susana y a Pedro para dirigirse al punto de reunión, que cambia cada semana, están citados a las ocho. Hoy corresponde el puente de las Almadrabillas, al lado del Club de Mar y la Escuela Náutica. Una de las ventajas de vivir en esta pequeña ciudad es que las distancias en coche no suelen ser muy largas.

Llega puntual a la puerta de la autoescuela Rial, ubicada en una plaza muy cercana a unos famosos y desaparecidos multicines. Sus alumnos esperaban nerviosos, fumando uno y comiéndose las uñas otro.

—Buenos días, ¿cómo estáis?, hay que tranquilizarse, relajaos. Lo primero, como os dije, necesito vuestros documentos de identidad y los tiques de examen.

Susana y Pedro los buscaron en su bolso y en su cartera, respectivamente, y se los entregaron a su profesor. Manuel revisó los documentos comprobando lo más importante, la fecha de expiración y que los datos y fotos correspondieran a sus alumnos. No era la primera vez que algún alumno se dejaba el DNI olvidado en casa o desconocía que su documento de identidad debía ser renovado, en ambos casos era imposible realizar el examen. Los funcionarios de la Dirección General de Tráfico eran inflexibles con las normas, no dejaban pasar ni una.

Pedro había cambiado de estilo con respecto a la foto, pero se le reconocía. Susana en la suya estaba increíble, parecía una modelo, con lo difícil que es salir bien en este tipo de fotos. Una apariencia muy cuidada, con sesión de peluquería y maquillaje incluida. Claro que al natural, de cuerpo entero, aún ganaba más, esbelta, alta, joven, en una palabra, despampanante. De esas chicas que te cruzas con ella y te resulta muy difícil no volver la cabeza para contemplarla más detenidamente.

Los tiques era el sistema que usaban las empresas de autoescuela para evitar que los empleados, salvo las secretarías, manejaran dinero en efectivo. El alumno pagaba la cantidad convenida y la secretaria entregaba un vale que equivalía a una hora de clase o a una presentación a examen práctico. El alumno entregaba el vale al profesor para recibir el servicio y a final de mes el profesor entregaba todos los vales conseguidos al jefe para cobrar la comisión correspondiente.

—Bien, yo os guardo el carné de identidad, cuando terminéis os lo devolveré —prometió Manuel.

Subieron al vehículo de autoescuela, Manuel en el asiento del conductor, sus nerviosos alumnos en los asientos posteriores. La experiencia le dictaba que no era buena idea colocar a alguien en el asiento del copiloto, en el puesto del profesor. Allí el vehículo disponía de un juego de pedales operativos, idénticos a los del conductor: embrague, freno y acelerador. Algún confiado compañero de trabajo ya había tenido percances serios por no seguir esta norma de seguridad.

Durante el trayecto, el profesor daba unos últimos consejos prácticos, muy importantes para la buena realización de la prueba.

Manuel, desde hacía ya algunos años, era profesor de formación vial, coloquialmente profesor de autoescuela. El camino para conseguir su preciado diploma fue tortuoso y no exento de dificultades. Eran una especie de oposiciones convocadas en el BOE por la DGT.

Constaban de tres fases, una primera consistía en volver a obtener el permiso de conducir, pero con menos errores en el examen tipo test del teórico y un nuevo examen más riguroso del práctico en circulación abierta al tráfico.

Superada esta fase, los aprobados pasaban a la segunda. Adquirían un lote de siete voluminosos libros con las diferentes materias que se impartían. Debían buscarse la vida en el momento de estudiarlos. Bien en alguna academia, previo pago, o con algún profesor particular experto en la materia. Aunque la mayoría estudiaba por libre, a base de horas y horas de duro trabajo pegados a la mesa. Manuel era obstinado y cuando se marcaba una meta se empeñaba hasta conseguirla.

Los seleccionados pasaban a la tercera fase, un curso presencial teórico y práctico de dos meses en el centro de formación especializada que la DGT dirigía en Móstoles, Madrid.

Aprobado este curso, y después de casi tres años desde iniciado el proceso, se conseguía el Certificado de Aptitud de Profesor de Formación Vial, que te autorizaba a ejercer en cualquier autoescuela.

Al principio, al desempeñar la actividad trabajas con más voluntad que acierto y tus alumnos pagan un poco la novatada, pero en qué profesión no ocurre lo mismo. Manuel a los dos meses ya tenía la situación muy controlada, era muy pedagógico, paciente y respetuoso. Además, había elaborado una programación general muy completa y reducida a una media de veinte y pocas clases, dependiendo de las particularidades de cada alumno. Aquí siempre había una lucha continua con el cliente, que deseaba dar las menos clases posibles y obtener con rapidez el documento que le permitía conducir. Aunque el objetivo de Manuel era otro, eso sí, intentando

complacer al alumno lo máximo posible. El interés del profesor era, por un lado, que el alumno controlara y dominara la máquina. Y, por otro lado, que se desarrollara en unas condiciones de máxima seguridad, tanto para el aprendiz como para el resto de usuarios de las calzadas. Las calles y carreteras se habían convertido en una peligrosa selva.

Con estas premisas y las buenas estadísticas de aprobados, Manuel se había ganado una buena reputación.

Al llegar al punto de reunión, colocó el vehículo de forma que no hubiera que realizar maniobras para iniciar la marcha. Sobre todo, porque había otra decena de vehículos de diversas escuelas de conducción también a la espera de comenzar las pruebas de ese día.

—Bien, ¿quién de los dos va primero? —interrogó a sus dos alumnos—, si no os ponéis de acuerdo, lo echamos a suerte.

Había aprendido con la experiencia que era mejor no influir en esa decisión, ya que el alumno suspendido siempre rebuscaba fórmulas para culpar a otros de su propio fracaso y la elección de turno era una de ellas. La suerte había decidido que Susana comenzase la prueba.

—Susana, ponte al volante y colócate bien el asiento y tus tres espejos retrovisores —ordenó Manuel.

Le explicó que era mejor realizarlo ahora, más relajada, sin la presencia del examinador, pero después, con el funcionario dentro, debía simular que los colocaba solo tocándolos, sin moverlos.

Mientras aguardaban, explicó a Susana los primeros posibles recorridos por los que podrían circular, advirtiéndole de las señales o cruces más conflictivos que se encontrarían.

—Ahora vamos a esperar la llegada del examinador, os aconsejo que vayáis a hacer pipí allí enfrente, mientras voy a saludar a mis compañeros —dijo Manuel.

—¿Qué examinador nos tocará? —preguntó Susana.

—Pues no se sabe hasta que uno de ellos me busque —respondió.

—¿Qué tal son? —interrogó con curiosidad Pedro—. Debe ser una profesión excitante, con tanto poder, «tú apruebas, tú no».

Manuel sonrió la ocurrencia. Les relató la profesión de examinador desde su punto de vista. De acuerdo, eran funcionarios con todos sus derechos laborales, con su estabilidad, con su buen sueldo. Pero él no los veía felices, sino muy aburridos y serios. Con un trabajo algo monótono, sentarse con un desconocido, el aspirante a conductor, y un medio conocido, el profesor de autoescuela. Te paseas en coche con ellos una media hora en un ambiente tenso, solo roto por tus órdenes, «gira aquí, estaciona allá» y otras indicaciones parecidas. Al terminar le das el apto o no apto, por estadística hay mayor número de «no» que de «sí». Te bajas y subes a otro vehículo para lo mismo, así todo el día, toda la semana, todo el mes, todo el año, toda tu vida. Por tus decisiones pasan muchas personas de tu ciudad, muchos de tus vecinos. Tú no los recuerdas, aunque todos ellos a ti sí. Luego vas a tomar un café o una cerveza y resulta que al camarero le suspendiste una vez, pero lo has olvidado, puede ser que él desee vengarse escupiéndote en el café o cobrándote de más o alguna jugarreta que se le ocurra. O es el mecánico del coche, que te arregla una cosa y te manipula otra para que tengas una próxima avería. O el verdulero que te cuele una pieza podrida en el fondo de la bolsa y así mil ejemplos.

En cambio, el profesor de autoescuela permanece con el alumno una media de cinco semanas, donde se harán amigos, reirán, se divertirán, vivirán experiencias y aventuras, se harán confidencias, verán cómo van progresando en el aprendizaje, de no saber nada hasta el ansiado aprobado.

Inesperadamente, Manuel fue interrumpido por un señor serio que portaba un maletín.

—Buenos días, Manuel, perdón por el retraso, ya podemos iniciar la prueba —ordenó tajante.

—Hola, buenos días —contestó nervioso—, sube, Susana. Pedro, vete con el coche escoba.

—No —interrumpió el examinador—, que se suba detrás conmigo, le he dicho al coche escoba que nos espere en otro punto de reunión.

Manuel asintió, el funcionario podía organizar el examen como mejor le pareciese. Subieron al coche, el examinador extrajo del maletín los dos expedientes de los alumnos y solicitó sus DNI, Manuel se los entregó y tras comprobarlos pidió a Susana y a Pedro que los firmaran, cada uno el suyo.

Pidió atención a los dos y procedió a explicarles el procedimiento de la prueba, que coincidía con exactitud con lo explicado anteriormente por Manuel.

—Susana, escuche con atención mis indicaciones, cuando usted esté preparada puede iniciar la marcha —indicó en tono neutro.

Manuel conectó el avisador acústico de sus pedales, que se chivaba si el profesor los accionaba, y se abrochó el cinturón de seguridad, provocando que Susana se colocara el suyo apresuradamente mientras exclamaba asombrada por su despiste. Algo ingenua, invitó al examinador a colocárselo, este le contestó muy serio que estaba exento de esa norma.

Susana había tenido un proceso de aprendizaje algo irregular. Sus comienzos fueron lentos y torpes, le costaba dominar el vehículo, aún se le calaba el motor de vez en cuando. En cambio, controlaba muy bien la circulación, sobre todo las maniobras de estacionamiento. En lo personal, Manuel había disfrutado con sus clases, no se cansaba de admirar su belleza, no había repetido modelito ningún día. Se podía charlar con ella de cualquier tema y tenía un finísimo sentido del humor. Pero también un halo de misterio, no había conseguido averiguar a qué se dedicaba ni su estado sentimental. Le respondía unas veces que estudiaba, sin especificar el qué, otras que era dependiente en una tienda de ropa, sin dar más detalle. Jugaban a las adivinanzas, monitorea en un gimnasio, ayudante en una clínica dental, puericultora en una guardería. Manuel había intentado un acercamiento, siempre se pasaba unos minutos de la hora estipulada, intentaba tomar un café después de clase o quedar para ir al cine el fin de semana. Incluso había espiado su ficha de alumno para averiguar que residía en un ático de una céntrica calle. De vez en cuando pasaba, dando clase, por delante de su portal por si coincidían.

Susana era consciente del efecto que causaba en casi todos los hombres y algunas mujeres. Aprovechaba esta circunstancia a su favor, por ejemplo, había conseguido que Manuel le diera clase casi diez minutos de más todos los días. Calculando, veinticinco clases serían doscientos cincuenta minutos extras, o sea, unas cuatro horas gratis. Y eso solo con un poco de tonto, algo de tensión sexual y una pizca de esperanza. Desde luego, sabía cómo dominar a los hombres.

Al examinador que les había tocado le gustaban los recorridos largos, eso era un contratiempo, pues a más duración de examen, más posibilidades de suspender. Pero como contrapunto, obviaba los pequeños fallos, de forma que realizaba una valoración conjunta. Solo detenía la prueba antes de tiempo si el error era grave.

Susana puso el motor en marcha e iniciaron el recorrido, callejearon un poco, «gire a la derecha aquí», «cuando usted pueda gire a la izquierda», iba ordenando el examinador. Entraron en una avenida de circulación más fluida.

—Adáptese a la velocidad de la vía —exigió repentinamente.

Manuel intuía que se dirigían hacia el famoso paso de peatones, «el asesino» le llamaban en este mundillo. No habría problema, era sencillo, Susana solo tendría que seguir las indicaciones del policía local.

—Hace calor, ponga el aire acondicionado —volvió a exigir.

Susana se aturulló, era un mecanismo que habían usado muy poco durante las clases y

concentrarse en buscarlo y accionarlo le obligaba a desatender los otros elementos de la circulación.

—Sí, enseguida —respondió con un hilillo de susurrante voz.

Intentaba conseguir ganar tiempo para llegar al paso de peatones y aprovechar la detención para buscar y accionar el aire acondicionado con más tranquilidad.

Como Manuel imaginaba, el paso de peatones estaba en ambos lados con numerosos e impacientes viandantes esperando para cruzar. Pero, por desgracia, hoy no regulaba la circulación ningún policía local. Los carriles de la calzada también iban saturados.

Susana detuvo el vehículo en la línea de detención y mientras la masa ingente de la derecha avanzaba el paso, aprovechó el momento para buscar y conectar el aire acondicionado. El motor diésel del viejo coche de autoescuela subió sus revoluciones para intentar satisfacer la demanda de energía cinética del compresor de aire. Los vehículos que circulaban por los demás carriles no tuvieron más remedio que detenerse para no atropellar a los peatones.

Susana intentaba reanudar la marcha, pero siempre aparecían por un lado u otros peatones que cruzaban, los segundos transcurrían que parecían minutos. La cola de vehículos detrás de ellos cada vez era más larga y los impacientes conductores comenzaban a protestar con leves pitidos de sus bocinas. El examinador comenzó a moverse inquieto en su asiento, girando la cabeza hacia atrás y a derecha e izquierda, consideraba que la alumna había perdido un par de oportunidades de salir.

—Reanude la marcha cuando usted pueda, no debemos entorpecer la circulación —tronó intranquilo.

Susana, ya muy nerviosa, vio una breve oportunidad, levantó a mitad el embrague y soltó el freno, el automóvil invadió un poco el paso de peatones, pero necesitaba más fuerza, que el aire acondicionado le restaba, y el motor se calentó. Justo en aquel preciso momento cruzaron por delante velozmente una mujer y su hijo con una camiseta roja con la leyenda «Hoy no, mañana...».

El resto de conductores protestó, iniciando una sonora pitada.

—Venga, vámonos ya —volvía a ordenar.

Susana arrancó el motor e intentó salir, el apoyo del pie en el acelerador fue insuficiente, se le volvió a calar. Los demás carriles ya habían iniciado la marcha y los vehículos de detrás ya intentaban esquivarles.

Por fin, Susana logró salir a la tercera y dejar atrás el paso de peatones, pero enseguida el examinador le ordenó que realizase una parada. La realizó con corrección en un hueco que encontró a la derecha. El funcionario, mientras rellenaba el expediente, comentó con humor negro: «Hoy no aprueba, mañana...».

«El asesino» se había cobrado una nueva víctima. Manuel se alegró en el fondo, tendría una semana más de clase junto a Susana, otra semana de oportunidades. Los alumnos salieron del coche para intercambiar sus posiciones y mientras Pedro se acomodaba en el asiento del conductor, Susana, argumentando que vivía cerca, deseaba marcharse a casa. Manuel le devolvió el documento de identidad y se citaron al día siguiente para continuar las clases. Susana se despidió con un suave beso en la mejilla y se marchó paseando.

Pedro emprendió la marcha mientras Manuel miraba cómo se alejaba Susana contoneándose. Ella perfeccionó su compás y estilo, ya que adivinaba que estaba siendo observada.

La historia de Pedro era anodina y sin interés. Había insistido en presentarse a examen en contra de la opinión de Manuel. Aún estaba verde, Manuel aconsejaba encarecidamente, pero el cliente tenía la decisión final. Tras unos diez minutos de callejeo volvieron a la zona centro.

—Realice cuando pueda un cambio de sentido —pidió el examinador.

Otra vez hacia «el asesino». Manuel pensó, muy acertadamente, que el examinador tenía prisa y ese día deseaba acabar pronto.

El brillante resplandor llegó de improviso, sin que nadie lo esperara, sorprendió a todo el mundo en sus quehaceres diarios. Los ojos de Manuel dejaron de realizar su función y su cerebro dejó de recepcionar imágenes.

—¡No veo! ¡No veo! ¡Llebadme al hospital! —rogaba Manuel—, tengo desprendimiento de retina en ambos ojos, ya tuve uno hace dos años.

Manuel estaba muy asustado y maldecía su mala suerte, otra vez desprendimiento de retina. Volvieron a su memoria los malos momentos vividos, y eso que en aquella ocasión solo fue un ojo. Primero la operación quirúrgica, después la dura convalecencia con semanas inmóvil en la cama y, por último, la lenta recuperación.

Pedro y el examinador gritaron casi al unísono que estaban ciegos y tampoco veían. Manuel comprendió que aquello era otra cosa, sería mucha casualidad un desprendimiento de retina general. Lo más urgente era detenerse, ya que estaban circulando a ciegas e iban a estrellarse, intentó tomar el control, agarró con firmeza el volante con la mano izquierda para evitar volantazos del asustado alumno y pisó su pedal de freno poco a poco, no deseaba un frenazo brusco, debía evitar una colisión trasera. El conductor que circulaba detrás era un señor de sesenta y tres años, más lento en reaccionar, su furgoneta colisionó con fuerza por alcance contra el coche de autoescuela. Los tres pasajeros sufrieron de inmediato esguince cervical. El automóvil, con la gran L azul en el techo, salió desplazado hacia el carril contrario, donde un camión de reparto le asestó un golpe frontal. Los airbags y los cinturones de seguridad hicieron su trabajo protegiendo a Manuel y Pedro, aunque este último quedó inconsciente. El funcionario no tuvo tanta suerte, la colisión le hundió el cráneo, con la cabeza rota quedó inerte como un muñeco. El coche con el rótulo de AUTOESCUELA RIAL se había detenido tras el desplazamiento provocado por el fuerte impacto. Del acordeón en que se había convertido su parte frontal salía un espeso humo negro y por la parte trasera goteaba combustible, formando un charco cada vez mayor en la calzada. Manuel, dolorido y mareado, intentaba abrir su atascada puerta para escapar del vehículo. La explosión del destrozado automóvil de autoescuela desmembró en cuestión de segundos los cuerpos de sus tres ocupantes, calcinando sus restos. Un denso y fuerte olor a barbacoa impregnó el aire de la avenida.

[Volver al índice](#)

El Indalecio

13 de marzo.

El estridente chirrido de la puerta metálica cerrándose detrás de él le provocó dentera en su estropeada y descuidada dentadura, que no conocía el roce de un cepillo de dientes ni el fresco sabor de un dentífrico.

—*Joer, a ve si le echai un poquillo aseite a la puta mierda de la puerta* —protestó.

—Venga lárgate ya y portarte bien, espero no verte por aquí en mucho tiempo, aunque siempre volvéis —predijo el funcionario de prisiones.

El Indalecio, con su ligero petate al hombro, se dirigió raudo a la salida, no fuera que le retuvieran con la excusa de algún error administrativo. No confiaba en la justicia ni en los funcionarios que la aplicaban. En su larga vida delictiva había escuchado y vivido cientos de historias y casos extravagantes.

Ya en la calle, le esperaba la ansiada libertad tras casi media vida entre rejas. El día que entró interno en el centro penitenciario El Acebuche tenía treinta y cinco años.

Observó con detenimiento el desértico paisaje, las nubes en el intenso azul del cielo mecidas por una ligera brisa, una lagartija huyendo hacia el interior de un matorral. El autobús urbano alejándose del recinto. Todo le pareció bello después de tantos años de solo paredes, asfalto y hormigón.

No había nadie para recogerle, y eso que avisó unos días antes de su salida. Se detuvo en la parada del bus a esperar, el siguiente tardaría una hora. Observaba pensativo el billete de veinte euros que le habían dado en la oficina de salida de la prisión. Era el primero que tocaban sus manos.

El Indalecio había iniciado su carrera delictiva desde temprana edad. Siempre vivió en Los Almendricos, un barrio marginal del extrarradio. Debía su nombre a una promesa de su madre, su embarazo fue complicado y prometió ante el santo patrón de la ciudad de Almería, san Indalecio, que si este terminaba bien le llamaría igual. Sus humildes padres solo consiguieron que acabara quinto de EGB. En sexto, sus malas compañías y amistades le llevaron por mal camino, claro que tampoco había mucho donde elegir. Comenzó a fumar y a faltar a la mayoría de las clases. Los pequeños hurtos comenzaron como un juego, para demostrar que era el más chulo de la pandilla. Del tabaco pasó a los porros con solo catorce años. Para costeárselos subió el nivel de los robos, se especializó primero en radiocasetes de coches, después en bolsos por medio del tirón. Fue

fichado por la policía y pasó pequeñas temporadas en reformatorios, de donde se escapaba con frecuencia. Se enganchó a la heroína y los palos subieron de nivel, pequeños comercios, vehículos e incluso atracos a transeúntes. Con la mayoría de edad las detenciones terminaron en la cárcel. Con la heroína y otras sustancias se convirtió en un adicto politoxicómano. Su último golpe fue a una sucursal bancaria, consiguió un gran botín, pero el disparo a bocajarro con la escopeta recortada sobre el director por pulsar el botón de alarma precipitó los acontecimientos. Él y su colega lograron escapar, lo hicieron por separado para aumentar sus posibilidades de fuga. Le dio tiempo a esconder el botín antes de ser capturado, nunca delató a su compinche ni declaró dónde escondió las sacas. Su silencio le costó quince años de su vida. Cuando ingresó pesaba apenas unos cincuenta y cinco kilos, consumido por las drogas y de milagro libre del sida. Estos años le habían repuesto físicamente gracias a la rutina de tres comidas diarias, algo de gimnasia y la dificultad de conseguir drogas.

El ruido de un destartado vehículo con el tubo de escape roto le hizo volver a la realidad, giró la glorieta derrapando rueda y de un brusco frenazo se detuvo a su lado.

—Colega..., colega, sube al buga, te llevo *pa* tu *queli* —tartamudeó el conductor.

—¡Culebra! Cabrón, ya pensé me habías *dejao tirao*.

El Indalecio subió al sucio y desordenado cacharro, se dieron un tímido abrazo, pero por dentro sus corazones rebosaban de alegría después de tantos años sin verse.

El Indalecio y el Culebra se conocían de toda la vida, desde niños habían vivido mil correrías. Eran del mismo barrio, Los Almendricos, muy cerca del cementerio de la ciudad. Se habían iniciado juntos en las drogas y los pequeños robos. El Culebra era unos años menor que el Indalecio y en aquella época, por su menor tamaño, era el encargado de colarse por los agujeros y ventanucos, reptaba con habilidad por fachadas, terrazas y azoteas, de ahí nació su mote. Se habían convertido en inseparables, eran como hermanos. En una de sus innumerables juergas, como símbolo de su amistad, se tatuaron los dos el mismo dibujo en sus brazos, dos culebras enroscadas entre sí.

El Culebra era de pocas palabras, le costaba arrancar las frases, por eso repetía siempre la primera palabra dos veces, provocándole una extraña tartamudez. Siempre iba a remolque del Indalecio, que llevaba la voz cantante. Su actual aspecto desentonaba con el del repuesto Indalecio. Estaba muy deteriorado por sus malos hábitos de consumo, muy desaliñado, envejecido, parecía ser diez años mayor que su colega.

—Échate..., échate un pitillo —invitó.

—¿Un pitillo, cabrón, hijoputa?, ¿no hay *na* más fuerte *pa* tu colega de *toa* la vida? —replicó colocándose el cigarro en la boca.

—Es... es que está la cosa *mu* mala.

—Quiero un fiestón, que llevo quince *año* a la sombra.

—Tío..., tío, no tengo pasta, ¿y si *damo* un palo?

—¿Un palo? ¿Qué *quiere*, que me vuelvan a trincar?

—Yo..., yo estoy en *la última*, sin parné, tengo mono, necesito ponerme y no me dan la metadona hasta *pasao* mañana.

—No me *joda*, Culebra.

—*Pue... pue vamo* por la pasta del banco, tío, quiero mi parte. Veinte *kilo pa* dos, *tocamo* a diez *kilo pa* cada uno.

—¿Veinte *kilo*?, ¿cómo *sabe* eso?, si a mí no me dio tiempo a *contalo* —preguntó escamado.

—Esto..., esto..., yo que sé, *e* lo que *puso lo periódico* —contestó algo nervioso.

—¿Cómo que a medias? ¿Tu parte?, ¿y la parte en la que me *comío* el marrón yo solo?

—Oye..., oye, que yo no he *dejao* a nadie en silla de ruedas, ¿*pa* qué coño le diste al gatillo?

—Que no hubiera *tocao* la alarma el hijoputa.

—Que... que yo te estoy *agradesío*, Indalecio, no lo voy a *olvidá* nunca, yo lo que tú digas, ¿pero tú *tiene* pasta? *Pue a ve* qué *hacemo*.

—Bueno. *Vamo* primero a mi *queli* a dejar el petate y a *ve* qué pasa.

Mientras el Culebra conducía por la autovía hacia su barrio, se ponían al día sobre los colegas y demás novedades. A una distancia prudencial les seguía un vehículo camuflado de la policía. El caso aún seguía abierto, los inspectores de la comisaría y de la compañía de seguros querían recuperar el dinero del atraco.

Durante las largas «vacaciones» del Indalecio la fisonomía de la ciudad había cambiado tanto que casi parecía otra. La entrada por la zona norte, transformada, y la zona del cementerio, remodelada. El barrio de Los Almendricos nació a partir de un asentamiento chabolista al lado del gran depósito de basuras de la ciudad, junto al gran cementerio. Con el crecimiento de la ciudad y el nacimiento de nuevos barrios en el extrarradio para albergar la emigración de la población rural, el ayuntamiento estuvo obligado a trasladar el insalubre vertedero más a las afueras. En los terrenos liberados se construyeron unas modestas casitas de planta baja donde alojaron a los chabolistas de esta y otras zonas de la ciudad.

Al llegar, aparcaron en la puerta de la casa.

—Tengo... tengo que decirte una cosa.

—*Cualo* —respondió.

—Cuando... cuando tu vieja la diñó, yo estaba *tirao* en la calle. *Asín* que *pa* guardarte la *queli* me vine *paquí*.

El Indalecio no contestó, entraron. La casa estaba en muy pésimas condiciones, las paredes desconchadas por la humedad y la falta de una mano de pintura desde hacía años. Grandes telarañas poblaban las esquinas, las cucarachas pululaban entre la podrida basura del suelo, que no había visto una escoba ni una fregona no se sabía ya desde cuándo. Había un charco embarrado por una gotera del techo procedente de una tormenta caída hacía unos días. Apenas había muebles ni electrodomésticos, habían sido malvendidos por el Culebra para conseguir sus dosis. En el dormitorio, solo un viejo colchón sin sábanas depositado a ras del suelo. El agua y la electricidad estaban cortadas por facturas impagadas desde hacía bastantes meses. Un fuerte mal olor procedente del baño inundaba toda la maltrecha vivienda. El Indalecio apenas reconocía su casa, buscó su escondrijo y sacó una navaja, se la guardó en el bolsillo y algo afectado salió a la puerta a respirar.

—Vaya truño, Culebra, *asín* no se puede *viví*. Se está *ma* a gusto en la trena.

—Ya..., ya te lo dicho. *Necesitamo* la pasta. *Vamo* por ella y nos *pegamo* la vida padre. *Pillamo* un hotel, unas pibitas, nos *damo* una comilona y nos *ponemo* de *to* hasta el culo.

El Indalecio cogió el petate y lo vació en el maletero del coche.

—*Vamo* —ordenó sin dar explicaciones.

El Culebra subió rápido al coche.

—No, baja. *Vamo* a pata —ordenó.

El Culebra, sin entender nada, siguió al Indalecio, que caminaba con rapidez hacia el cercano cementerio.

—¿*Va...* *va* a ver la tumba de la vieja? ¿*Pillamo* unas flores?

—No, eso no sirve *pa ná*. Los *muerto*, *muerto* están. *Vamo* por la pasta.

—¿Coño..., coño!, ¿la *escondío* en el cementerio?

El gran cementerio, en esas fechas y a esa hora, recién abierto, estaba casi desierto. Apenas

una decena de visitantes y un par de empleados municipales. Se dirigieron hacia la zona noble, donde estaban los panteones. El Indalecio, algo desorientado y desmemoriado por el tiempo transcurrido, titubeaba, hasta que se detuvo delante de un viejo mausoleo semienterrado con unos desgastados escalones que bajaban en espiral.

—Pero... pero tío, ¿has *tenío* aquí la pasta *to* este tiempo? Estás *colgao*, ¿y si se *lan comío* las ratas? ¿Y si los dueños hubieran hecho obra?

—*Achanta la mui y vamo a bajá.*

—Mierda..., mierda, yo no bajo ahí, que me da canguelo.

—Quédate controlando y si hay algo, me *da* el «agua».

El Indalecio saltó la valla, ágil para su edad. Bajó varios escalones, se detuvo y susurró.

—Pásame el mechero, que está *mu* oscuro.

Capturó con habilidad en el aire el encendedor lanzado por su colega. Comenzó a bajar la cripta, con la pequeña llama pudo comprobar que poco había cambiado. Solo unas flores medio secas en los polvorientos jarrones delataban la relativa y reciente presencia de los familiares de los difuntos que allí descansaban. Allí estaba incluso la palanca que había usado para levantar la pesada losa de mármol quince años atrás. Oyó gritar al Culebra, aunque no le entendió, subió con desconfianza, asomó la cabeza para comprobar la situación. Observó la zona, no vio nada extraño, salvo al Culebra haciendo el tonto, con las dos manos en la cara y agitándose mientras gritaba:

—¡Indalecio..., Indalecio! Que no veo *na de na*, ven a ayudarme.

Se acercó al Culebra y le dio un fuerte *morrillazo*.

—Deja de chillar, cipote, que nos van a oír.

—Estoy..., estoy ciego, no veo un pijo, llévame al *hospitá*.

—¿Qué rollo *dice*?

—Qué..., qué rollo ni *na*, que ha *veníó* una luz muy grande y me *quedao* ciego.

—Eso ha *sío* algo que *tas* puesto.

—Que... que no me puesto *na*, mierda ya, que estoy *enmonao*.

—¿Y no ves *na de na*?

—*Joer...*, *joer*, que te dicho que no, que estoy *pa vende iguale*.

—Tío, espera un poco, ahora *vamo* al médico, ya que *estamo* aquí *pillamo* la pasta.

—*Pue...* *pue* aligera, que estoy *cagao*.

El Indalecio volvió a bajar por la espiral, al llegar abajo escuchó al Culebra hablar, pero no entendía lo que decía, optó por ignorarlo o no acabaría nunca. Hizo palanca y corrió la losa a un lado, una nube pestilente y polvorienta salió del sarcófago, se encaramó y tiró fuerte de las tres herméticas sacas hasta que salieron. Pasó de cerrar el sepulcro y escapó con premura al exterior con un gran ataque de tos, la garganta le carraspeaba del polvo que había tragado e inspirado. Cuando se recuperó, preguntó al Culebra qué le había dicho cuando bajaba.

—*Na...*, *na*, maldecía mi mala estampa —contestó algo nervioso.

—Aquí está la pasta —dijo mientras echaba un vistazo al interior de una de las sacas.

—¿Está... está bien *toa*?

—Mierda —exclamó el Indalecio.

—¿Qué... qué *e* lo que *e*?

—Que son pelás, tío, que son *peseta*.

—¡Hostia..., hostia!, claro, son *rubia* de aquella época, no habíamos *caío*.

—Vaya marrón, ¿ahora qué *hacemo*?

—Tranqui..., tranqui, eso se cambia por *euro* y *yastá*.

—Qué *espabilao*, Culebra, *va* al banco y pregunta «¿puede usted *hacé* el *favó* de cambiarme

esto veinte kilo de pela en euro?, ¿en billete de a veinte, si es tan amable?».

—*Gilipuerta..., gilipuerta, buscamos a alguien del barrio, pa que nos lo cambie, aunque perdamos algo, le damos un pellizco pa él.*

—*Anda, vámono, vámono...*

—*Oye..., oye, que me lleve a Torrecárdenas.* (Nombre coloquial del principal hospital de Almería).

—*Que sí, pesao, pero habrá que ir primero a la *queli pa dejá* esto y coger el buga, ¿o quiere ir andando?* —replicó mientras introducía las sacas en el petate.

Debido a la ceguera del Culebra, caminaban despacio por el pasillo central del cementerio buscando la salida cuando el Indalecio divisó cerca a dos tipos andando muy torpes con los brazos en posición horizontal.

—*¿Qué hacen *eso do*?* —preguntó en voz alta.

—*Yo..., yo que sé, si no veo *na*.*

Cuando aquellos tipos escucharon sus voces, comenzaron a gritar.

—*Socorro, no vemos, nos hemos quedado ciegos* —dijo uno de ellos.

—*Indalecio, Culebra, ayudadnos* —dijo el otro.

—*¡Hostia! ¡Que *esto* nos conocen!* —dijo sorprendido el Indalecio.

—*Mierda..., mierda, seguro que son pasma, que estos *cabrone* nos han *seguío** —sentenció rápido el Culebra.

Los dos compinches apretaron el paso para huir, uno de los policías sacó su arma reglamentaria y apuntando a ciegas les dio el alto. Como no obtuvo respuesta, alzó el brazo hacia el cielo y disparó varias veces al aire con la intención de asustarles y la esperanza de que se entregaran. Los dos amigos se detuvieron y se parapetaron detrás de un sepulcro coronado por un gran ángel. El Indalecio observaba por una esquinita la evolución de los dos policías.

—*Culebra, *esto* están ciego como tú. *Vámono callao*, que *esto* está *chupao*.*

Avanzaron un poco a trompicones, siguieron hasta llegar a la salida, dejando atrás a los dos policías perdidos y desorientados.

—*Indalecio..., Indalecio, me estoy jiñando. Que no aguanto, que me lo hago encima.*

—*Qué oportuno, entra ahí en *lo servicio* de *lo difunto*, *cagao*. Paso de limpiarte el culo, yo *mientras* me quedo aquí controlando, y aligera.*

El Culebra entró solo a los aseos, se levantó la camiseta y se arrancó el micro adherido al tórax y el paquete de la batería pegado en una pierna. A tientas buscó y arrojó el equipo en un gran cubo de basura que encontró, con algunas flores marchitas en el fondo. Tiró del rollo de papel todo lo que pudo para rellenar el cubo y ocultar las pruebas de su traición. Afuera, el Indalecio nunca descubriría que su muy querido colega del alma le había estado delatando, presionado por la policía, su adicción a las drogas, sus deudas y su miedo a entrar en la trena. Tiró de la cadena para disimular y salió como si allí no hubiera pasado nada, actuando con tal naturalidad que hubiera conseguido un Goya al mejor actor de reparto.

Al cruzar el umbral de la puerta del camposanto, el Indalecio se detuvo en seco y susurró al oído del Culebra que no hiciera ruido. En la explanada, tres vehículos policiales estaban aparcados estratégicamente, aunque sus dotaciones ciegas no estaban nada operativas. Unos agentes uniformados intentaban contactar por radio con la central solicitando ayuda, otros se lamentaban sentados en los asientos y el resto intentaba como podía volver de sus posiciones hacia los coches oficiales. El Indalecio pegó la espalda al muro y en silencio, tirando del Culebra, poco a poco se alejó del cementerio y del cerco policial. Mientras se movía, iba observando el resto del paisaje, la avenida de entrada a la capital estaba colapsada, se había formado un gran tapón y atasco por las múltiples colisiones de vehículos en cadena, en ese momento se dio cuenta

del gran alboroto que reinaba. Los peatones gritaban sin cesar pidiendo ayuda porque estaban ciegos, los conductores de vehículos pitaban sin parar.

Llegaron al coche, el petate al maletero y tras subir a su colega se colocó al volante.

—A *ve* si me acuerdo de manejar esto. Tío, hay un follón que no *vea*, está *to* el mundo como tú, ciego *perdíó*.

—Eso..., eso ha *sío* la *lu* esa fuerte que ha *habío*. Ya te lo dicho.

El Indalecio miró más detenidamente al Culebra, tenía los párpados cerrados e hinchados, y una pasta blanquecina, tirando a amarillo, como pegajosa, le supuraba de los lagrimales.

—Bueno, *mejó vamo* a *urgencia* que te miren.

Comenzó a circular, era muy complicado, tenía que ir muy, muy despacio, esquivando obstáculos, maniobrando, subiéndose a la acera, dando marcha atrás, otra vez hacia delante. De repente, un golpe y unos gritos.

—¿Qué... qué ha *pasao*?

—Que le *dao* a un ciego de esos.

—Ten... ten *cuidaico*, *angelico*, encima que está ciego lo *atropella*.

—Es que esto es un follón, está *to* lleno de coches *paraos* y gente ciega por *tos laos*. Está *to taponao*, no se *pue* seguir con el buga.

—¿*Vamo*..., *vamo* a pie?

—No sé, hay un tirón cuesta arriba y tú *va mu* lento. Espera, ahí hay una *cabra*.

Levantó el ciclomotor del suelo, estaba algo abollado, lo arrancó, parecía que funcionaba bien.

—Tú *va* a *llevá* el petate, como *te se* caiga te mato.

—¿*Me*... *me se* va a caer después de *tanto año* de espera?

Con el ciclomotor, la movilidad por aquel laberinto de coches era más sencilla. Llegaron a la misma puerta de urgencias, aquello era un caos, el servicio no podía funcionar con normalidad, todo el personal estaba afectado. Al entrar, el Indalecio se dirigió al primer trabajador vestido de blanco que encontró.

—Tú, *a ve*, mi colega que está ciego.

—Yo también estoy ciego —contestó apenado.

—Bueno, *pue* ponle algo *pa* que *vea*.

—Es que yo soy celador, no soy médico.

—No me *venga* con *rollo* y dame algo. Si no *pa* qué vas *vestío* de blanco, mira que te rajo —dijo mientras le daba un leve pinchazo en el cuello con la afilada navaja.

El celador, temiendo por su vida, le respondió que hirviera manzanilla con agua y le limpiara los ojos con el líquido.

—Alguna *pomá pa* ponerle.

—¡Hemoal!, ¡Hemoal! esa va bien para el ojo.

—¿*Adónde* hay?

—Aquí tengo uno empezado —le dijo mientras le entregaba desesperado un tubo medio vacío de su bolsillo.

El Indalecio, soltando al asustado celador, que nunca se hubiera imaginado que sus hemorroides le salvarían algún día la vida, salió de urgencias a buscar al Culebra, que le esperaba subido en la motillo. Le aplicó allí mismo la pomada. Marcharon a su casa entre vaivenes y zigzags por la atorada avenida. Al llegar al barrio, sus vecinos también estaban ciegos, como el resto de gente que había visto.

—Estoy *fundío*, Culebra, qué bien me venía ahora un canuto, o mejor un pico.

—Un... un pico, qué antiguo eres. Ahora no se pincha, se aspira, un chino se llama.

—En la trena me contaron cosa muy buena de una cosa nueva, *grag*, que se fuma en pipa.

—¿*Grag?*..., ¿*grag?*, ¡ah!, tú *dice crack*. Sí, está muy bien, coloca que no *vea*, aquí en la tiendecilla venden. ¿*Vamo?*

—¿Qué tiendecilla, la de la tía María?

—Sí..., sí, esa, ahora la lleva la hija, la tía María murió hace *año*, descanse en paz.

Cogieron un fajo de billetes de mil pesetas y se encaminaron a la plaza del barrio, los vecinos ciegos se movían sin rumbo fijo.

—Mira, por ahí va ciega la hija de la tía María.

—¿Va... va *endrogá?*

—No, *chala*, ciega de no ver, y la tienda está vacía.

—¿Qué... qué *dice?*, droga por la cara, *vamo*, rápido.

Entraron en la destartalada venta, allí se vendía de todo, oficialmente productos de alimentación y de limpieza, pero extraoficialmente disponía de un gran surtido de sustancias estupefacientes y por encargo también te conseguían armas. El Culebra, como cliente asiduo de mucha antigüedad, conocía los secretos del establecimiento, incluso algunas temporadas había colaborado como pequeño traficante, hasta que la hija de la tía María se dio cuenta de que consumía más droga que la que vendía. El Culebra indicó al Indalecio donde encontrar las bolsitas de *crack* junto a los componentes para poder consumirla. Le explicó cómo prepararla y cómo se aspiraba la pipa mientras se quemaba el culo, pero el Indalecio siguió tan a rajatabla las instrucciones que se colocó allí mismo, dejando al Culebra con dos palmos de narices.

—Venga..., venga, pásamela..., Indalecio, que me la *pase*.

—¡Hummm...!

—Cabrón..., cabrón, *desgraciao*, que me dejas *tirao*, primero yo, que estoy ciego, por compasión.

El Culebra tuvo que buscarse la vida y a tuntas y a ciegas se preparó su pipa, tardó un poco, pero tenía años de experiencia y al final consiguió su ansiado colocón. Así se pasaron puestos la mayoría de la tarde. Cuando se despejaron, comieron algo de la misma tienda.

—Ahora me tiraba unas gachís, que llevo *año* dándole al manubrio.

—*Podemo...*, *podemo* ir con la Merche y su prima.

—Tío, si esas ya eran mayores cuando estaba libre, tienen que tener el chocho *ma arrugao...*

—Qué... qué *señorico* te *ha volví*.

—*Mapetece* unos chochetes limpios, de pijita.

—*Pue... pue pa* eso hay que ir al centro.

—Ya *estamo* tardando.

Antes de marcharse hicieron acopio de diversos productos para su consumo, allí había un buen repertorio, heroína, cocaína, *crack*, anfetás, maría, chocolate, pastillas diversas, cristal...

Todo dentro del petate, junto a la pasta. Se subieron a la moto y se encaminaron para el centro. Durante el recorrido comprobaron que el paisaje apocalíptico afectaba a toda la ciudad, sumida en el desastre más absoluto. Todo el mundo ciego, solicitaba ayuda sin cesar, que nadie podía proporcionar y menos el Indalecio, que iba a lo suyo.

—*Vamo...*, *vamo* al «*sétimo* cielo».

—Pero mira la calle, si *pue cogé* la que *quiera*, mira esa que está ahí *sentá*, me gusta.

—Que... que no la veo.

—Siempre *me se* olvida. *Pa* que *vea* que soy buen colega, yo te la sujeto y tú te la *tira* primero, *aluego* yo. Ve bajándote *lo pantalone*.

Se acercaron a la mujer, era guapa y atractiva, de unos treinta y cinco años, lucía un modelito

caro, buen escote y potentes muslos, con sus pendientes de perlitas a juego con su pulsera.

—Buenos días, señorita. ¿Está usted ciega? ¿Podemos ayudarla en algo? —preguntó el Indalecio.

—¡Oh!, sí, muchas gracias. Pues sí, me he quedado ciega, pero lo que más me urge es encontrar a mi pequeño hijo, lo he perdido. ¿Le han visto? Tiene siete años, lleva puestos unos pantalones vaqueros y una camiseta roja con unas letras amarillas con el eslogan «Hoy no, mañana...».

—No se preocupe *usté*, si ha *perdío* al crío..., ¡nosotros le *hacemo* otro! —dijo el Indalecio mientras se situaba detrás de ella, la agarraba por los hombros y la derribaba.

Ya en el suelo, para inmovilizarla, colocó sus piernas encima de los brazos de ella, situados a la altura de su cabeza. Guio con la voz al Culebra para que se acercara. Mientras el Culebra se aproximaba, recibió un par de patadas, una de ellas le dio fortuitamente en los testículos.

—Ja, ja, ja, vaya coz *ta arreao*.

—Putá..., puta, *ma* hecho polvo, paso, éntrale tú.

Cambiaron las posiciones con torpeza, durante la maniobra la mujer daba la guerra que podía, gritaba histéricamente e intentaba liberarse, se soltó un brazo de la mano del Culebra y con fuerza arañó la cara del Indalecio. Este entró en cólera y asestó un par de fuertes puñetazos a la cara de la mujer, que quedó inmóvil semiinconsciente. El Indalecio aprovechó el momento de tranquilidad y consumó la violación.

—Torpe, *inuti*, por tu culpa *maraña*o la cara, ¿*pa* qué la sueltas?

—Es... es que las pijas *d'ahora* van mucho al gimnasio y están *toas* cachas.

—Vaya mierda polvo.

—Ya..., ya te dije que *mejó* unas *putilla*.

—Se ha hecho *mu* de noche, hay que buscar una piltra *pa* dormir.

—Colega..., colega, *vamo* a un hotel, de *eso pa* ricos.

—Menos mal que *te se* ocurre una idea buena. En la calle *datrás* hay uno.

Entraron al hotel, la recepción estaba desierta, cogieron unas llaves al azar. El establecimiento no era de lujo, tres estrellas a lo sumo, pero al Indalecio le pareció un palacio, lo primero fue asaltar el minibar y después ponerse un combinado del material que llevaban en el petate.

Se levantaron tarde, el Indalecio se duchó y obligó a regañadientes al Culebra a darse un baño, que ya le tocaba.

—*Vamo*..., *vamo* a ir con la pasta al banco y como no nos ven, que nos la cambien.

—Si no te conociera, diría que de pequeño te diste un golpe en la cabeza y no te pirula bien.

—¿Por... por qué *dice* eso?

—Escucha, Culebra, no *necesitamo* ya la pasta. Ni *cambiala* en el banco ni pesetas ni euro. Todo el mundo está ciego menos yo. No hay pasma, ni *picolet*o. Soy el amo de la ciudad. *Podemo* *hacé* lo que nos dé la gana.

—Coño..., coño, es *verdá*. *Pue* échame crema *desa pa lo ojo pa curame* y *vamo* a dar un voltio.

Comieron algo en la cafetería del hotel, allí había algunos ciegos, uno al oírles se les acercó a pedir ayuda.

—Que te pires o te rajo el gaznate —fue la respuesta del Indalecio.

Paseaban por las céntricas calles, al Indalecio le dio por burlarse y hacerles perrerías a los ciegos que encontraban. A un ciego algo obeso le hacía la zancadilla provocándole una caída frontal. A otro le ponía una y otra vez el mismo obstáculo para que tropezara y tropezara. A uno le golpeaba porque sí, a otro le arreó una gran patada estilo kárate. El siguiente fue más afortunado, solo jugó a la gallinita ciega con él. A otro le dio un *morrillazo*, el ciego, dolorido, al volverse

hacia ese lado, recibía otro golpetazo por el lado contrario, así varias veces. Los ciegos se defendían como podían aleteando el aire con los puños cerrados o verbalmente con un repertorio de insultos. Después la tomó con el género femenino. A una chica le tocaba el culo, a otra le sobaba las tetas, a una le arrancaba la falda dejándola en bragas y a otra le despojó de la blusa exhibiéndola en sostén. La peor parte se la llevó una señora morena con una cola, se obsesionó en tirarle del pelo, menos mal que la señora terminó tumbándose en el suelo bocarriba. El Culebra tampoco se libró, le empujaba para que chocara con los demás ciegos o lanzaba ciegos sobre él. Se divertían a su manera y antojo.

Cuando se cansaron de sus juegos, entraron en un caro comercio de moda masculina, se probaron varias prendas y salieron muy elegantes. Pasaron delante de una joyería, no pudieron evitar la tentación de entrar y llenar unas bolsas para sustraerlas.

—Menudo peluco me *mercao*. Y ese cadenón y esas gafotas de sol, Culebra, *parece* un negrata de las *película* americana.

Comieron y bebieron en el restaurante que les apeteció, aunque tuvo que cocinar y servir el Indalecio. Volvieron al hotel, les tocaba un poco de sus particulares medicinas.

El Indalecio se levantó a la mañana siguiente con una erección matutina y se maldijo por no tener con quien bajarla.

—Culebra, tengo *gana* de follar, a *ve* dónde me va a *llevá*. Pasando de forzar a ninguna, que no se disfruta tanto y es muy trabajoso.

—Conozco..., conozco unas tías, no son putas, pero les gusta colocarse, yo a *vece* me las *he tirao* solo convidándolas.

—¿Pero están *buena*?

—Son... son *jóvene*, de *esa* con *mucho pendiente* y pelo de *colore*. Pero se mueven de puta madre.

Vivían relativamente cerca, así que iban caminando a su domicilio cuando oyeron un alarido desesperado en un cercano descampado en obras, en una hondonada. La curiosidad hizo al Indalecio correr y asomarse. Una jauría de perros atacaba a una persona tumbada en el suelo, el Indalecio se lio a pedradas gritando con todas sus fuerzas, la manada salió huyendo. Bajó a echar un vistazo, el reciente cadáver de un sucio niño medio desnudo rodeado por las moscas yacía inerte en el polvoriento suelo.

«Un mendigo», pensó en voz alta.

Estaba ya casi medio devorado, solo cubierto con una sucia y deteriorada camiseta roja con unas letras amarillas impresas: «Hoy no, mañana...».

—¿De qué me suena a mí esa camiseta? —dijo en voz alta sin lograr acordarse.

Salir de allí trepando por el alud le costó una buena sudada. Al volver junto al Culebra le narró la terrible escena. Volvieron a oír ladridos, los perros habían vuelto a terminar su comida.

—Tenía que haberlo *enterrao*.

—Pasa..., pasa, *vamo* a lo nuestro.

—Me da pena.

—*Ademá...*, *ademá*, los *animalicos* también tienen derecho a *comé*.

Caminaron el resto del recorrido en silencio hasta llegar a la casa, las chicas vivían en la zona antigua de la ciudad, una calle de envejecidas viviendas de planta baja. Tocaron al timbre.

—¿Quién es? —preguntaron desde dentro.

—¡Hola..., hola! Soy José —respondió el Culebra usando su nombre de pila.

—¿José, qué José?

—Nos conocimos en el concierto de la feria —dijo esforzándose para no tartamudear.

—¡Ah!, el que tenía buen material, pero de eso hace ya meses. ¿Es qué no estás ciego?

—Sí..., sí, estoy ciego, pero mi colega no lo está y traemos material *pa invitá*.

Las chicas abrieron la puerta y les dejaron entrar. Eran bastante más jóvenes comparados con ellos, muy modernas, *piercings* y *tattoos* diversos recorrían su anatomía. Una entrada en carnes, pero sin llegar al exceso, las otras dos restantes muy monas. La casa estaba amueblada con sencillez, pero estaba limpia. Les pidieron ayuda, sobre todo necesitaban comida, su despensa estaba al mínimo. El Indalecio salió a conseguir alimentos. Al volver, el Culebra y las chicas ya aspiraban unas rondas de rayas de cocaína. La fiesta ya había empezado sin él, aunque más tarde esta derivó en orgía.

Tras varios días y los cinco consumiendo a tope, el repertorio de drogas llegaba a su fin.

—Mira..., mira, Indalecio, conozco un *sosio* en el barrio del Quemadero que maneja buen material, lo único es que le debo parné. *Le llevamo uno* taco de pasta del petate, saldo mi asunto y le *compramo to* lo que tenga.

—Parece fácil, *vamo*.

Llegaron con la moto a la zona alta del barrio con más facilidad, no se percataron de que las avenidas principales estaban algo más despejadas y la circulación era algo más fluida. Debían subir a un tercero sin ascensor, las viejas escaleras estaban sucias, los peldaños cementados por sus losas arrancadas, las paredes de los pasillos con pintadas obscenas sobre desconchones que dejaban a la vista sus diferentes capas de colores. La puerta de madera envejecida de la insalubre vivienda estaba abierta, así que entraron directos al salón, decorado en los años ochenta. Se plantaron frente al patriarca, que estaba sentado al borde de una mesa camilla, fumando con la vista perdida en el infinito.

—¿Quién va? —gritó el anciano.

—*Venimo...*, *venimo* a hacer negocio.

—¡Coño! Ese tartamudeo es del Culebra, con *la gana* que tenía de echarte el guante, ¿*viene* a robarme otra vez? —dijo mientras sacaba una recortada escondida dentro de la mesa camilla.

Apuntó a ciegas y a ciegas disparó dos veces, descargando la manipulada escopeta. El Indalecio se agachó con rapidez a un lado, evitando las postas, mientras gritaba «*cuidao*, Culebra». Se arrastró hasta llegar al lado del jefe del clan y le asestó varias puñaladas con todas sus ganas. El viejo soltó el arma, que rodó por el suelo, y se quedó allí sentado desangrándose. El Indalecio se incorporó y buscó a su colega, estaba tirado en el umbral de la puerta, sobre un charco de sangre, su propia sangre.

—¡Culebra, Culebra! —le llamó con desespero mientras se arrodillaba a su vera.

—Busca..., busca debajo de la falda de la mesa camill... —fueron sus últimas palabras.

El Indalecio rompió a llorar mientras le abrazaba muy fuerte y repetía sin cesar su nombre. Varias horas permaneció en esa posición, se levantó y con rabia pateó la mesa camilla, que voló a una esquina de la estancia dejando a la vista las diversas y numerosas bolsitas de diferentes texturas, formas y colores que allí habían estado ocultas.

Tras el trágico suceso, quiso darse un baño de recuerdos volviendo a sus orígenes, a su barrio, a su casa. Allí permaneció de luto entre picos, rayas y pipetas de fumar varios días, apenas sin comer ni beber, a oscuras, sin saber si era de día o de noche, en aquellos momentos todo le era indiferente.

Un fuerte y ruidoso golpe le sacó de su letargo, se levantó sin prisas, con torpeza y algo desorientado, salió del fondo del dormitorio hasta la entrada, le pareció escuchar una voz, abrió la contraventana y la luz penetró en la oscura estancia, las dilatadas pupilas del Indalecio tuvieron que ser protegidas por sus manos. Pasaron unos minutos hasta que se adaptaron, de todas formas

buscó unas gafas de sol, se las puso y se asomó por la ventana por si descubría el origen de aquel ruido. No encontró la causa, así que decidió salir a la calle a investigar. En su esquina descubrió un ciclomotor hecho un ocho, estampado contra su pared y un socavón en su fachada. Algo más allá, el cuerpo de un individuo yacía en el suelo, algo gordito y calvito, sangraba por el abdomen con sus vísceras asomándose y respiraba con suma dificultad, de pronto vomitó una papilla roja y dejó de respirar, sus facciones se volvieron lívidas. Llevaba un macuto, lo registró y encontró una pistola, estaba cargada, se la guardó detrás, en la cintura del pantalón. De este modo descubrió que existían más personas que no estaban ciegas. Debía ir con más cuidado a partir de ahora.

Pasó la tarde en casa pensativo. Al deslumbrar el día, decidió volver a casa de sus nuevas amigas, por lo menos tendría compañía y sus necesidades carnales cubiertas. Pero estaba impresentable, maloliente, como no tenía intención de lavarse la ropa optó por ir de «compras» toda la mañana. Se hospedó en otro hotel, donde se duchó, comió algo decente y durmió en sábanas limpias. Se levantó muy tarde y tras desayunar a la hora del almuerzo, pensó en presentarse en casa de las chicas con unos regalos. Creyó que unos trapitos les irían bien, pero en la tienda de modas le asaltaron multitud de dudas, había mucho donde elegir y además desconocía sus tallas. Llevaría varios tamaños de cada prenda, pero las bolsas se convirtieron en numerosas, abultadas y algo pesadas, difíciles de transportar uno solo y en moto. Se rebotó y abandonó la ropa en la acera, de todas formas, pensó que las chicas ciegas no valorarían las prendas. Decidió mejor llevar alimentos y bebidas alcohólicas, colgó las bolsas en el manillar, sin darse cuenta había transcurrido la tarde y ya anocheecía.

Mientras circulaba por las calles, las encontró muy desiertas, apenas deambulaban los ciegos por ellas. Por el centro escuchó la música del cantante D. B. Se acercó al edificio de donde provenía la melodía y le pareció que su origen estaba en el ático. Aparcó el ciclomotor en el portal y de la óptica de enfrente tomó prestados unos prismáticos, desde allí observó con detenimiento la terraza del último piso. En la penumbra contó tres chicas sentadas a la mesa.

Le entró curiosidad y quiso subir a investigar, pero por la esquina un grupo de personas se acercaban, se desenvolvían bien, no estaban ciegas, los vigiló con detenimiento, oculto tras una furgoneta, no apreció que llevaran armas a la vista.

Sacó la pistola y apuntó al que parecía que daba las órdenes, mantuvo la posición unos segundos, expulsó el aire y dejó de respirar para que el movimiento de sus pulmones no perjudicara su puntería... Cambió de idea y bajó el arma sin detonar. Aquellos hombres forzaron la puerta y entraron, decidió esperarles. Cuando salieron les acompañaban las tres mujeres, estaban ciegas. Siguió al grupo, pero cuando subieron a su vehículo tuvo que volver a por su moto, estuvo a punto de perderles, pero las calles no permitían ir rápido, la luz de posición del vehículo y el ruido del motor en la silenciosa noche le ayudaron en su persecución. Tuvo la precaución de hacerlo a bastante distancia y sin luces para no ser detectado. Averiguó que su punto de destino era el pabellón de deportes, siguió en la distancia, donde observó mucho movimiento de gente. Tomó nota mental del lugar para evitarlo y no tener encontronazos indeseables. Dobló la esquina por la contigua avenida y continuó su camino, alejándose por las solitarias calles de la ciudad

[Volver al índice](#)

7

El escritor

13 de marzo.

Al abrir los ojos, negrura total. Cegado por el inexplicable resplandor, no puedo mantenerlos abiertos, los pegajosos párpados me lo impiden. Tengo que reconocer que estoy nervioso, asustado, muy alarmado y a la vez ansioso por obtener respuestas, conocer y entender qué ha sucedido.

Permanezco sentado en mi sofá preferido con el ordenador caliente sobre mi regazo. Ignorando las elementales normas sobre ergonomía, he estado tecleando encorvado un retoque a los últimos capítulos de mi obra. Llevo desde muy temprano pulsando las teclas con frenesí, las madrugadoras musas, susurrándome sin cesar al oído, me habían desvelado. Ignorando el hecho de mi nueva situación, me centré en mi primera preocupación, mi novela. Hace como media hora que no guardo el archivo y un miedo atroz a perder mi reciente trabajo invade mi atormentada mente. Tras unos interminables minutos de reflexión y valorar infinitas posibilidades, opto por depositar el portátil en el cojín contiguo, confiando en que la duración de la batería permita el autoguardado.

Ya puedo concentrarme en mí, soy consciente de mi debilidad, sin duda, necesito ayuda. Presto atención a los sonidos de la solitaria casa, el leve rumor del motor del frigorífico, el compás de mi respiración, los suaves pitidos de mensajes entrantes en mi móvil. ¡Mi móvil! No anda muy

lejos, no recuerdo exactamente dónde, así que tanteo como puedo a derecha e izquierda. Por su pulido tacto y pequeña forma rectangular es indudable que lo he encontrado. Claro que ahora me surge otro problema, mi primera intención es llamar a mi esposa, que se encuentra trabajando, es profesora de francés. Cambio de idea, después de meses en paro, hoy es su primer día en ese elitista colegio privado. Ante la incertidumbre laboral, prefiero avisarla después de su jornada. Me quedo pensativo sobre la idoneidad de mi siguiente paso. Contactar con el servicio de ambulancias podría ser una solución. Al levantar el móvil, caigo en la cuenta de que es imposible marcar a ciegas. Recuerdo a uno de mis mejores amigos, experto en tecnología, días atrás me daba un consejo para activar y configurar la marcación por voz. ¿Por qué no le haría caso? De todas formas, me guardo el teléfono en el bolsillo.

Tengo ganas de orinar, me levanto con precaución y camino miedoso a ciegas con mis protectores brazos en posición horizontal. La punzada de la esquina de la gran mesa del comedor en mi abdomen me recuerda que debo ir con sumo cuidado. Cruzo el umbral de la puerta y apoyo mi mano en la pared del pasillo, la sigo lentamente mientras avanzo unos pasos, el roce con uno de los cuadros colgados provoca su desequilibrio, por instinto intento asegurarlo. El resultado es nefasto, la esquina del marco me impacta sobre el dedo gordo del pie, grito por el dolor y el vidrio del retrato se hace añicos al aterrizar sobre el suelo. En apenas cinco minutos ya llevo dos percances sobre mi persona. Como no espabile, esta situación no llegará a buen fin. Oigo el crujir de cristales bajo mis zapatillas al llegar a la cerrada puerta. Entro al estrecho aseo, orinar de pie, como es mi costumbre, no me parece hoy buena idea, así que me bajo los pantalones y me siento sobre la taza. Normalmente, me lavo las manos después de estos menesteres, pero dada la situación debería simplificar mis rutinas, aunque quizás me vendría bien un buen aclarado de ojos, quizás milagrosamente mejore. Media hora de agua sobre mi rostro no varía mi situación, sigo igual.

Apenas tomé un solitario café al levantarme, así que ahora tengo hambre. Desplazarme a la cercana cocina y preparar algo para comer se me antoja una ardua misión. Sopeso los pros y los contras, pero el ronroneo de mi estómago me convence por fin. Me pongo de nuevo en marcha, recurro al mapa mental que me proporciona mi memoria para ayudarme a llegar a la cocina, recorro la distancia con calma, sin prisas. Me desenvuelvo bastante bien, recuerdo la situación espacial de los muebles y dónde guardo cada cosa, claro que tampoco me complico mucho, un par de magdalenas y un pequeño zumo frío en tetrabrik es la dieta de hoy, hasta que retorne mi esposa.

Vuelvo al salón y me recuesto en el sofá, busco sobre la mesita el mando de la televisión, pulso uno a uno varios botones hasta que escucho el característico sonido de conexión. Con dificultad logro cambiar poco a poco de canal, pero no encuentro ningún noticiario en la emisión. Lo dejo en un importante canal nacional a la espera de que emitan un telediario. Debo repensar mi situación, quizás me interese buscar ayuda de los vecinos e incluso salir a la calle. Tengo muchas dudas, esa aventura me parece ya algo peligrosa y arriesgada. Puede que al salir me desoriente, me pierda y no sepa volver a casa. Si la puerta se cierra, me parece incluso muy complicado insertar la llave en la cerradura. Prefiero no arriesgarme, mejor me quedo en la comodidad de mi hogar, esperando a mi mujer.

Tampoco sé la hora que es, es tal mi desorientación que he perdido el control del transcurrir del tiempo. Durante las pocas horas de mi afección voy descubriendo cuán difícil y complicado es la vida de un ciego. Me siento indefenso y débil. Por lo inesperado, doy un rebote por el susto, de súbito mi móvil ha comenzado a sonar, tardo en reaccionar y cuando consigo extraerlo del bolsillo la llamada ha finalizado. Exploro los bordes del aparato y por la posición de las hendiduras y botones logro identificar su orientación correcta. Espero un rato y vuelve a sonar, intento

responder, pero no lo consigo. Intuyo que es mi querida esposa quien llama. Menos mal que insiste, la suerte se halla de mi lado y consigo conectar para hablar con ella. Está muy preocupada, me narra su apocalíptico día, compañeros y alumnos están todos ciegos. Ella, sorprendentemente, no está afectada, se ha librado de chiripa. Ha intentado pedir ayuda oficial, pero no lo ha conseguido. Ingenuamente, me pide que acuda en su ayuda porque está desbordada. Lloro con gran desconsuelo cuando conoce mi verdad. Desea acudir enseguida a socorrerme. Le respondo que no hay prisa, que de momento me defiendo bien. Creo que es mejor que espere a la ayuda gubernamental, los niños la necesitan mucho más que yo. Me ruega, me implora que no salga al exterior, que evite cualquier peligro, que tenga paciencia, ella llegará cuando las circunstancias se lo permitan. Nos despedimos con un beso, un te quiero, un hasta luego.

Algo más relajado, me concentro en el televisor, la emisión actual no me interesa, así que avanzo por los canales uno a uno sin conseguir nada de actualidad. Me viene a la memoria la posibilidad tecnológica de oír la radio en la televisión. Paso de cadena en cadena, deteniéndome a escuchar un rato, hasta que consigo algo interesante.

Un cansado locutor emite un corto y repetitivo parte de noticias. Narra que todo se ha iniciado con una potente luz cegadora cuya procedencia se desconoce. El presentador aventura varias hipótesis, ninguna contrastada. Podría ser por una bomba atómica, algo poco probable, el país no sufría amenazas directas ni motivos para ninguna agresión. Aunque tampoco se descartaba algún nuevo tipo de ataque terrorista. Quizás la entrada de un gran meteorito en la atmósfera provocara una gran llamarada, otra posibilidad sería un desconocido efecto climatológico o alguna anomalía provocada por el sol, como una enorme erupción solar. El locutor continúa dando algunos consejos básicos, como que aventurarse en la calle podía ser peligroso, mejor permanecer en casa, por ser el lugar más seguro, y esperar a recibir ayuda.

Parece ser que, sensatamente, estoy haciendo lo más correcto, aunque la espera a oscuras es tan aburrida y tediosa que me vence el sueño.

[Volver al índice](#)

8

La cita

Dos días antes del 13 de marzo.

Jaime siempre solicitaba cita por teléfono. Dejaba en el contestador de Susana un mensaje con la noche que le iba bien y la hora acostumbrada. Susana nunca le ponía impedimentos y se adaptaba siempre a sus necesidades, incluso si la hora y la noche estaban ya reservadas, alteraba su agenda por él, anulaba o cambiaba las citas de otros, le consideraba un cliente VIP por varias razones.

La primera, por la comodidad de atenderle en su ático, sin desplazarse, aunque por seguridad nunca trabajaba en su casa, confiaba en él. Físicamente no era feo, estaba bien, más bien alto, porte atlético, se notaba que hacía deporte y se cuidaba, le agradaba. Soltero sin novia, simpático, galante, muy caballeroso, vamos, que le hacía tilín. Era muy detallista, era el único que siempre se presentaba con algún obsequio. A veces una rosa, otras unos ricos bombones de licor, un libro o una película destacados en la conversación de una cita anterior, una botella de un buen vino o un cupón de la ONCE. Porque otra de las razones de su predilección por él es que era ciego de nacimiento. Le invadía sin querer un sentimiento de compasión y algo de pena. Aunque, a la vez, le admiraba por su nivel de autosuperación, por su arrojo y por su valentía al afrontar sus problemas. De buen grado le cuidaría, le atendería y le mimaría. Incluso fantaseaba que podía aplacar junto a él su incipiente instinto maternal despertado por su inexorable reloj biológico.

La siguiente razón era porque siempre, siempre tenía las manos calientes, aunque fuera invierno; no había nada más confortable para ella que el contacto de una cálida piel.

Las veladas comenzaban primero con unos canapés y unas tapitas regadas con un suave vino espumoso, de segundo, según la ocasión, carne o pescado rehogados con una amena e interesante charla, salpicada de inteligentes bromas y un fino humor, continuamente conseguía hacerla reír. Para los postres siempre algo afrodisíaco y con energía para recargar las pilas, los dos ya sabían

lo que les esperaba después.

Un poco de música suave para bailar pegados y calentar el ambiente, ella con un vaporoso vestido apretaba sus pechos sobre él mientras notaba cómo crecía su bulto en la entrepierna.

Susana, por su trabajo, conocía carnalmente a muchos hombres, la mayoría unos ineptos que iban a lo suyo, que para eso pagaban, pero Jaime era muy especial, estaba a años luz de todos ellos. Poseía una cualidad inusual que había conseguido a base de interés, tesón y esfuerzo, faceta adquirida también gracias al desarrollo de sus otros sentidos.

Jaime nunca había visto un cuerpo, ni de mujer ni de hombre, ni sabía cómo era visualmente una teta, un culo o unos genitales. Solo podía ver el cuerpo de Susana por medio del tacto, el olfato, el gusto y el oído. Ansiaba y deseaba contemplarla, admirarla por completo, entera, de arriba abajo.

Primero ella se tumbaba en la amplia cama reposando bocabajo mientras Jaime adoptaba un papel activo, prefería llevar la voz cantante. Le encantaba concentrarse en los preliminares y Susana, muy relajada, recibía toda su atención y dedicación.

Con delicadeza, con calma, sin prisas, exploraba su cuerpo con un tacto suave gracias al roce de las yemas de sus dedos, que ponía a Susana a mil por hora.

Casi todas las zonas de Susana, centímetros de piel por recorrer, eran examinadas por Jaime, hasta las más recónditas, activando sus zonas erógenas para disfrute y deleite de la joven.

Comenzaba por la cabeza, cogiéndole por la coronilla, le introducía los dedos suavemente entre su pelo y le aplicaba un relajante masaje. Seguía por su cuello, apartándole la melena, dejando su nuca al descubierto, la acariciaba con suma delicadeza, Susana se estremecía y se dejaba hacer. Sobrevolaba, apenas rozando la piel, lento y muy suave, desde el inicio de la nuca, por los hombros. Aproximándose a la zona del coxis, rodeaba la zona anal llegando a los sedosos glúteos, jugando con ellos con un sutil y esponjoso masaje. A Susana se le erizaba el vello y se le ponía la piel de gallina.

En los sensuales muslos acariciaba tanto la parte más sensible del interior como la exterior, manteniéndose alejado de la zona genital. Seguía por detrás de las rodillas, muy sensibles a los gestos suaves y cálidos, después tobillos y pies. Casi como un masajista profesional, no olvidaba ninguna zona anatómica.

Sin brusquedad, por indicación de él, ella se daba la vuelta y se colocaba bocarriba. Agarrando sus manos con fuerza, entrelazaban sus dedos un rato para bajar después acariciando despacio con sus dedos las muñecas y los antebrazos de ella. Un leve roce por el cuello y los hombros, hasta llegar a los pechos para presionarlos con suavidad, rozando con las palmas los pezones y las areolas de su gran tetamen. Recorría su abdomen dibujando pequeños círculos alrededor del ombligo. Jugueteadando con su recortado pubis, evitaba centrarse en los genitales recorriendo de soslayo su clítoris mediante caricias y movimientos circulares. Seguía por el interior de los muslos, avanzando por sus largas piernas hasta terminar con un leve masaje en la planta de los pies.

Cuando sus dedos ya la habían «visto» lo suficiente continuaba ayudado por el olfato, ella impregnada en un caro y oloroso perfume de marca, la nariz de Jaime surcaba sus sinuosas curvas, la respiración de uno contra el cuerpo del otro, buscando los olores naturales de sus orificios más íntimos.

Ya deseoso de saborearla, sus yemas y nariz eran sustituidas por una lengua suave y húmeda.

Besándola, se desplazaba hacia la oreja y al llegar al lóbulo lo tomaba entre sus labios y lo mordisqueaba con suavidad, seguía lamiéndole el cuello y después se trasladaba a las mamas, le encantaba lamer y chupetear los pezones. Después bajaba su lengua por el esternón hasta llegar al

ombliigo, luego la paseaba suavemente por la zona del perineo, los labios menores..., aquí Jaime, conocedor de su importancia, se explayaba algo más, los gemidos de Susana retumbaban por el dormitorio.

Jaime no tenía prisa, alargaba los preliminares y retrasaba a conciencia el momento del coito. Susana no resistía más el calentón, tan húmeda y tan excitada que perdía el control y, entre jadeos y suspiros, se abalanzaba sobre él como una gata en celo. El sexo acababa siendo salvaje y apasionado, llegando al más placentero de los orgasmos.

Susana, satisfecha y agradecida, devolvía a Jaime el favor accediendo entonces con gusto, sin reparos, a cualquier petición del ciego. Le enumeraba un arsenal de juguetes y artilugios, geles y aceites de diferentes sabores y olores.

—Elige lo que quieras y como quieras —ofertaba Susana.

—¿Barra libre? —bromeaba Jaime—. Primero sorpréndeme y después... elijo por detrás.

Susana, bañada en leche de almendras, le obsequiaba con un exótico masaje tailandés cuerpo a cuerpo y con sus carnosos labios un «final feliz» dentro de su húmeda boca. Tras finalizar la penetración anal y como privilegio, Susana le permitía pasar la noche. Cansados, se quedaban profundamente dormidos, abrazados, dándose calorcito.

Jaime, más madrugador, era el primero en levantarse. Susana observaba curiosa a escondidas cómo se desenvolvía mientras se duchaba, se secaba y se vestía. Llegaba el momento más delicado y embarazoso: la despedida. Jaime le dejaba el sobre con lo convenido encima de la mesita de noche, Susana ni siquiera lo abría ni contaba, otra norma rota, incluso dudaba si aceptarlo, con Jaime el dinero no era lo importante. Le acompañaba hasta la puerta despidiéndose con un par de besos en las mejillas, como dos buenos amigos. Deseaba avanzar más en la relación, esperanzada e ilusionada, aguardaba de él una señal, un paso hacia adelante. Jaime, tras desearle mucha suerte en su próximo examen de conducir, prometía pedir otra cita en cuanto le fuese posible.

. —Gracias, espero dominar los nervios y aprobar. Pide cita, cuando quieras —contestaba ella, mientras suspiraba—. Para ti, Jaime..., siempre estaré libre.

[Volver al índice](#)

9

Venganza

13 de marzo.

No se podía permitir ningún fallo, Ángel preparaba el equipo con mucho cuidado, comprobó que la batería estaba completamente cargada y bien adherida a la pierna del detenido. Pegó con cinta el micro en el peludo tórax y realizó una prueba de voz.

—Di algo —ordenó el policía.

—Algo —respondió el drogadicto.

—¡No!, algo más largo —volvió a ordenar.

—Algo... algo más largo —repitió con su característica tartamudez, cuando iniciaba una frase, duplicaba siempre la primera palabra.

Tras la carcajada general de sus compañeros, el agente, algo enfadado, le replicó:

—¿Tú eres tonto o te lo haces?

—Si... si usted lo dice, muy listo no soy.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—Señor... señor comisario, le juro por mis muertos que no.

—Y dale, que ya te he dicho que no soy comisario.

—Como... como es el que manda.

—Señor comisario —dijo otro de los funcionarios en tono jocoso—, el equipo de grabación funciona correctamente.

—¿Ve... ve como sí es comisario?, me está liando.

El policía prefirió no darle más pie y se centró en su trabajo. Volvió a explicarle el procedimiento de la operación. Recogería a su amigo de toda la vida a la salida de prisión y le acompañaría para intentar averiguar dónde estaba el botín del atraco, ellos estarían siempre cerca y debía evitar que descubriese el micro.

Estaban a punto de resolver el asalto a un banco perpetrado quince años antes. Dos delincuentes de poca monta, ambos drogadictos, atracaron una sucursal bancaria de una céntrica calle de Almería. Consiguieron un botín de veinte millones de pesetas de la época, tras disparar una tanda de cartuchos contra el director, que casi pierde la vida, aunque quedó parapléjico.

Las rápidas pesquisas policiales obtuvieron como premio, unas pocas horas después, la detención de uno de ellos, el autor de los disparos. Pero nunca confesó dónde escondió las sacas ni delató a su compinche. Todas las sospechas recayeron sobre aquel pobre tartamudo, pero sin pruebas quedó en libertad, y tras años de seguimiento, y al verificar su pésimo estilo de vida, dedujeron que nada sabía de aquel dinero.

El chorizo de gatillo fácil fue sentenciado y encarcelado en la prisión de la ciudad. Tras una rebaja de condena, quedaba en libertad quince años después. La policía, presionada por la compañía de seguros que cubrió el quebranto de aquel robo, deseaba recuperar aquel dinero. Decidieron buscar al tartamudo y presionarle para que colaborase con ellos, Ángel tenía un especial interés personal en el caso.

Lo encontró en los alrededores de un conocido punto de venta de drogas al menudeo, estaba en las últimas, excesivamente delgado, desnutrido, desaliñado, sin dinero y con síndrome de abstinencia. Le trasladaron a comisaría, donde le apretaron las tuercas. Él suplicaba y suplicaba por una dosis, aunque fuera de metadona, pero los policías eran inflexibles. Jugaron al clásico poli malo y poli bueno. Un agente le amenazaba con ingresarle en presidio endosándole un reciente robo a un supermercado. Siguió apretándole las tuercas intimidándolo aún más, le destinaría como compañero de celda otro delincuente con el que tenía cuentas pendientes. El poli bueno, Ángel, le ofrecía dejarle libre, incluirle en un programa de desintoxicación e incluso una pequeña recompensa por la recuperación del botín.

El desesperado no pudo resistir más, claudicó y aceptó las condiciones. Ángel redactó el acuerdo y después de firmar le trasladaron al hospital para tranquilizar su ansiedad y descansar para estar en unas mínimas condiciones de operatividad. Por la mañana, muy temprano, tras la instalación del micro y repetir varias veces las pautas del procedimiento, le facilitaron el más destartado de los vehículos requisados, decorado para darle verosimilitud y evitar cualquier sospecha.

Ángel conducía el vehículo policial camuflado detrás de él a una distancia prudencial mientras se dirigían hacia El Acebuche, nombre que recibe el centro penitenciario de la provincia de Almería. El resto del operativo de apoyo se quedaba esperando noticias en la comisaría. De repente, el coche de delante se detuvo en el arcén derecho, el conductor abrió la puerta y salió por piernas por un descampado de matorrales en dirección a unas laberínticas plantaciones de invernaderos.

—Mierda, será *hijoputa* el tartamudo, nos quiere joder la operación.

Se detuvieron con un gran frenazo tras el otro vehículo y salieron corriendo detrás de él.

—El cabrón nos hará sudar esta mañana —dijo su compañero.

—¡Alto, alto! ¡Detente! —gritaba Ángel con un torrente de voz. El delincuente hizo caso omiso a las advertencias y azuzado por la adrenalina se acercaba esperanzado a su objetivo.

—¡Detente o disparo! —volvió a gritar mientras sacaba su arma reglamentaria.

Los policías estaban en mejor forma física e iban ganando terreno, pero el drogadicto aún les llevaba cierta ventaja. Si llegaba a los invernaderos le podían dar por perdido, así que disparó un par de veces al aire. Las dos detonaciones sonaron como truenos y el asustado drogadicto se echó a tierra para evitar los proyectiles.

—¿Qué mierda haces? —preguntó Ángel con dificultad al llegar hasta él mientras intentaba recuperar el resuello.

—Soltadme..., soltadme, no puedo hacerle eso a mi colega, no puedo...

—¡Mira, *atontao*! —le reprendía con violencia mientras le agarraba fuerte de la pechera y se acercaba con una mueca de odio a su cara—, ¡tenemos el papel firmado por ti donde detalla que eres un jodido judas!

Lo levantaron, le agarraron por los brazos y mientras se encaminaban a los coches Ángel continuó con la bronca.

—¡Vamos a hacer fotocopias y vamos a empapelar tu barrio y El Acebuche para que todo el mundo sepa la clase de tipejo que eres! ¡Vas a durar menos que un pastel en una merienda de gordas!

—Pero... pero comisario, ¿usted no era el poli bueno?

—Tío, ya llegamos tarde, como le perdamos la pista lo llevas mal, muy mal —respondió impaciente.

—Dame... dame algo bueno, *pa* los nervios.

—Toma un paquete de tabaco, si te portas bien pillarás algo luego —prometió.

Antes de volver a subirle al coche a regañadientes, su compañero revisó que el equipo de grabación no hubiera sufrido daños, mientras, Ángel atendía una llamada en su móvil.

—Hola —susurraba alejándose—, sí, estoy en ello..., como te prometí, en cuanto tenga oportunidad me los cargo..., tranquilo, tendré cuidado..., yo también te quiero.

Regresó preocupado y pensativo.

—Vamos a continuar con el operativo, como nos la vuelvas a jugar, ya sabes lo que te espera —le advirtió.

Continuaron la marcha, esta vez iban más próximos al coche que les precedía. Al llegar se detuvieron en un lugar estratégico desde donde controlar la operación.

Con unos prismáticos confirmó que su objetivo principal estaba de pie esperando el próximo autobús. El tartamudo, haciéndose notar, giró la glorieta derrapando rueda y de un brusco frenazo se detuvo al lado de su amigo. Escuchó la charla a través de los auriculares, saludos, conversación banal, por poco se delata el tartamudo mencionando la cantidad exacta del botín, que su compinche desconocía. Emprendieron la marcha hacia la casa del preso, al lado del cementerio. El parloteo giraba sobre la situación actual de sus antiguos conocidos, se estaban poniendo al día.

Tuvieron que aparcar en las inmediaciones del barrio marginal para no delatar su presencia. El sonido bajó en calidad e intensidad, pero era audible. Los delincuentes se pusieron en marcha a pie hacia el cementerio, Ángel se emocionó, el presidiario acababa de confirmar que el botín estaba escondido allí.

—¡Atención central! —comunicó por la emisora—. Unidad de seguimiento solicita grupo de apoyo en el cementerio. Confirmado, el dinero está dentro del cementerio.

—¡Recibido seguimiento! Unidades de apoyo en marcha, nos colocaremos en la puerta, ustedes síganlos dentro y manténganos informados.

—Recibido, procedemos.

Se acercaron desde su posición y se adentraron en el camposanto. Recién abierto, a esa hora se

respiraba mucha tranquilidad, apenas encontraron visitantes, por lo que les resultó muy fácil detectarles y seguirles a una cierta distancia.

El tartamudo se quedó fuera mientras el otro bajaba a una cripta subterránea medio abandonada.

Ángel se ocultó detrás de una gran lápida, observaba parapetado por entre los pies del ángel que la coronaba.

—Unidades de apoyo en posición —escuchó por el pinganillo.

El cementerio, muy cuidado, estaba muy bonito aquella soleada mañana, resaltaba el color del césped y los altos cedros. De repente, el verde fue tornándose más claro cada vez, como diluyéndose, y con él todos los colores, hasta convertirse en blanco, un blanco tan brillante que dañaba los ojos, un blanco tan brillante que obligó a Ángel a cerrarlos y protegerlos con sus manos. Pasados unos segundos de desconcierto, los abrió. Ausencia de color. Negrura total. Cegado por el inexplicable resplandor, no podía mantenerlos abiertos, los pegajosos párpados se lo impedían. Llamó al compañero que permanecía a su lado, estaba en similares condiciones que él. Intentó contactar con el equipo de apoyo, pero nadie respondía.

Estaba nervioso, asustado, muy alarmado y a la vez ansioso por obtener respuestas, conocer y entender qué había sucedido y por qué estaba pasando.

Por el pasillo central del cementerio escucharon voces, eran el tartamudo y su colega.

—Socorro, no vemos, nos hemos quedado ciegos —gritó Ángel.

—Mierda..., mierda, seguro que son pasma, que estos *cabrone* nos han *seguío* —les delató el tartamudo.

Los dos compinches apretaron el paso para huir, Ángel sacó su arma reglamentaria y apuntando a ciegas les dio el alto, estuvo tentado en abrir fuego, pero no quiso correr el riesgo de alcanzar a ningún inocente. Como no obtuvo respuesta, alzó el brazo hacia el cielo y disparó varias veces al aire con la intención de asustarles y la esperanza de que se entregaran. Esperó unos segundos, ningún ruido, ninguna señal, dedujo que habían huido, solo le quedaba una esperanza.

—Equipo de apoyo, tenemos problemas, se escapan, reténganles a la salida.

—Negativo, estamos ciegos, no sabemos qué ha pasado, estamos todos ciegos, venid a ayudarnos —contestaron con gran desespero.

Ángel se arrodilló impotente y lloró apenado, y no por su ceguera, sino porque no había podido cumplir su promesa, sus lágrimas eran de furia y rabia. Sus pensamientos evocaban aquel director de banco obligado a vivir de por vida en una silla de ruedas, su secreta pareja sentimental desde que se conocieron, muchos años atrás. Su ansiada venganza por amor quedaba de momento en suspenso.

[Volver al índice](#)

10

El colegio

13 de marzo.

Con la puerta entreabierta, le observó, siempre concentrado, tan absorto en su trabajo que ni se daba cuenta de su marcha, se acercó hacia él.

—Cariño, me voy, quiero llegar pronto mi primer día —le dijo mientras le estampaba un amoroso beso.

—¿No desayunas? —preguntó su marido al levantar la vista de la pantalla del portátil que reposaba sobre sus piernas.

—No tengo ganas ahora, además tengo el cuerpo revuelto.

—Serán los nervios del primer día. Prométeme que luego desayunarás por allí.

—Preocúpate de ti, que te quedas pegado a la pantalla y se te va el santo al cielo, ¿a qué hora te has levantado? —preguntó mientras se alejaba hacia la puerta.

—Muy temprano, es que me han surgido un par de escenas geniales para la novela y no quería olvidarlas.

—¡Hasta luego, mi amor! —se despidió desde el umbral de la puerta.

—¡Adiós! ¡A por ellos, tú puedes! —le animó antes de que cerrara la puerta.

Ana, maestra de educación primaria, oficialmente educación primaria con mención en lengua extranjera de francés, había tenido pocas oportunidades laborales desde que acabó sus estudios. Centrada en las oposiciones de magisterio, solo había conseguido, en sus dos intentonas, un puesto en la cola de la interminable lista para sustituciones. A su marido, Juan, también diplomado en educación primaria, aún le quedaba por cobrar un año de desempleo. Tras trabajar varios años, era despedido de una academia especializada en apoyo y repaso escolar. La maldita crisis obligó

a muchos padres a reducir gastos en sus mermadas economías y la educación era un servicio para ellos prescindible. Juan, cansado de buscar trabajo, había decidido realizar un viejo sueño, escribir una novela de éxito. El incauto no sabía dónde se había metido y la difícil empresa que le aguardaba, que muy pocos conseguían.

Ana no podía perder esta oportunidad, una sustitución por enfermedad en un colegio privado, con posibilidades de convertirse en indefinido, ya que la titular estaba a punto de jubilarse. Conseguir un contrato en un colegio privado y religioso requería de buenos contactos y referencias. Pero en este caso, la premura de la monja directora por cubrir la baja y la suerte habían jugado a favor de Ana; primordial fue la recomendación de una vecina de sus padres, asidua a la vida parroquial del barrio, a cuyos hijos Ana había impartido clases particulares de francés durante un verano.

El pequeño colegio se encontraba a solo veinte minutos en un agradable paseo en autobús urbano. Solo se impartía allí el ciclo de primaria y solo un aula por curso. El pequeño edificio, algo envejecido por el paso del tiempo y un mantenimiento justo, constaba de tres plantas. Lo regentaba una pequeña congregación religiosa que habitaba en la última planta. En la planta intermedia se encontraban las aulas y unos servicios. Al bajar de planta estaban las demás zonas comunes, aseos de profesores, así como la secretaría y el despacho de la madre directora. Disponía de un comedor para los alumnos que enlazaban después con clases extraescolares. Este recurso era contratado por los padres que lo usaban bien por comodidad o bien porque sus ajetreados ritmos de vida laboral se lo imponían. Al inicio de la jornada escolar, todos los alumnos se reunían en el patio interior, también usado para clases de educación física o cualquier tipo de evento deportivo, cultural, lúdico y, cómo no, religioso. Las clases siempre se iniciaban con una oración dirigida por la madre directora, salvo que motivos climatológicos o fuerza mayor lo impidieran.

Ana ya disponía de toda la información para comenzar su labor, ya conocía el centro, al profesorado y a la mayoría de las monjas. Le habían entregado el horario, el plan de estudios, el listado de alumnos, así como el reglamento del colegio, que aún tenía pendiente de revisar.

Tras escuchar la oración, cada grupo de alumnos se dirigía a su aula asignada. El centro disponía de un aula específica para idiomas, dotada de medios audiovisuales, tanto para inglés como para francés. Esta aula solo era usada por los cursos superiores. Para los cursos inferiores los profesores de idiomas eran itinerantes por el aula correspondiente.

Lo primero, saludar a sor Carmen, la madre directora, una mujer sobria, muy seria, con un carácter seco, de la vieja escuela. Aunque de baja estatura, imponía, más valía tenerla como amiga.

Tras el protocolo, se encaminó a su primera clase, en el aula de tercero de primaria. Al entrar, el pequeño alboroto que reinaba en clase se convirtió, primero, en murmullo y después en silencio.

—Hola a todos, soy la nueva maestra, me llamo Ana y soy la sustituta de la señora Luisa, que ya sabéis que, como ya es muy mayor, está un poco malita. Lo primero que haremos es pasar lista para irnos conociendo.

Fue nombrando uno a uno por orden alfabético, anotando en la oscura fotocopia en blanco y negro, al lado de cada foto, alguna característica del alumno para identificarlo e ir reconociéndolos mejor. Si tenía gafas, si era rubio o moreno, el peinado, alguna peca o lunar, delgado o grueso, tono de voz, cualquier detalle que lo diferenciara del resto.

—¡Roberto! —Un silencio llenó la clase unos segundos.

—No ha venido —Lo rompió un chico de pelo moreno, muy repeinado.

—Llegará tarde, se habrá dormido, como siempre —replicó otro niño, grandote para su edad.

—Le daremos tiempo para que llegue, mientras, termino de pasar lista —contestó la maestra.

—Otra vez se va a quedar sin recreo —dijo, triste, una rubita con un lazo— por perderse la oración.

—¿Si llegas tarde a la oración te castigan? —preguntó la maestra, sorprendida.

—Síííí —respondieron al unísono varios alumnos.

—Pues debéis ser puntuales —concluyó pensativa Ana.

La boca se le puso agria y sufrió un leve mareo con sudor frío.

—Portaos bien, ahora vuelvo —ordenó mientras salía con rapidez al pasillo buscando con desespero unos servicios.

Justo al lado encontró uno de niños, pero apremiada por la urgencia entró en ellos. Debía ser la primera en usarlos esa mañana, ya que estaban a oscuras, con los ventanales cerrados, no le dio tiempo a más y en penumbra vomitó repetidas veces sobre un lavabo. Cuando se repuso, conectó la luz. Tras un parpadeo, los tubos fluorescentes iluminaron los servicios. Abrió el grifo para limpiar aquel desastre, se refrescó la cara y se enjuagó la boca intentando eliminar ese sabor ácido. Descerrojó los portones de la ventana, subió la persiana y aireó la estancia.

Se percató del alboroto que provenía de su clase, solo le faltaba que subiera sor Carmen a llamarle la atención el primer día. Sus alumnos se estaban ganando una monumental bronca, y eso que Ana era mujer de buen carácter y amiga de técnicas educativas modernas basadas en refuerzos positivos y no en refuerzos negativos.

—Silencio, por favor, ¿por qué este escándalo? —dijo Ana al volver a entrar al aula.

Pero se percató enseguida de que allí pasaba algo anormal. La mayoría se tapaba los ojos con las manos, mientras gritaban al unísono con pánico:

—¡Mis ojos!, ¡mis ojos!

—¡No veo!, ¡no veo!

—¡La luz!, ¡ha sido la luz!

—¡Estoy ciego!, ¡estoy ciego!

—¿Pero qué pasa? —se preguntaba nerviosa al acercarse a uno de sus alumnos.

Le apartó las manos de la cara dejando libre unos párpados cerrados, invadidos por una pasta legañosa amarillenta que chorreaba por los lagrimales.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó atónita.

—Una bola... de luz... en la ventana... se ha ido haciendo... cada vez... más grande... más grande..., entonces... todo se ha vuelto... negro..., los ojos... me duelen mucho —explicó entre sollozos.

—¿Y no ves nada?

—No..., maestra..., no veo nada.

Observó con detenimiento a todos los niños y toda la clase estaba igual, ciega. La que se había organizado en apenas unos minutos.

—¡Atención, niños!, ¡permaneced quietos en vuestros pupitres!, ¡tranquilizaos!, ¡no os mováis para que no os hagáis daño!

Durante un rato recorrió el aula, acomodando a los niños en sus asientos y tranquilizando a los más nerviosos.

—¡Salgo un momento! ¡Voy a pedir ayuda! ¡Ahora vuelvo!

Salió al pasillo para acercarse al aula contigua y se topó de bruces con otro profesor.

—¡Ayúdenos!, mis alumnos y yo nos hemos quedado ciegos —le dijo preocupado.

—¿Ustedes también? Toda mi clase está igual. Aunque yo estoy bien —respondió ella.

—¿Usted no vio la luz?

—No. Estaba en el aseo, a oscuras. ¿Qué ha sucedido?

—La verdad, no lo sé con certeza. Estaba delante de la pizarra, anotando los datos para resolver un problema de matemáticas, cuando todo se ha diluido en un blanco resplandeciente, tan brillante y molesto que he tenido que cerrar los párpados. Ahora me cuesta mucho abrirlos, pero aunque lo consiga, no veo nada, sospecho que esa luz ha dañado nuestras pupilas.

—Mal asunto. Lo mejor por su seguridad es que vuelva a su clase, tranquilice a los niños. Mientras, voy a intentar conseguir ayuda.

—De acuerdo.

Se asomó por las demás aulas y el panorama era similar, no encontró a nadie que no estuviera afectado, como ella, todos los niños y profesores estaban ciegos. Por las escaleras se dirigió a la planta baja, dos monjas de rodillas rezaban en el pasillo ante la figura del santo que apadrinaba la congregación y, por supuesto, daba nombre al colegio, San Indalecio.

—Hermanas, ¿están bien?

—Nos hemos quedado ciegos, no sabemos qué ha sucedido. La madre directora nos ha ordenado que recemos unas plegarias.

—¿Unas plegarias? ¿Dónde se encuentra la madre directora?

—En su despacho, con el teléfono.

Ana se encaminó hacia el final del pasillo, abrió la puerta del despacho y entró. Sor Carmen, sentada en su despacho, se peleaba con el teléfono intentando marcar.

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

—Soy Ana, la nueva profesora de francés.

—Pase, guapa, ya sé que ve bien, ayúdeme a marcar, telefonaré para pedir ayuda.

—¿Cómo sabe que no estoy afectada?

—El colegio dispone de un discreto sistema de escuchas.

—¿Nos espían?

—Digamos que me gusta enterarme de todo lo que pasa en mi colegio. Dejemos eso, ahora lo importante es la ayuda. Tome y marque este número —le indicó señalando el número anotado en una pequeña agenda.

—¿Al obispado? ¿Quiere que llame al obispado? ¿No sería mejor llamar a una ambulancia o a emergencias?

—Hija mía, nosotras tenemos nuestras propias directrices.

—Este número es muy raro, le faltan dígitos.

—El número es correcto, es una centralita interna, ¿quiere hacerme caso y marcar ya?

Ana marcó, algo estupefacta, y le pasó el auricular a la madre directora.

—Le llamo del colegio San Indalecio, no sabemos qué ha pasado, nos hemos quedado todos ciegos..., sí, los niños y toda la congregación..., entiendo... ¡Vaya por Dios!..., sí..., haremos lo que este en nuestra mano..., que Dios nos asista.

—¿Qué le han dicho, madre?

—Que llame a emergencias, ellos también están ciegos. Tiene que marcar el cero primero —ordenó sor Carmen.

—No cojo línea.

—¿Ha marcado el cero?

—Que sí, no sé qué pasa, esto no funciona. Lo intento desde mi móvil..., tampoco va. No hay línea. ¿Qué hago?

—Salgamos a la calle a ver si encontramos a alguien que nos pueda socorrer —dijo

levantándose de la silla.

Se dirigieron hacia allí despacito, Ana ayudaba con cuidado a la monja de pelo plateado.

Abrió el portón y salieron a la calle, sus ojos se asombraron por la desolación reinante, la gente caminaba pegada a la pared o con los brazos extendidos horizontalmente, la mayoría gritaba pidiendo socorro. No circulaba ningún vehículo, la calle permanecía atascada por un sinnúmero de colisiones, había cuerpos ensangrentados en calzada y aceras. Todo comenzó a darle vueltas, sus piernas flaquearon y su visión se volvió borrosa; cayó desmayada a los pies de la madre superiora...

Sintió unos leves golpecitos sobre su cara y una voz en la lejanía pronunciaba su nombre.

—¡Ana! ¡Ana! ¡Por Dios! ¡Ana!

—¡Ay...! ¿Qué ha pasado? —preguntó mientras se llevaba la mano hacia el chichón de su cabeza.

—Gracias a Dios, qué susto. Lleva así un buen rato, creo que de pronto se ha desplomado.

—No sé qué me ha pasado..., es la primera vez.

—Muchas emociones en poco tiempo. Si ya está repuesta, sigamos con nuestro cometido.

—Sor Carmen..., aquí nadie puede ayudarnos, están todos ciegos también —informó mientras se ponía de pie.

La madre directora quedó pensativa unos minutos, asimilando la situación e intentando decidir qué hacer.

—Pasemos dentro y cierre el portón —ordenó.

—Pero esta gente de la calle necesita ayuda...

—Hija mía, por lo que sabemos todo el mundo está afectado, no podemos ayudar a todos. Nosotros tenemos una obligación y una responsabilidad con todos esos niños que hay dentro. Nuestros recursos y nuestras fuerzas son limitados. Hay que tener fe y esperanza en nuestro Señor, pronto todo se arreglará, seguro que Dios proveerá —dijo tirando de ella, adentrándose hacia el colegio.

Ana, algo conmovida, se dejó llevar y con gran desasosiego atrancó el portón del colegio San Indalecio.

—Por favor, Ana, dé una vuelta por todas las aulas y compruebe cómo están todos los niños, voy a mi despacho a repensar cómo será la mejor forma de afrontar esta delicada situación.

Ana se sentó al pie de las escaleras, sus lágrimas recorrían su rostro, entre sollozos recordó a su marido, le llamaría a casa para que se reencontraran en el colegio, su ayuda sería muy bienvenida.

El móvil sonó varias veces, no lo cogía. Insistió, sin grandes esperanzas, hasta que con gran sorpresa recibió respuesta.

—Cariño, ven a ayudarme, te necesito. Los alumnos y los compañeros están todos ciegos y no puedo con tantos —le narró exaltada.

—Pero y tú, ¿estás bien? ¿Ves? —le interrogó preocupado.

—Sí, estoy bien, yo no vi la intensa luz.

—Me alegro mucho, pero Ana...

—¡Dime! —dijo tras varios segundos de espera.

—Yo sí vi la luz.

—¿Qué? ¡No, tu no! —exclamó preocupada, no había contemplado siquiera la posibilidad de que su marido también estuviera ciego.

—No pasa nada, tranquila, de momento me defiende bien aquí en casa. ¿Has intentado

conseguir ayuda?

—Sí, pero no lo he conseguido, los teléfonos no funcionan bien y en la calle todos están igual de ciegos.

—Pues mal asunto.

—¡Voy enseguida a casa a cuidarte! —dijo ella.

—Ana, espera un momento, vamos a pensarlo. Estas muy lejos, no sabemos cómo estarán las calles. ¿Y vas a dejar a todos esos niños allí solos, indefensos?

—Pero es que...

—Los niños te necesitan mucho más que yo. Vamos a esperar acontecimientos, quizás esta ceguera sea momentánea y te repito que hasta ahora me defiendo, podría aguantar así unos días.

—Puede que tengas razón, pero...

—Tranquila, haces lo correcto, estaré bien.

—Por favor, no salgas a la calle, evita cualquier peligro.

—Si Ana, tendré cuidado.

—Ten paciencia, iré en cuanto pueda.

—¡Mierda!, el móvil está pitando, anoche no me acordé de cargarlo.

—Busca el cargador, te llamaré.

—Un beso Ana.

—Te quiero —se despidió ella.

Ensimismada en sus pensamientos, el discurso emitido de repente por megafonía la asustó.

—Alumnos, profesores y hermanas. Estamos pasando por un difícil momento, pero necesitamos, por el bien de todos, mantener la calma. Me han comunicado que los servicios de emergencia están saturados, no sabemos cuándo podrán venir a socorrernos. Mientras, contamos con la ayuda de Ana, nuestra nueva maestra de francés, debemos de colaborar lo máximo posible con ella. Lo mejor será concentrarnos todos en el comedor, poco a poco, Ana os ayudará a bajar a todos, debemos evitar cualquier accidente o lesión. Lo básico ahora es alimentarnos y mantener la higiene. Y no dudéis que Dios proveerá.

Clase por clase, Ana bajaba a los niños en fila, la mano derecha sobre el hombro del de delante y la otra agarrada al pasamano. Algunos lloraban y llamaban a su madre, otros repetían sin cesar que deseaban irse a casa. Poco a poco, el comedor fue completándose. Las hermanas prepararon algo sencillo para el almuerzo, aunque ciegas, eran las que mejor se desenvolvían en la cocina. Problemático para Ana era el llevar constantemente a los niños al aseo, eran demasiados y le ocupaba todo el tiempo, así que uno de los profesores ideó un sistema para descargarla de esa tarea. Le indicó que del gimnasio agarrara dos largas cuerdas y uniera la puerta del comedor con la puerta del aseo, a modo de pasamano, de forma que todo el que necesitaba visitar el servicio solo debía seguir la cuerda. El trabajo de Ana era ingente, eran muchas las tareas que realizar y demasiados niños para cuidar, aunque entre todos los adultos ingeniaban métodos colaborativos y de equipo, no era suficiente. La llegada de la noche les acarreó un nuevo problema, cómo dormir. Solo tenían los colchones que usaban las hermanas de la congregación, que eran muy pocos para tanto niño, aquel no era un colegio de internos. A alguien se le ocurrió desplazar las mesas del comedor hacia las paredes y en el hueco central colocar todos los colchones juntos, formando un único gran colchón, que debían aprovechar los niños por orden de edad, primero los más pequeños, así hasta completar la superficie. Los niños de más edad y los adultos no tuvieron más remedio que dormir en el suelo o encima de las mesas.

Recibieron la visita de dos padres no afectados de ceguera que pasaron a recoger a sus hijos. Estos les contaron que desconocían el alcance del suceso, solo sabían que toda la ciudad estaba

afectada y desconocían por qué había sucedido. Todo era caos y descontrol, ellos, junto a un pequeño grupo de videntes, estaban organizando en un gran centro comercial una especie de centro de acogida, les invitaron a unirse. La madre directora decidió permanecer en el colegio, allí tenía controlados a los niños, que eran su responsabilidad.

Pasados varios días, el comedor presentaba un aspecto lamentable, colchones por el suelo, ropas desperdigadas por los rincones o encima de las mesas, el ambiente muy cargado a humanidad, con un olor intenso por tanto niño y adulto sin ducharse. Las mesas del comedor, pegajosas y llenas de churros, el suelo lleno de migas y pequeños desperdicios, alguna cucaracha escondida entre las rendijas que separaban los colchones. Ana no daba abasto, consumía casi todo su tiempo en la cocina, al principio tres veces al día, después decidieron racionar las comidas a dos por jornada, no sabían cuánto podía durar aquello y la gran despensa iba vaciándose día a día. Aunque las hermanas eran de gran ayuda, debía supervisar y controlar, así como realizar las tareas más complejas. De vez en cuando adecentaba lo máximo posible el aseo.

Los ánimos de los niños mejoraron después de la primera impresión, los profesores intentaron dar a la situación un carácter lúdico. Los primeros días incitaban a realizar juegos, cantaban, imaginaban que estaban de campamento. Pero con el transcurrir de los días y tras agotar todas las estrategias, la monotonía y la apatía se apoderaban de todos ellos.

Ana, desfallecida y muy cansada para ordenar o limpiar tanto desorden, no se encontraba bien. Los vómitos la visitaban cada mañana, además de aquel inesperado desmayo del primer día, según sus cuentas, ya tenía un retraso. Debía resolver esta duda, así que se escapó a una cercana farmacia, tomó prestada una prueba de embarazo y volvió a su colegio. Subió a la intimidad del aseo de la primera planta, mojó el aparatito y esperó unos minutos...: positivo. Encaró la noticia con alegría y emoción, era algo imprevisto, pero no habían descartado tener su primer hijo. Aunque, después, la nueva situación le preocupó un poco, si todo era un caos, ¿cómo iba a controlar el embarazo y, llegado el momento, el parto? Se tranquilizó tras pensar que aún faltaban casi nueve meses para eso. Lo primero, dar la gran noticia al padre. Le llamó por el móvil, pero le contestó un mensaje, «este móvil está apagado o fuera de cobertura». Seguramente no habría encontrado el cargador, el terminal de su marido estaba incomunicado. Ya era de noche, así que decidió que por la mañana iría a su casa y traería a su marido al colegio, permanecer juntos era ahora aún más importante.

Con las primeras luces encontró a la madre directora en su despacho.

—Buenos días, sor Carmen.

—Buenos días, Ana, ¿qué hora es?

—Amanece.

—Alabo tu espíritu y dedicación, tan temprano y ya trabajando para la comunidad.

—La verdad es que venía a notificarle que me marché...

—¿Que te marchas? —la interrumpió sorprendida.

—Mi querido marido cegado lleva solo en casa varios días, no sé nada de él...

—¿Y vas a sacrificar el bienestar de un rebaño por una sola oveja? —la volvió a interrumpir.

—Si me deja hablar, intento explicarle...

—¡Tu egoísmo no tiene explicación alguna! —dijo exaltada.

—Pero madre, yo solo...

—Ya me extrañaba a mí que tu juventud no nos traicionase, siendo el ser humano como es, malvado por naturaleza. Por eso Dios hizo justicia con Sodoma y Gomorra, después con el diluvio

universal y ahora ha elegido dejarnos ciegos.

—¿Y por qué a mí no? —preguntó la maestra.

—Antes, porque creía que eras buena persona, buena cristiana, buena creyente, pero ahora no lo sé.

—¿Y usted no lo es?

—Algún pecado me habrá encontrado el Señor.

—Yo no creo que esto sea obra de Dios. Además, le he mentado para conseguir el trabajo, estaba desesperada, muchos años en el paro, necesitaba el trabajo, así que mentí. Sí, me educaron en la fe cristiana, como a casi todos en este país, pero no soy practicante. Cuando estudias y se te abre la mente, descubres tu verdad y te conviertes en atea.

La madre superiora primero quedó estupefacta, pero cuando asimiló la noticia entró en cólera.

—¡Salga ahora mismo de mi colegio! ¡Embustera! ¡Mentirosa! ¡Enviada del diablo! ¡Otra señal del Señor! ¡Gracias a esto la hemos descubierto!

—Pero a los niños y a ustedes, ¿quién les cuidará?

—¡Ese ya no es su problema! ¡Además, usted ya había tomado su decisión! ¡Dios proveerá! ¡Márchese! ¡Váyase ahora mismo a fornicar con su marido! —le gritó enfurecida.

Se marchó de allí algo trastornada por la extrema reacción de la madre directora, subió a la primera planta a recoger sus cosas.

Se colgó su bolso y su chaqueta, estaba algo alterada por el altercado, necesitaba calmar sus nervios, se acercó al balcón y sacó un paquete de cigarrillos medio lleno, se colocó uno en los labios y mientras exhalaba el humo decidió, por el bien de su futuro hijo, que aquel sería el último, abrió la gran hoja de cristal y arrojó el resto del paquete a la calle.

Los zumbidos de los motores le hicieron levantar la mirada y buscar su origen en el azulado cielo. Con sus sorprendidos ojos, contempló en el horizonte la lluvia de verdosos paracaidistas, que caían en los secos campos de las afueras de la ciudad.

—Vaya, parece ser que al final Dios proveerá —suspiró con melancolía mientras se dirigía hacia la salida, tras apagar el cigarro a medio fumar.

[Volver al índice](#)

11

La doctora

13 de marzo.

Ahora no me gustan los turnos de noche, al principio los solventaba mejor, aunque siempre hay trabajo, hay un poco menos que de día. Hay más tiempo libre, te entretenías charlando con los compañeros, leyendo, trabajando en el ordenador o mirando cosas en Internet. Pero con el paso de los años, las noches en vela pasan factura, ahora me cuesta más mantenerme despierta. Los pocos ratos libres los paso dando cabezadas y pequeñas siestas en la incómoda camilla de exploración de mi consulta de urgencias del hospital.

Cuando comienzas a estudiar medicina, la decisión la tomas porque te gusta, tienes bastantes salidas laborales, cobrarás un buen sueldo, ayudarás a mucha gente, salvarás y sanarás vidas. No te paras a pensar que la enfermedad y los accidentes no tienen horario, que pueden suceder los domingos y festivos, de día y de noche, ese hándicap lo descubres tras unos años de trabajo.

Cuando llega algún nuevo paciente, me tocan a la puerta o me dan una llamada al «busca». Precisamente acaba de sonar, así que me levanto, me espabilo en el lavabo con algo de agua fresca, me rehago un poco y en un minuto estoy en la sala de críticos informándome de la causa de la urgencia. Los enfermeros diligentes ya tienen al paciente preparado en camión y con una vía intravenosa, se trata de una autólisis. Odio estos casos, entiendo que el ser humano sea atacado por virus, bacterias, infecciones, o que sean víctimas de accidentes, ya sean fortuitos, de tráfico o similares. Pero nunca entenderé estos casos de intento de suicidio, los considero como trabajo extra, trabajos que no debieran producirse. Si un suicida realizara bien su intento sería un cadáver y no provocaría una sobrecarga de trabajo en urgencias.

El paciente es cuarentón, bastante calvo, con sobrepeso y corto de estatura. La verdad que un

tipo poco agradable para la vista. Esta inconsciente, necesito información de que medicamentos y cuantos ha tomado. Me informan de que en el lavabo de su casa los de la ambulancia han encontrado un bote vacío de un conocido antidepresivo. Ordeno una inyección para que recupere la consciencia, tras provocarle un gran dolor pellizcándole el pezón y presionándole el lóbulo de la oreja, consigo que abra los ojos. Tras contestarme cuantas píldoras ha tomado, ordeno un tratamiento agresivo y muy desagradable para el paciente, es lo que se merece. Le doy un breve sermón con desgana, sabiendo que no surtirá efecto, la mayoría de este tipo de pacientes vuelve a intentarlo hasta que lo consigue, yo ya he hecho mi parte. Lo derivo al especialista y me marcho a mi consulta que tengo más pacientes esperando.

Llega el mejor momento del día, el relevo, le detallo a mi compañero los pormenores de la noche, los tratamientos de los pacientes que he ingresado y las pruebas pendientes de revisar. Charlamos un buen rato antes de pasarme por la cafetería del hospital a tomar un buen desayuno. He quedado con mi vecino Antonio, un técnico de Rx, para volver a casa. Invitaré yo, pero es mejor que esperar el autobús. Tras el reconstituyente nos dirigimos al aparcamiento de la zona de empleados que está en obras.

Me esperan unos días libres, no he hecho planes, pero lo primero es dormir y descansar toda la mañana. El Sol deslumbra mis cansados ojos, menos mal que llevo mis carísimas gafas de sol de marca. Hemos dado un rodeo para evitar las zanjas y ya nos aproximamos a su modesto utilitario, cuando de repente, una cegadora y potente luz invade todo, obligándonos a detenernos bruscamente, cerrar los ojos instintivamente y taparnos con las manos para intentar protegernos. La sensación es muy desagradable y molesta, es similar a que de repente y sin esperarlo te dispararan con miles de cámaras fotográficas con sus potentes flashes, el estallido de luz deja en mi retina una huella fotónica que tarda más de media hora en comenzar a disiparse.

Me he dañado los ojos, no consigo abrirlos por lo que no puedo ver nada, llamo a Antonio que permanece a mi lado y me comenta su situación, es peor que la mía ya que no llevaba gafas de sol. Nos damos la mano y a tientas nos sentamos en un bordillo a la sombra a esperar con paciencia. Con la zona en obras es una locura arriesgarse a moverse con todo lleno de zanjas.

Estamos aburridos de tanto esperar, llevamos horas aquí y no pasa nadie, tengo mucho sueño, habrá que comenzar a proyectar otro plan. Mientras decidimos cómo actuar el destino nos envía ayuda, oigo pasos y un trasfondo metálico, que alivio, por fin alguien se acerca. Le explico que nos hemos quedado ciegos después del gran resplandor, necesitamos que nos lleve a urgencias, para ser atendidos por un oftalmólogo. Nos comenta que tiene una moto y nos llevará de uno en uno. Subo yo primero, noto los vaivenes y el zigzag, me da sensación de inseguridad así que me agarro con fuerza por temor a caerme. Estamos tardando demasiado, aunque recuerdo un fenómeno, por el cual el tiempo parece pasar más lento con los ojos cerrados que con ellos abiertos. Pero no, aun así hemos tardado demasiado en llegar a urgencias, al bajar de la moto oigo los gritos de auxilio de la gente y pregunto qué sucede. Me responde que allí no estamos a salvo, hay peligro, que me lo explicaría todo más tarde, debemos salir de allí de inmediato. Aquella algarabía era anormal y me atemoriza por lo que me dejo llevar, entramos en un ascensor y subimos a un piso. Me sienta en un sofá, tengo mucha sed tras la mañana de calor que he soportado y le pido un vaso de agua.

Rafa, que así se llama mi salvador, me explica que la mayoría de la gente ha perdido la visión. No funciona ningún servicio público, ni urgencias, que todo es un caos, un desastre y para colmo la mayoría de no afectados en vez de ayudar, se dedican a realizar saqueos, pillajes y asesinatos, por eso me ha trasladado a su domicilio, un lugar más seguro. Me cuenta que gracias a que él estaba durmiendo cuando sucedió el fenómeno, no está afectado. Me pide que le espere allí,

mientras va a recoger a Antonio, me parece bien. Cando se marcha, me tumbo un momento en el sofá, estoy tan cansada que sin darme cuenta me quedo dormida profundamente.

Me despierto sobresaltada y la cálida voz de Rafa me tranquiliza, tiene una voz grave, me recuerda a un actor de cine o locutor de radio o de anuncio, trasmite paz y seguridad. Por su vocabulario se deduce que es una persona culta e instruida. Enseguida pregunto por Antonio, tengo un mal presentimiento. Rafa no me contesta, insisto, hasta que me dice que lo ha encontrado dentro de una zanja, con la cabeza abierta por un fuerte golpe. Con seguridad, habrá intentado alcanzar urgencias por sus medios, impaciente por la espera. Lo siento por él, aunque mi relación con Antonio no era muy estrecha, era buena persona y no merecía aquel final.

Rafa cocina algo rápido para ambos, a los postres intercambiamos opiniones sobre la nueva situación, de cuál sería la mejor estrategia. Decidimos que yo permanezca en casa, ya que en este estado soy más un estorbo que una ayuda. Rafa saldrá lo imprescindible para traer comida y según evolucione la situación en los próximos días, así actuaremos.

Le comento que necesito algunas cosas de la farmacia, mis periodos menstruales son muy irregulares y dolorosos, así que para controlarlos tomo píldoras anticonceptivas y me quedan muy pocas en mi bolso. También le obligo a anotar una serie de pomadas y colirios oftalmológicos, debo empezar un tratamiento con urgencia para mis ojos.

Cuando terminé medicina, decidí sacarme el MIR, la especialidad que más me gustaba era oftalmología pero no conseguí nota y al final tuve que escoger la especialidad de urgencias. Aunque siempre me ha quedado ese interés por el ojo y sus enfermedades. Por las noticias y los datos que tenemos, lo más probable es que nos hemos quedado ciegos por los efectos de una erupción solar. Nuestros síntomas pueden ser causados por varias posibilidades o un conjunto de ellas. El Sol emite radiaciones electromagnéticas y una de ellas son los rayos ultra-violetas que por supuesto no los podemos ver. Una exposición intensa a estos rayos puede originar queratitis, dependiendo del tiempo e intensidad de la exposición la queratitis puede ser superficial o profunda y afectar a la córnea. Esto produce una sensación de tener un cuerpo extraño en la superficie del ojo, como arenilla e intenso dolor ocular, enrojecimiento del ojo, lagrimeo y fotofobia. En ocasiones más graves ocasionar disminución en la agudeza visual, incluso pérdida de visión temporal o permanente. Son lesiones típicas de los soldados que no usan protección, suele ocurrirles también a los esquiadores en la nieve cuando no usan gafas de sol. También pueden afectar a la conjuntiva o al cristalino volviéndolo opaco, produciendo Las cataratas. O afectar a la retina, causando la típica «quemadura» de los fotorreceptores, esto ocurre, por ejemplo, por ver un eclipse solar sin la protección adecuada. También hay estudios que aseguran que hay una relación entre la radiación solar y la degeneración macular, muy típica de parajes desérticos, de los que esta provincia andaluza se enorgullece, aunque yo aconsejaría a todo el mundo un uso intensivo de buenas gafas de sol.

Paso la mayor parte del tiempo sentada en el sofá o recostada en la cama. Me aburro muchísimo, no puedo matar el tiempo ni leyendo ni viendo la tele, además de que no funcionan la mayoría de canales. Mi única distracción es pensar o charlar con alguien, me paso las horas esperando a Rafa.

Estoy impaciente por que llegue para comenzar mi tratamiento, debo intentar luchar contra esta ceguera. Como afectada y como médico, tengo la esperanza de recuperar la visión, poseo bastantes conocimientos sobre oftalmología. Ya está aquí, pido a Rafa que me lea muy despacio los prospectos de los colirios y de las pomadas, así como de las píldoras, sobre todo la posología. Le indico que me eche unas gotas de cada uno de los colirios, lo realiza con torpeza, espero que a base de práctica mejore como enfermero. Necesito que prepare unas gasas y deposite

en ellas un poco de cada pomada para luego me realice una oclusión ocular a cada uno de mis ojos. Listo, por lo menos hay que repetir la operación cada doce horas.

Los días van sucediendo algo lentos y monótonos hasta que me explica con emoción e intensidad que ha salvado a otras dos chicas. Una en el supermercado y la otra una vecina en el edificio, en el ático, que como es más espacioso, lo ideal para todos es mudarse allí. Me parece estupendo, más compañía con la que charlar y hacer más amenas las horas. Cada vez me cae mejor Rafa, es un tío resuelto, cabal, con los pies en el suelo, se está convirtiendo en nuestro héroe particular. Tras las respectivas presentaciones, y mientras Rafa prepara la cena, intercambiamos nuestras vivencias de los últimos días, cada una cuenta su historia con gran vehemencia.

Que difícil y diferente es relacionarse solo por el oído, sin una percepción visual, no sabes si los demás son altos o bajos, delgados o gruesos, si son bellos o no. Su forma de vestir, su lenguaje no verbal, en esta situación solo tienes pistas en la entonación, en la forma de expresarse, en el vocabulario que usan. Comienzas a visualizar con la imaginación una imagen ficticia de las otras personas. Quizás evocas un recuerdo de alguien, por su tono o por el acento y sin darte cuenta, lo clasificas y lo relacionas con tu oyente. Por ejemplo, Rafa tiene una voz maravillosa, por su cadencia, por su dicción, me gusta tener largas conversaciones con él. Es un apasionado de la literatura, su biblioteca debe ser inmensa, algo más en lo que coincidimos, pues también me encanta leer. Otra cosa en común es nuestra afición por el cine, no me extraña, ya que la mayoría de las películas beben de la fuente de buenas novelas. Sus gustos musicales y los míos son muy parecidos. Me ha prometido rescatar y revisar mi ordenador para habilitar las funciones especiales para discapacitados visuales.

Lo imagino guapo y atractivo, me parece muy interesante, su forma de comportarse, siempre muy atento, muy paciente. El modo como nos cuida, siempre pendiente de todo, no sé qué sería de nosotras sin él.

Pero que difícil y complicada es la nueva vida de invidente.

Como el grupo de ciegos ha aumentado, necesitamos más medicinas, así que vuelvo a pedir a Rafa que realice otra excursión a la farmacia y nos consiga más cantidad de pomadas, colirios y pastillas.

Después de la velada, Susana e Isabel se han retirado a descansar a sus respectivas alcobas, busco la compañía de Rafa, pero no consigo encontrarle. Escucho gemidos en la habitación de Susana, la verdad es que me siento muy dolida, comenzaba a estar algo interesada por Rafa y este hecho me disgusta en extremo.

A media mañana aparece Rafa, muy diligente, con todos los medicamentos. Procedemos a efectuar las curas, como Rafa ya tenía experiencia fue un proceso más ágil y sin problemas, aunque multiplicado por tres. Al terminar se burla de nosotras, ya que debemos tener una pinta algo grotesca.

Debería Rafa acercarme al hospital, quizás haya alguien en el área de oftalmología, trabajando concienzudamente en el caso, allí podría ser de más ayuda. Aquí solo pierdo el tiempo en una infinita espera. Rafa se ha negado en rotundo, me indica que las calles aun no son seguras y no quiere correr riesgos, me pide más tiempo y promete llevarme más adelante.

Han pasado unos días, tediosos por cierto, además estas chicas son muy escandalosas, sus gemidos no cesan de resonar en sus habitaciones. Parece ser que aquí el aburrimiento lo vencen en la cama, el Rafa este se está poniendo morado. Me ha decepcionado bastante, me han dejado un poco de lado, no quiero decir con esto que quiera entrar en sus juegos, yo soy más tradicional. Mi ideal es encontrar un novio para toda la vida y le doy mucha importancia a la fidelidad. Aunque soy muy respetuosa con las opciones y decisiones de los demás, tampoco las juzgo, además

mientras aparece el padre de mis hijos, si puedo, me doy un homenaje.

Pregunto a Rafa por las chicas y me las describe físicamente. Por lo que me cuenta no son de su gusto, me escama y me deja un poco perpleja. La verdad, que para no gustarles, bien que se las está beneficiando, o a este le da igual todo o me está mintiendo. Pero entonces me hace una revelación sorprendente, que no me esperaba, resulta que las chicas están liadas entre ellas, se han hecho muy «amigas». Durante todo estos días, Rafa era ajeno a las bacanales que se vivían en casa, me dio una inmensa alegría y mi interés por él vuelve a renacer.

Hoy el almuerzo ha sido abundante y exquisito, con un buen vino, que me achispa un poquito, ¡qué bien cocina Rafa!, es que es muy completo.

Hace algo de calor, a todas horas oigo los jadeos y gritos de las chicas. Yo no soy una mojigata reprimida, soy sexualmente activa, también tengo necesidades y creo que ya me toca. Lo necesito por lo menos una vez al mes, necesito desfogar, liberar tensiones. Rafa se ha portado muy bien conmigo y sé que no hay ninguna relación sentimental con las otras, me lo ha confirmado Susana. Ellas se divierten, ¿por qué yo no?, ahora está durmiendo la siesta. Le puedo hacer una visita y darle un dulce despertar, sería una forma de agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Abro la puerta con sigilo, voy a intentar que las demás no se enteren. Me quito la camiseta y me bajo las bragas, no sé si me habrá oído, no sé si está dormido o me está mirando. A tientas me subo en la cama y me coloco a horcajadas encima de él, noto que no tiene camiseta, su dorso está desnudo y caliente, rozo un rato con suavidad mis pezones con su pecho, me gustan estas caricias. Esta blandito, me recuerda a un osito de peluche, él se ha despertado porque noto como masajea mis glúteos. No dice nada, yo tampoco, muevo mis caderas con cadencia, suave al principio, aumentando el ritmo progresivamente hasta que una oleada de placer me posee y sin poder evitarlo, hambrienta de besos húmedos, mi boca se abalanza sobre su boca...

En silencio, con tranquilidad me desacoplo, y algo cohibida, me marcho al baño a asearme. Le dejo allí tumbado, jadeante, sudoroso, silencioso. Me doy una larguísima y refrescante ducha.

Al salir al salón, Susana e Isabel me comentan que Rafa ha salido, desconocen dónde se dirige, ni cuánto tardará en volver.

No supimos más de él, o sufrió un accidente o le cazaron las bandas, pero seguro que algo malo le ha ocurrido. Él nunca nos abandonaría y menos después de nuestro íntimo encuentro.

El caso es que no volvió nunca más y le echo de menos. Estoy algo triste y apenada.

Nos hemos desenvuelto como hemos podido a solas y comprendemos que quizás Rafa ya no cuidará más de nosotras. Las provisiones empezarán pronto a mermar, tenemos que buscar soluciones. Tras debatir nuestra situación decidimos colocar el pequeño lector portátil de CD en la terraza, noche y día, a máximo volumen suena el repertorio del conocido D. B. con la esperanza de que alguien acuda en nuestra ayuda. Corremos el riesgo de captar la atención de las bandas, pero nuestra situación en unos días será insostenible, así que debemos arriesgarnos.

Mientras, a pesar de no observar mejoría día a día, insisto en mi tratamiento de oclusión ocular. No desespero y hoy, al cambiar el vendaje y lavarme los ojos, con gran esfuerzo he conseguido mantenerlos un poco abiertos, he percibido una tenue luz, vislumbrando siluetas casi reconocibles en mi habitación. Una gran sonrisa invade mi cara, un nervioso hormigueo de alegría y esperanza recorre mi ser.

[Volver al índice](#)

12

La misión

Unos doce días después del 13 de marzo

Las grandes aeronaves Lockheed sobrevolaban el océano a gran altura y en perfecta formación, al llegar al estrecho de Gibraltar iniciaron la maniobra de descenso hasta llegar a la altura óptima para el salto de los paracaidistas. El espectáculo de aquella flota de aviones era imponente, lástima que la mayoría de la población, ciega, no pudiera contemplar y admirar aquellas maravillas tecnológicas desde tierra.

Por el altavoz se escuchó la información del piloto.

—Cinco minutos para coordenadas de salto.

El coronel Todd Rodríguez, de la 82.^a División Aerotransportada, se levantó del asiento y realizó una última comprobación del equipo, los oficiales le imitaron, los suboficiales hicieron lo mismo y todos los paracaidistas se pusieron en pie para la última revisión. El piloto rojo cambió a verde parpadeante y el portón trasero bajó hasta ponerse en horizontal formando una rampa; el fuerte viento y el ensordecedor rugido de los motores penetraron en las entrañas del avión. Todas las miradas fijas en aquel parpadeo hasta que el verde se quedó fijo y poco a poco las hileras de militares fueron avanzando y saltando al vacío. El coronel en la última fila llegó al borde de la rampa, comprobó que el avión estaba vacío y con un salto se precipitó al abismo.

Cuando el paracaídas se despliega hace un efecto de frenada que provoca un tirón en los hombros, el ruido de la aeronave se va alejando y una sensación de paz y tranquilidad se respira en el ambiente. Mientras va cayendo, el coronel contempla el paisaje, un pequeño valle salpicado de cuadrados plásticos blancos semejante a un puzle inacabado, limitado por dos cordilleras color

ocre a orillas de un azulado mar. En el centro de una extensa bahía, una ciudad con un antiguo castillo coronando una pequeña colina. Siempre es espectacular desde esta perspectiva la visión de una lluvia de paracaídas.

El coronel Todd, hijo del general retirado David M. Rodríguez, era estadounidense de nacimiento, pero descendiente de inmigrantes mexicanos, era la tercera generación educada en el país de los sueños. De recio pelo negro pero muy corto, ojos oscuros y no muy alto de estatura, aunque de complexión fuerte. Su abuelo cruzó la frontera con solo seis años y tuvo que trabajar muy duro durante toda su vida para labrarse un porvenir, conseguir la nacionalidad y dar una educación a su hijo David.

La madre de Todd, de origen anglosajón, decidió bautizar a su único hijo con el mismo nombre de pila de su propio padre. Aunque Todd siempre tuvo simpatía y afinidad con la cultura hispana en general, amaba a su país, tanto, que no dudó en comprometerse en su defensa. Siempre respirando una vida castrense, no tuvo reparos en seguir la estela de su progenitor. Sus hombres le respetaban y un alto porcentaje de la tropa, de origen hispano, se enorgullecía por tener un coronel de una cultura afín a la suya. El coronel Todd, criado en un ambiente bilingüe, dominaba los dos idiomas, aunque el mexicano con algo de acento, de hecho, siempre que iba de vacaciones a visitar a sus familiares en México, le apodaban, bromeando, el Gringo.

Según iba perdiendo altura, la superficie iba acercándose poco a poco y los detalles haciéndose más nítidos, una carretera intransitable por hileras de vehículos detenidos de forma forzosa, algunos cuerpos inertes. El descampado estaba muy cerca del aeropuerto, su única pista estaba bloqueada por un avión comercial intacto. Buscó un hueco de terreno libre entre sus hombres y tomó tierra con algo de brusquedad. Con rapidez se giró y con un fuerte tirón hacia abajo evitó que el paracaídas semiabierto le arrastrase. Se desenganchó y comenzó a plegarlo. Enseguida se le acercaron varios oficiales, uno de los cabos de comunicaciones y los soldados componentes de sus pelotones.

—¡Transmisiones! Recuento y reporte de novedades —ordenó en inglés.

—Qué playa más linda, mi coronel, qué ganas de darse un chapuzón —le comentó uno de los oficiales.

—A mí me gustó el castillo, parece muy antiguo —señaló otro oficial.

—Se llama alcazaba y es de origen musulmán, lo leí ayer en internet —comentó otro.

—Señores, primero la misión, después el turismo —zanjó el coronel.

—Mi coronel, todos los pelotones reagrupados, un soldado con posible pierna fracturada y otro con torcedura de tobillo —comunicó el cabo de transmisiones.

—Que el oficial sanitario Mena les atienda.

—Señor, me indica una escuadra que ha caído más al este que están al lado de un pequeño hospital —volvió a indicar el cabo.

—¿Un hospital? No tenemos informes de ningún hospital en esta zona.

—Me indican que en una pared pone con unas grandes letras verdes: HOSPITAL ALTA RESOLUCIÓN EL TOYO.

—Ordene al oficial Mena y a su equipo que trasladen allí a los heridos y se haga cargo de ese hospital.

—Sí, enseguida, mi coronel.

—OK, después que todos los pelotones inicien su misión.

Los diferentes grupos se movieron en diferentes direcciones acatando el plan previsto. Uno de ellos se encaminó a una autovía cercana que unía el aeropuerto con la ciudad, debían despejarla

de vehículos. Otros hacia el norte buscando la base militar española de Viator y el gran hospital de la ciudad. El grupo del aeropuerto lo tuvo más fácil, ya que estaba muy próximo al punto de descenso.

El coronel consultó su mapa y decidió tomar una pequeña carretera paralela al mar para dirigirse hacia el oeste, en dirección a la ciudad. El pelotón del puerto le acompañaba, ya que iban en la misma dirección. El camino estaba desierto, no debía ser muy transitado, ya que estaba bastante despejado, decidió dejar de caminar y requisó unos vehículos abandonados en la calzada para acelerar el paso.

—Sigán en dirección a la ciudad según vayan encontrando transporte —ordenó a su grupo de oficiales.

A pocos kilómetros, un gran estacionamiento repleto de vehículos junto a unos grandes edificios frente al mar les llamó la atención.

—UNIVERSIDAD DE ALMERÍA —leyó en un cartel a la entrada.

Se adentraron y, tras realizar una pequeña inspección por los alrededores, decidió que aquellos edificios con grandes aulas e instalaciones serían un buen puesto de socorro.

—Coronel, venga a ver esto, hemos encontrado un gran grupo de ciegos.

El edificio parecía ser un pabellón de deportes, mientras se acercaba observó a dos de sus hombres que salían deprisa y vomitaban en el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó mientras cruzaba el umbral por un ancho pasillo.

Una bofetada de hedor y pestilencia le golpearon los sentidos. Allí había hacinados miles de jóvenes en un estado lamentable, revueltos en orina y heces, casi todos tumbados, débiles y desfallecidos de hambre, nubes de moscas delataban el lugar donde reposaba algún fallecido. Las arcadas le pellizcaron el estómago, no pudo aguantar más el mal olor, salió a vomitar y tomar aire fresco.

No encontraron ningún vidente al cargo. Sus hombres iban llegando en un goteo de turistas.

—¡Teniente! Quédense aquí con su grupo, protéjense como puedan de los olores, pero hay que sanear esa estancia. Saquen los muertos y aposéntenlos en una fosa en aquel jardín, abran los ventanucos, dejen las puertas abiertas, que entre el aire fresco. Ayuden a esos jóvenes, denles agua y algo de comer, adecenten este lugar, por Dios.

—A sus órdenes —replicó, mientras su palma rígida se elevaba con fuerza hacia un lado de la frente.

A la cabeza de la numerosa columna de vehículos particulares, el coronel siguió camino hacia el centro de Almería, pero a pocos minutos la ciudad se hizo presente con el aumento de coches abandonados en las avenidas y calles, la columna quedó detenida imposibilitada para avanzar. El coronel continuó a pie con un par de escuadras. Los cadáveres en fase de descomposición salpicaban la calzada. Algunas ratas, envalentonadas por la tranquilidad, sintiéndose seguras, paseaban por la calle alimentándose de cadáveres. El grueso de las fuerzas apilaba y empujaba automóviles a los lados, al principio los hombres rodeaban un vehículo y a base de músculos lo desplazaban, así iban consiguiendo huecos por donde seguir circulando. Hasta que a alguien se le ocurrió que era más fructífero conducir un coche muy despacio, pegarse al vehículo inmóvil e ir empujándolo poco a poco, hasta que no estorbara. Así lo hicieron, poco a poco, buscando su destino final, el puerto.

Mientras, el coronel Todd avanzaba caminando con sus hombres por las desiertas calles de la ciudad.

—¿Dónde está todo el mundo?

Como si el destino le hubiera escuchado, apareció un hombre algo más allá, le llamó, pero este

se agachó y se escondió detrás de un vehículo.

—Le hemos visto, ¿qué *hase?*, no huya, no sea pendejo, somos amigos, no más venimos a socorrer, pero *nesesitamos* su ayuda —gritó el coronel en un acentuado castellano.

Aquel hombre se incorporó muy despacio y con las manos en alto se dirigió titubeando hacia ellos. Espigado, algo delgado y demacrado, rondando los cincuenta. Su ropa, elegante pero sucia y algo desaliñada, delataba que no había pasado una situación agradable.

—*Yastán esto* aquí dando por culo, mierda *militare*, con lo bien que estaba —dijo susurrando el civil para no ser escuchado.

—No *nesesita* levantar las manos, *asérquese* sin miedo.

—¡*Cuidao, cuidao!* ¡No, no!

Gritando, aquel individuo de repente echó a correr hacia él y de un inesperado y ágil salto derribó al coronel, desplazándolo unos metros. Todo ocurrió en unos segundos, la sangre caliente le salpicó sobre su cara y su traje mimetizado. Dos de sus soldados levantaron y agarraron a aquel sujeto por los brazos, sus vestimentas también estaban manchadas de sangre.

El coronel Todd se levantó asustado y sorprendido, no le dolía nada, se examinó el cuerpo, no detectó ninguna herida, estaba indemne, ignoraba de dónde procedía la sangre.

Las caras de sus dos soldados reflejaban una mueca desagradable mientras uno de ellos, señalando detrás del coronel, balbucía:

—Señor, el cabo Suárez.

El coronel se dio la vuelta y vio que el cabo Suárez yacía en la ensangrentada acera, muerto; otro cuerpo, el de un varón vestido con una bata casera, permanecía al lado, inerte y destrozado.

—¿Qué pasó? —interrogó atónito señalando el cuerpo— ¿Quién es este?

—No sé, le he visto que ha *saltao* del último balcón —le respondió el individuo del empujón.

—¿Y usted?

—Me llamo Indalecio, *pa servile* y le *salvao* de una muerte cierta, y si no que le pregunten a ese —añadió señalando al cabo fallecido.

—Ese, no más, es uno de mis hombres —respondió molesto—, muéstrole algo de respeto, pues.

—Perdone, jefe, ¿de *adónde* son?, usted habla raro y esos hablan guiri.

—Somos de las United States Armed Forces y no más llegamos comisionados por la United Nations en misión de socorro.

—Que no *lentendío* ni papa.

—Somos norteamericanos enviados por la ONU para ayudar.

—¡Ah!, ¿de tan lejos? Pues vaya...

El coronel ordenó a un sargento que subiera al edificio para averiguar qué había sucedido.

—*Resién* llegamos a esta *sity*. *Nesesitamos* un *enlase*, ¿quiere usted laborar con nosotros?, hay plata —le dijo mientras, sacando un paquete de tabaco rubio americano, le ofrecía un cigarro.

Indalecio tuvo la lucidez de sopesar la situación mientras lentamente fumaba su cigarrillo. Aquellos militares le iban a fastidiar su nueva vida, seguramente realizarían labores policiales y de seguridad. Había perdido el petate con los fajos de billetes en pesetas del botín del atraco al banco de una forma tan estúpida que no quería ni acordarse. Tampoco le había dado tiempo a prevenir cualquier contingencia. Así que comenzaba de nuevo desde cero, intuía que a partir de ahora la situación comenzaría a normalizarse y debía de elegir una buena posición. En aquella multitud de soldados forasteros vislumbró un germen de negocio.

—*Adónde* hay que *firmá* —dijo con una sonrisa afeada por su descuidada dentadura.

—No más de momentito vale su palabra, en cuanto nos acomodemos, pues arreglamos el papeleo.

Al bajar, el sargento explicó en inglés al coronel lo que había averiguado. Un ciego parapléjico se había suicidado lanzándose desde el balcón con la mala fortuna de caer sobre ellos. Había dejado un soldado arriba cuidando a otro ciego que, al enterarse de lo sucedido, había entrado en un profundo duelo, y temía que imitase a su familiar.

—Se está yendo el día, necesitamos un sitio donde pernoctar —le comentó.

—Son ustedes un *puñao*, hará falta un lugar grande, con camas...

—Bueno, usted sabrá, que *conose* el pueblito.

—Hay cerca un hotel grande, muy famoso aquí, con *mucha habitacione*, al lado del puerto.

—Al ladito del puerto me viene de pelos.

Indalecio les guio por la desolada avenida hasta un alto edificio angular con un gran cartel rotulado en rojo en uno de sus laterales, con la leyenda GRAN HOTEL DE ALMERÍA. Lo que Indalecio desconocía era que estaba cerrado a causa de la crisis económica.

—No sé por lo que está *cerrao* —exclamó con sorpresa.

—No importa, ahorita lo abrimos —dijo mientras lo ordenaba con un gesto a varios de sus hombres.

El lujoso hotel, aunque cerrado, estaba operativo, disponía de 105 habitaciones, recepción, bar, restaurante, terraza, ascensor, solárium, piscina al aire libre, gimnasio, salas de reuniones, salones de banquetes, centro de negocios, servicio de lavandería y aparcamiento privado. Era ideal para instalar allí un cuartel general y la residencia de oficiales, además, muy cercano al puerto de la ciudad. El coronel se acomodó en la mejor *suite*, la que utilizaban las grandes personalidades que visitaban la ciudad, o las grandes estrellas del cine que rodaban, durante cortas temporadas, alguna gran producción cinematográfica, tan comunes en los escenarios de la provincia.

—Mañana le espero aquí muy tempranito, a las siete. No me falte —le advirtió el coronel antes de retirarse a descansar, había sido un día duro y muy movido.

Echado en la cama, meditaba sobre lo extraña e inesperada que era la vida. Quién le iba a decir hace aproximadamente unos diez días en su casa de la base militar de Fort Bragg, en Carolina del Norte, Estados Unidos, que hoy dormiría en el sur de Europa.

Recordaba cómo a altas horas de la madrugada el timbre de la puerta sonó insistentemente cuando dormitaba incómodo en el duro sofá. Otra de las múltiples broncas con su esposa había acabado con su dolorida espalda en los hundidos cojines.

Al abrir la puerta, un sargento de la policía militar le saludó enérgicamente. Detrás de él, un *jeep* le esperaba en marcha.

—¡Señor, perdón señor, pero son órdenes urgentes del Pentágono! —dijo mientras le entregaba el telefax.

—Descanse, sargento —indicó mientras leía el mensaje.

Le citaba el mismísimo secretario de Defensa, debía presentarse a primera hora de la mañana en el Pentágono para una reunión del gabinete de seguridad nacional.

Se acercó al despacho, apartó a un lado la petición de divorcio firmada por su esposa, cogió un impreso en blanco y emitió una orden para la disposición de un helicóptero en el plazo de una hora.

—Curse de inmediato esta orden y vuelva a por mí en media hora exacta —ordenó al sargento.

Se dio una ducha rápida, se vistió con el uniforme reglamentario y recogió la maleta que ya tenía preparada para estos casos, no era la primera vez que debía salir con prisas.

Se acercó a la puerta y entregó la maleta al puntual sargento, se detuvo pensativo unos

instantes, se dirigió hacia el despacho, firmó el documento elaborado por el abogado de su esposa, lo depositó en la mesa de la entrada y salió sin despedirse.

Una hora más tarde, el helicóptero sobrevolaba el río Potomac en dirección a uno de los helipuertos del Pentágono.

No era a la primera vez que el coronel Todd visitaba el Pentágono, pero nunca había asistido a una reunión en las clasificadas *safe meeting room*. Uno de los lugares más seguros del planeta, estas salas estaban situadas en uno de los búnkeres antiatómicos excavados bajo el extenso edificio de cinco puntas. Tanto el coronel como el policía militar que le acompañaba pasaron varios controles de seguridad.

Antes de entrar en la hermética sala, un arco de metal daba la alarma si detectaba algún elemento electrónico o de metal. De hecho, se les advertía que si alguien portaba marcapasos, prótesis de metal o esquivas por heridas de arma de fuego, no podrían acceder a la sala y serían sustituidos por otro miembro de similar rango militar o experto que sí cumpliera ese requisito. Todos sus efectos personales fueron depositados en unas bolsas estancas que fueron guardadas en unas taquillas numeradas. Al cruzar el umbral, se percató del gran grosor que tenía la puerta de metal.

La sala era espaciosa, rectangular, con una gran mesa en el centro, varias sillas estaban ya ocupadas. Reconoció por sus distintivos que eran generales de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, el comandante del Cuerpo de Marines y un general del Ejército Británico. Varios civiles susurraban de pie en una esquina. En una de las paredes más estrecha había cuatro grandes pantallas empotradas. En la pared de enfrente, dos filas de asientos para espectadores con algunas plazas ya ocupadas. En otra pared otra puerta abierta que daba a un pasillo con un cartel serigrafiado que ponía ESTANCIAS. El coronel suponía que allí se encontraban los dormitorios y otras dependencias para poder subsistir largas temporadas.

Un policía militar se le acercó y le acomodó en una de las sillas de espectadores, junto a otros oficiales de alto rango. No conocía a ninguno, eran de la Fuerza Aérea, de la Armada, el Cuerpo de Marines y del Ejército. La pesada puerta se cerró con un ronroneo mecánico. Todos tomaron asiento, solo reconoció, de verle por televisión, al reciente secretario de Defensa, que comenzó a hablar:

Secretario de Defensa.— Buenos días a todos, les informo de que comienza esta reunión de alto secreto del gabinete de crisis, ordenado por el presidente Ronald Tramp. Les comunico que esta sesión está siendo grabada en video. Cedo la palabra al general británico como delegado de la OTAN, que nos pondrá en antecedentes. Seguidamente pueden ir interviniendo como gusten para dar más información o interponer alguna duda.

Delegado de la OTAN.— Hace tres días, sobre el sur de Europa, se ha detectado un suceso anómalo. Creemos que se ha lanzado un nuevo tipo de arma que emite tal cantidad de lúmenes que provoca ceguera a todo el que este expuesto. Sí, es correcto, han oído bien —recalcó ante las caras de asombro de algunos de los presentes—, según nuestros informes, pensamos que la mayoría de la población se ha quedado ciega.

Estimamos, más o menos, que las zonas afectadas —dijo señalando con un puntero láser en un mapa de parte de Europa, aparecido en una de las pantallas, donde se resaltaba la zona afectada con una sombreada hipérbole— recorren desde la capital de España, Madrid, hacia el este, hasta la ciudad de Valencia. Bajando por la zona de Murcia, este de Andalucía, parte del norte de África, Melilla y Orán incluidas. Sigue hacia el oeste, parte de Málaga, algo de Sevilla. Las provincias de Ceuta y Cádiz excluidas, no están afectadas, les recuerdo que ustedes tienen allí una

base y nosotros Gibraltar. Cerrando el recorrido, subimos por Toledo, hasta volver a Madrid.

General de la Armada.— Desarrollábamos frente a las costas de Italia un ejercicio de maniobras conjuntas de la flota de varios países de la OTAN, sospechamos que nos han usado como tapadera para enmascararse y que la bomba ha sido lanzada en las proximidades por un barco pesquero o similar, tampoco descartamos un submarino. Seguramente con un misil.

General de la Fuerza Aérea.— Hemos realizado vuelos de reconocimiento por la zona y estudios desde nuestros satélites, esa parte del país está completamente paralizada, la mayoría de aeropuertos inoperativos, carreteras colapsadas, no se aprecia actividad normal, se detectan numerosas columnas de humo e incendios.

Secretario de Defensa.— De hecho, el país está KO, ya que la capital está afectada y con ella el Gobierno, no hay nadie para coordinar la ayuda o tomar decisiones, además de millones de personas afectadas. Tampoco tenemos contacto con nuestra embajada.

Asesor del presidente.— Sobre la autoría del ataque, nada sabemos. Deducimos que, al ser una nueva tecnología, ha de ser una gran potencia. Podrían ser Corea del Norte o Irán. Tampoco descartaríamos Rusia o China, aunque estos países han negado su implicación. Incluso estudiamos la posibilidad de algún grupo terrorista. La verdad, estamos desorientados, por eso es muy importante recuperar los restos del misil para investigarlo y conseguir alguna pista.

Delegado de Naciones Unidas.— Bien, de acuerdo, pero opino que lo primero y más importante es organizar una misión de ayuda humanitaria bajo el paraguas de la ONU y, dada la ubicación de España, debería ser compuesta por los países miembros de la OTAN. Convocaría esta misma tarde en sesión urgente a la Asamblea General para aprobar la resolución. Además, tengo al embajador español presionándome, y la verdad es que le entiendo. Estimo que en tres días estaríamos en condiciones de comenzar esta misión.

Delegado de la OTAN.— En el Reino Unido ya hemos comenzado a reforzar Gibraltar mediante vuelos a su aeropuerto, como he indicado anteriormente, no está afectada. También hemos enviado una flota naval con ayuda a esta base.

Asesor científico.— Soy asesor científico del presidente, doctorado en Física, Química, además de biólogo. Creo que es precipitado introducirse sin más en la zona afectada. Desconocemos los elementos usados en esta nueva tecnología, quizás haya también una contaminación radiactiva o biológica. Opino que es una temeridad enviar nuestros hombres mientras no tengamos más datos y evidencias directas *in situ* sobre su seguridad. Voto por ser precavidos.

Secretario de Defensa.— Estoy muy de acuerdo, no voy a enviar tropas a un futuro incierto. Propongo demorar unos días más el inicio de la misión. Quizás una semana, así la prepararíamos mejor. Y mientras, lanzamos en la zona unos pequeños grupos equipados con elementos de protección radiactiva y biológica que analicen la situación y nos den su conformidad para enviar el grueso de las fuerzas.

General de la Fuerza Aérea.— Como medida de precaución ya hemos anulado todos los vuelos civiles hacia el sur de Europa.

Delegado de la OTAN.— Desde el punto de vista operativo, creo que lo mejor es repartir el país por zonas, tengo la confirmación de disponibilidad inmediata de tropas del Reino Unido, Francia, Alemania y EE. UU. Propongo para el Reino Unido, por la proximidad con Gibraltar, la zona oeste afectada: las ciudades de Málaga, Córdoba y Sevilla.

Secretario de Defensa.— Nosotros estamos capacitados para ayudar en Orán, Melilla, Almería, Granada, Jaén, Ciudad Real, Toledo y Madrid. Contamos con cuatro batallones de la Aerotransportada y otros tantos del Cuerpo de Marines. Enviaremos una flota a la ciudad de

Almería para apoyar la ayuda a Melilla y norte de África. En el operativo solicitaremos voluntarios civiles: sanitarios, médicos y especialmente oftalmólogos.

Comandante del Cuerpo de Marines.— A sus órdenes, señor secretario de Defensa, el Cuerpo de Marines está listo para entrar en acción.

General de la Armada.— Ordenaré de inmediato la preparación de esta flota desde las costas de Italia.

Delegado Naciones Unidas.— Solicitaré a Francia y Alemania que se repartan y hagan cargo de las provincias de Cuenca, Valencia, Albacete, Alicante y Murcia —informaba mientras señalaba en el mapa.

Secretario de Defensa.— Se le entregará a cada asistente de la reunión un dossier personalizado con sus órdenes, este dossier se irá ampliando y modificando según evolucione la situación o tengamos más datos sobre el suceso. Si no hay ninguna pregunta, doy por finalizada esta sesión.

Entregaron a cada uno un abultado dossier en sobre lacrado con grandes letras rojas impresas: TOP SECRET. El coronel Todd comprobó que su sobre estaba personalizado con su nombre, dedujo que los demás también.

Lo abrió y primero buscó con sumo interés su destino. «Almería», leyó detenidamente. Luego las órdenes priorizadas, primero buscar y encontrar los posibles restos del misil, segundo, labores humanitarias y, tercero, labores de seguridad y estabilidad.

Pasó aquella mañana en el Pentágono, realizando gestiones referentes a la nueva misión. El helicóptero aterrizó en su base entrando la tarde. Abrió la puerta de su casa a la hora de la cena, no había nadie. Los armarios y cajones que su esposa utilizaba estaban vacíos. Se acomodó en el sofá con una botella de *whisky*, mientras llenaba y vaciaba varias veces el vaso meditaba sobre ella y sus seis años de matrimonio, muy felices los primeros, no tanto los siguientes y horrible el último. En ese momento no sentía pena ni tristeza, solo paz, descanso y también alivio por no haber tenido hijos.

Los siguientes días pasaron veloces preparando y redactando planes, órdenes sobre transporte aéreo, órdenes sobre materiales y útiles, reuniones con sus oficiales y suboficiales.

Recibía periódicamente novedades basadas en los informes de los equipos expedicionarios destacados en la zona:

La zona era segura, no había radiación, ni agentes tóxicos ni biológicos. Confirmaban un noventa y cinco por ciento de la población ciega. Numerosos muertos y heridos. Los servicios públicos, paralizados. El desplazamiento por carretera, dificultoso. No había rastro del misil.

Siguiente parte de novedades:

Las provincias ciegas, limítrofes con las zonas no afectadas, habían comenzado a recibir ayuda de sus propios compatriotas videntes que habían empezado a reaccionar ante la catástrofe.

Ultimo parte de novedades:

La flota británica ya había amarrado en Gibraltar. La flota norteamericana comenzaba a dirigirse ya hacia Almería. Los vuelos nocturnos revelan zonas oscuras por fallos del fluido eléctrico. Comenzaba la escasez de alimentos. En Madrid se estaba organizando un gobierno provisional.

Las tropas del coronel ya estaban acuarteladas y todo listo a la espera de la orden definitiva. Para ganar tiempo, el coronel Todd ordenó que la escuadra de aviones de aerotransporte cargadas de tropas y material se desplazaran hacia la base aérea norteamericana de Lajes, en la pequeña isla Terceira de las islas Azores. Su destino estaba así a pocas horas de vuelo. Solo

permanecieron allí un par de días. Ya tenían mapas, planos de Almería y fotos actuales vía satélite de los puntos estratégicos. El punto de salto también seleccionado, ubicado entre el aeropuerto y los límites de la ciudad. Así que confeccionaron sus estrategias y órdenes. Se dividirían en pelotones para ser más eficaces.

Unos pelotones ocuparían el aeropuerto para dejarlo operativo y facilitar la llegada del resto de las tropas y mantener una importante vía de comunicaciones abierta.

Otro pelotón se haría con el control de varios helicópteros que aparecían en las fotos del aeropuerto para comenzar de inmediato la búsqueda de los restos del misil.

Varios escuadrones se dirigirían a la gran base militar ubicada en Viator para hacerse con su control, usar el material que estaba allí, sobre todo vehículos, y preparar tanto el hospedaje como la llegada del resto de las brigadas.

El personal médico iría hacia el hospital para hacerlo operativo y comenzar a dar ayuda a la población u otras contingencias.

Otros se harían con el control del puerto y lo habilitarían para la llegada de la flota, que ya estaba en camino.

Se ordenaría a otros pelotones que despejaran las vías de comunicación imprescindibles, del aeropuerto a la ciudad, del aeropuerto a la base de Viator y de la base militar hacia la ciudad.

El coronel, con el resto, se desplazaría hacia la ciudad para evaluar el alcance de los daños, tomar contacto con las autoridades locales, asegurar la ciudad y comenzar a organizar la llegada de la ayuda humanitaria. Y eso es lo que intentaba hacer desde que por fin recibieron la orden y aquella misma mañana despegaron, al amanecer, para entrar en acción.

Mientras se dormía, un escalofrío erizaba su piel al pensar en un país entero de ciegos.

Indalecio había estado maquinando su plan durante toda la tarde, buscó una motocicleta y se desplazó velozmente hacia Aguadulce por la carretera de la costa. Por una avería en la red eléctrica, la localidad permanecía a oscuras. En la calle principal visitó varias sucursales bancarias, donde hizo acopio de todo el efectivo posible en billetes de curso legal. Ya muy entrada la madrugada, regresó hacia la capital, compartía vivienda con sus nuevas amigas y allí escondió sus ganancias en lugar seguro.

El coronel se levantó al alba y bajó ansioso a por novedades. Uno de sus oficiales le informó de que el grupo de búsqueda del misil había conseguido tres helicópteros civiles e iban a iniciarla. Los grupos de despeje de carreteras seguirían con su tarea. Sus hombres lesionados habían sido atendidos y el pequeño hospital encontrado por sorpresa comenzaría a funcionar ese día. El grupo que se encaminaba al principal hospital de la ciudad estaba a punto de llegar, y el de la base de Viator iba con retraso. Se habían desorientado al atravesar un laberinto de invernaderos y no se esperaban el seco lecho del río embarrado por unas recientes lluvias. Los militares llegados al puerto comenzarían enseguida, tenían solo un día, ya que se esperaba la llegada de la flota al siguiente.

Tras un ligero desayuno salió a la calle, allí estaba Indalecio, puntual.

—Pues buenos días —saludó. —Hoy quiero platicar con algún jefe de acá.

—No sé de ninguno. Yo *e* que voy a lo mío, ¿sabe *usté*?

—Pues alguien habrá, el jefe de *polisia*, el regente...

—*Macordao* de un sitio donde hay gente con la vista buena. ¡Vamos *pallá*!

Una pequeña columna de cinco vehículos se encaminó hacia el pabellón de deportes, el coronel detectó que la zona había sido trabajada, no había cadáveres en las calles y los vehículos desplazados a un lado para una mejor circulación.

Al bajar de los coches, un gran alboroto comenzó dentro del edificio y se oyeron gritos de alegría.

—¡El ejército, ha llegado el ejército!

—¡La ayuda, la ayuda está aquí!

—¡Paco, Paco! ¡Que alguien avise a Paco!

Un gran grupo de gente salió al exterior, comenzaron a saludarles y a hacerles una lluvia de preguntas. De repente, todos se callaron al presentarse uno de ellos, debía ser el jefe.

—Qué alegría, hola, soy Paco —dijo afable aquel individuo de barba canosa.

—¿Es usted el alcaide de la *siudad*?

—¿Alcaide? Querrá usted decir alcalde. No, no lo soy. Solo soy el que organiza un poco y como puede este embrollo.

—Para mí, eso es ser alcalde.

—En todo caso, sería alcalde entre comillas. Veo que son ustedes norteamericanos.

—Sí, soy el coronel Todd y estamos aquí por una *resolución* de las *Naciones Unidas* en misión de ayuda humanitaria.

Aquella gente irrumpió en saltos y vítores de alegría. La algarabía se hizo general y numerosos ciegos curiosos comenzaban a agolparse a las puertas del edificio.

—Pasemos dentro, a mi modesta oficina y hablemos en privado.

Pasando a través de los pasillos pudo comprobar que por allí todo parecía medio controlado, los ciegos tenían buen aspecto, el lugar estaba ordenado y aseado. Se sentaron frente a frente. Paco le puso al día de la precaria situación: escasez de alimentos, mínima atención sanitaria, el agua y electricidad a punto de colapsar, poco personal, los barrios periféricos aún sin explorar. Fueron interrumpidos por un sargento.

—Señor, me informan de que el aeropuerto está operativo.

—OK, curse la *información*, prioridad en las provisiones para la *población*. Don Paco, muy buenas *noticias*, se va a *establecer* una línea de suministros aérea, llegaran alimentos, material que *nesesiten* y más sanitarios.

—Estupendo, muchas gracias, coronel. —Respiró bastante aliviado—. ¿Tiene noticias sobre este fenómeno?

—Solo España está afectada, desde Madrid *hasia* el este, hasta la costa. *Hasia* el sur, hasta la costa y parte del norte de África, incluida Melilla. No hay gobernantes en la capital del país, de momento.

—¿Y la causa?

—Un misil.

—¿Un misil? ¿De qué tipo? ¿Estamos en guerra? ¿Quién?

—Bueno... No sabemos mucho, y menos quién lo *lansó*.

—El caso es que me han llegado noticias de una segunda vez.

—No tengo informes de un segundo misil. ¿Es confiable esa noticia?

—No lo sé, confirmado no. Hay mucho barullo, muchos bulos, la gente murmura.

—Será eso, de todas formas no es relevante, ya estamos buscando el misil.

—Bien, si descubro algo más ya se lo diré.

—OK, tenemos el cuartel general en un gran hotel, al lado del puerto. Mañana llegará una flota con más tropas. Le pido todo su apoyo y *cooperación*.

—Por supuesto, colaboraremos, es en nuestro beneficio, gracias de nuevo. Por cierto, habría que habilitar el hospital, no ya solo por las contingencias diarias, sino para atender la ceguera de los ciegos. Tenemos un caso de una doctora que se trató ella misma y está recuperando poco a poco la visión.

—¿De verdad? Ya tengo personal médico allí, creo que sería buena idea llevarla, podría ayudar a mi personal.

—Bien, yo me encargo.

—Ahorita mismito voy para allá, de revisión, me la presenta y la acerco. Acompáñeme y seguimos platicando.

En la pista del pabellón, las hileras de camastros en el suelo formaban una composición cuadrangular y uniforme, algunos ciegos permanecían tumbados en ellos. Otros deambulaban con los brazos extendidos para evitar colisiones. Se detuvieron en una esquina. Paco le presentó a Alicia, la doctora, el coronel se extrañó por llevar sus ojos vendados. Alicia le explicó que aún no quería forzarlos, así que durante el día se los protegía con un vendaje oclusivo con una mezcla de pomadas y cremas, además solo los usaba un poco después del ocaso, entre el cambio de vendas. El coronel se fijó en la mujer sentada al lado, llamaba mucho la atención.

—¿Y esta dama tan linda, también se está reponiendo?

—De momento no, pero seguiremos insistiendo, es mi amiga Susana —le presentó Alicia.

—Hola, Susana, soy el coronel Todd, del ejército norteamericano, ¿es usted modelo?

—Encantada. Sí, soy modelo, aunque ahora hay poco trabajo —le dijo mientras le ofrecía la mano, que el coronel tomó muy suave, casi como una caricia.

—Mucho gusto, ahorita nos marchamos al hospital, espero volver a verla.

—Quién sabe lo que nos deparará el destino —se despidió enigmática Susana.

La vía para llegar al hospital no estaba despejada, subieron a un bus urbano y lo usaron de ariete para abrirse paso.

—Toditos estos carros hay que retirarlos. Don Paco, nos tendrá que indicar un gran descampado para una cacharrería de carros.

—Serán miles de coches, pienso que harán falta muchos descampados. Algunos están abollados, pero seguro que funcionan, los dueños los reclamarán.

—¿Y para que quiere un *siego* un carro?

—Pero es su propietario, podrá venderlo o regalarlo a algún familiar no afectado.

—Bueno, no peharemos por eso ahorita, creo que es secundario, que los dueños busquen su carro..., a ver si lo encuentran.

El pelotón de soldados estadounidenses destinados en el Complejo Hospitalario Torrecárdenas ya habían comenzado su trabajo, el equipo de médicos y oftalmólogos se familiarizaban con las dependencias y comenzaban a tomar decisiones. La doctora Alicia tuvo el privilegio de ser la primera ciega que consiguió una revisión oftalmológica y con esos datos debatieron qué tratamiento era el más adecuado para los demás. Alicia intuía que algo se le escapaba de las manos, no entendía por qué en su bolsa de medicamentos, estos estaban mezclados con las cremas de belleza. Como mujer de ciencias con afán de investigación científica, no debía descartar factores externos, azar o libre albedrío, por lo que decidió por su cuenta explorar con detalle la composición de esos productos estéticos.

El coronel retornó al hotel, su cuartel general ya estaba a pleno rendimiento, siguió con su

labor, redactando informes sobre sus avances para sus superiores. Finalizando la tarde, le pasaron una conexión con uno de los helicópteros.

—Coronel, coronel —se oyó por el transmisor.

—Sí, adelante teniente —respondió en inglés.

—Hemos encontrado restos del misil.

El coronel Todd se recostó en su sillón, su rostro no podía disimular su alegría, su satisfacción, a la vez que un gran alivio.

[Volver al índice](#)

13

El monumento

Un año después de aquel 13 de marzo.

Paco había descansado poco, su rutinaria pesadilla le perseguía muchas noches, aquella desesperada mirada pidiendo socorro entre humo, cenizas, piel quemada y olor a barbacoa. Su pesada losa de culpabilidad junto a los nervios de los actos conmemorativos de aquel fatídico aniversario le robó horas de sueño. Iba a ser un evento ordenado por el Gobierno provisional y programado en todas las ciudades, aunque cada localidad lo adaptaría a sus necesidades, presupuesto y ganas. Un acto para cerrar heridas e iniciar un nuevo comienzo, decían los expertos. Paco no lo entendía, ¿cerrar heridas?, si en un año no habían descubierto a los responsables, si no se había impartido justicia, ¿cómo iban a hacer borrón y cuenta nueva?

El acto en Almería sería muy sencillo. Descubrirían un monumento conmemorativo, unos cortos discursos y un pequeño ágape en la plaza del Ayuntamiento para personalidades.

Repasaba con cuidado en su despacho su discurso, corrigiéndolo, cuando recibió la visita de su ayudante.

—Buenos días, señor alcalde.

—Alcalde en funciones, recuérdalo, en funciones hasta las próximas elecciones —resaltó—. ¿Qué me traes?

—Traigo el informe mensual de estadísticas.

—Bien, dame una copia y hazme un resumen de lo más importante.

—Después de un año, llevamos dos meses con la mayoría de datos ya estabilizados. Viene

acompañado de algo novedoso, un informe de conclusiones.

—¿Sí?, vamos a empezar por ahí.

—Bueno, está relacionado con los porcentajes de ciegos y los procesos de cura. Sabemos por los informes mensuales que el número total de ciegos ha ido disminuyendo gracias a que la doctora Alicia descubrió, por casualidad, que la baba de caracol en una conocida crema de belleza posee un componente que regenera células en el ojo. Por cierto, ya casi está lista la nueva granja de helicultura.

—Estupendo, que no falte baba de caracol. Sobre el porcentaje de ciegos totales, sigue siendo muy alto, el 37 % de la población que se vio afectada por la luz de la bomba.

—Ya, pero hemos aumentado al 19 % las personas con ceguera media y otro 19 % el de deficiencias visuales leves.

—Menos mal que estos son ya más independientes y nos dan menos trabajo.

—El informe explica que la baba de caracol solo es efectiva según el grado de exposición a los lúmenes, que viene determinado por diversos factores. La posición en el momento de la explosión ha sido determinante, no ha sido igual permanecer en plena calle que dentro de un edificio, incluso aquí influye también el tamaño de la ventana, por la cantidad de luz que dejó entrar. Según la posición del cuerpo con respecto al punto de explosión, no es igual de cara que de espaldas. También ha influido la protección del ojo, si se llevaban gafas de sol o no, y luego la calidad de las mismas, no es igual unas de una óptica que unas del mercadillo o de una tienda de chinos. En menor medida, el color de tus ojos, los claros fueron más expuestos que los oscuros y, por último, la edad, los niños y los ancianos han sido más afectados.

—O sea, que una persona en plena calle a cara descubierta y de cara a la explosión es irrecuperable.

—Me temo que sí. Y se cree que estos porcentajes ya van a variar muy poco.

—¿Qué más datos hay?

—Los buenos datos son que el porcentaje de suicidios ha ido bajando hasta hacerse casi residual. El número de desaparecidos también ha bajado un poco. Y las bodas de soldados norteamericanos también siguen en auge, así como el aumento de la natalidad.

—Sí, aquí hasta ciegos no se perdona el follar. Me alegro por las ciegas españolas y por nosotros, así el Tío Sam nos aliviará la carga.

—Nada más que reseñar del informe.

—Bien, estupendo, pues mejor nos vamos ya para la inauguración.

Algo más allá del monumento a la Tolerancia, que estaba dedicado a las víctimas almerienses del holocausto nazi, habían instalado el nuevo monumento, junto al Cable Inglés, en el mismo parque de las Almadrabillas.

La escultura estaba descubierta, de forma que los ciudadanos ya podían visitarla y admirarla. Había obtenido muy buenas críticas, era obra de un nuevo artista, oriundo de Sorbas, una pintoresca localidad de la provincia. Consistía en una estructura de hierros forjados, representando el perfil de la ciudad al juntarse con el cielo, perspectiva vista desde el mar. La silueta de la Alcazaba a la izquierda, seguida del cerro San Cristóbal, la catedral y el Cable Inglés más a la derecha. En la esquina superior derecha, un círculo que simulaba un punto luminoso emitía rayos metálicos sobre toda la ciudad, parecía un sol, pero todos sabían lo que representaba. Debajo de la totalidad de la línea de ese horizonte una multitud de brazos y manos metálicos alzadas sostenían la ciudad de Almería. Bajo el monumento, una gran ofrenda floral. Al lado, la pequeña y mermada banda de música del ayuntamiento deleitaba con bandas sonoras de películas rodadas en la provincia.

Paco, como alcalde, inauguraba la conmemoración con su discurso institucional.

—Ciudadanos, ciudadanas y visitantes de la ciudad de Almería. Estamos hoy aquí, principalmente, para recordar y homenajear a todos nuestros fallecidos en aquel fatídico día, hace ya un año. Ruego un minuto de silencio por su memoria.

»Antes que nada, deseo explicar el significado de esta magnífica escultura. Representa a nuestra querida ciudad atacada por los efectos de aquellos rayos de luz que cegaron muchas vidas. Hoy sabemos que provocados por la maldad de algunos seres humanos. Pero no desfallecimos, sino que todos unidos, afectados y no afectados, con nuestro esfuerzo, con nuestro sacrificio, con nuestra solidaridad y con nuestro valor, supimos levantar los brazos y sostener la ciudad, sostener nuestras vidas en aquella gran adversidad.

Su discurso fue interrumpido por una espontánea salva de aplausos.

—Ha pasado el tiempo y aquí seguimos, vamos mejorando, poco a poco, pero mejoramos. Hoy he recibido el último informe con muy buenos datos. Los afectados de ceguera se van recuperando, algunos casi en su totalidad y otros lo suficiente como para tener una vida más independiente. Aunque es cierto que otros no podrán recuperar nunca sus ojos. Pero para ellos el Gobierno provisional ya prepara medidas, medidas de inserción laboral, medidas de atención sanitaria y atención social. Que no les quepa duda de que, como aquel maldito día, no les vamos a dejar solos, seguiremos aquí por ellos y para ellos.

Más aplausos obligaron al alcalde a detenerse unos segundos.

—Una mención especial también a los nuevos conciudadanos, esas personas solidarias, esos voluntarios desplazados de otras provincias españolas. También a las personas que dejaron sus países de origen, como Rumanía, Lituania, Ucrania y otros estados del Este, para emigrar a estos parajes y ayudarnos a levantarnos.

—Agradecer también la gran ayuda del ejército norteamericano, su ayuda fue muy valiosa en su momento. Pero personalmente opino que ya es hora de que se marchen, ya estamos capacitados y dispuestos a seguir solos. Sus servicios han sido primordiales, muy agradecidos, pero ha llegado el momento de que nos suelten la mano y continuemos nuestro camino solos. Muchas gracias a todos por su atención.

Algunos de los asistentes, alentados por el discurso del alcalde, comenzaron a protestar, silbar y vociferar: «Yanquis go home», «americanos a casa».

El siguiente en emitir un discurso fue el coronel Todd, aunque el ambiente estaba ya caldeado aprovechó su turno para replicar. Después de un año viviendo en esta tierra, su acento mexicano se había diluido un poco al absorber el deje y entonación almeriense.

—*Gracias*, don Paco. Bonitas palabras. Recuerdo cómo nos encontramos la *siudad* al llegar. Devastada, sin *servisios* públicos, sin *servisios* sanitarios, sin líneas de suministro de *mercansias*, con las líneas eléctricas y agua a punto de colapsar y los alimentos a punto de agotarse. Y no deben olvidar que nosotros no estamos aquí como *ejérsito* USA, sino en una misión humanitaria con mandato de las *Nasiones* Unidas, de la ONU. Que el Gobierno de España, de su país, está conforme con nuestra *presensia* aquí. Nosotros *resibimos* órdenes y no podremos marchar hasta que las *resibamos*. Lo que debería *haser* el alcalde es, si tiene algún problema o alguna queja, elevarla a sus superiores. Nosotros aquí somos una fuente de ingresos, de *creasion* de puestos de trabajo, un motor económico. Sin olvidar que nuestros *lasos* se van *enraisando* y *entrelasando* con las muchas bodas de ambas *nasionalidades*, que ya *empiesan* a dar frutos, hijos en común. Y recordarles también que el *ejérsito* español aún no está operativo, que aún se *desconose* la autoría del ataque, que aún no han terminado las *investigaciones* para hallar al culpable, que están ustedes

indefensos y expuestos. *Quisás* deberían meditar que nosotros seamos la *rasón* de que no hayan sido atacados de nuevo. Muchas *gracias*.

El sector que antes protestaba quedó mudo y otros sectores del concurrido público aplaudieron con entusiasmo. Parecía que la partida había quedado en tablas. La banda musical continuó amenizando al público presente.

La pequeña celebración con lo más representativo de la ciudad se trasladó a las dependencias del ayuntamiento, un ágape con lo más granado de la ciudad. Durante el cóctel de bienvenida, los asistentes se desplazaban por la sala, iban y venían, charlando entre ellos.

Paco se acercó a saludar a Jaime, que estaba acompañado de su esposa Raquel y de su hijo adoptivo.

—Hola, Raquel, hola, Jaime, me alegra que hayáis podido venir.

—Hola, Paco. Comida y bebida gratis, buena compañía, no podía perdérmelo. Por cierto, controvertido discurso.

—Ya sabes que siempre intento ser honesto, fiel a mis ideales y siempre muy sincero.

—Yo también, por eso opino que esas ayudas del Gobierno provisional que has anunciado son limosnas para pobres. Lo que necesitamos los ciegos es más igualdad, sobre todo en derechos laborales, estamos hartos de esas leyes que permiten que seamos explotados. Habéis creado una nueva escala de clases sociales, las clases media y alta de videntes sustentada en la sobreexplotación de la clase baja formada en gran parte por ciegos.

—Perdona, pero no pluralices, yo no hago las políticas del Gobierno provisional. De todas formas, son medidas difíciles para una situación difícil. Ya no hay paro. Por desgracia, los fallecidos y los ciegos dejaron muchos puestos de trabajo libres. Los inmigrantes palian bastante la situación, pero no es suficiente, se ha tenido que reasignar y recolocar muchos puestos de trabajo, los más sencillos y rutinarios se han dejado a los invidentes.

—Las elecciones generales, conjuntas con las municipales serán dentro de unos meses, te informo de que soy candidato de la OMCE en Almería.

—¿OMCE?

—Organización Militante de Ciegos Españoles. Es un nuevo partido político de ámbito nacional. Consiguiendo el voto de todos los ciegos y afines crearemos una fuerza de parlamentarios y concejales lo suficientemente numeroso como para decidir gobiernos y cambiar políticas. Será un partido de marcado carácter social, con el propósito fundamental de mejorar la calidad de vida de los numerosos ciegos, deficientes visuales y discapacitados de toda España.

—Estoy deseando que lleguen esas elecciones, poder dar el relevo y retirarme a descansar. Pero dudo que los políticos videntes no opongan resistencia. Simplemente con usar la misma ley electoral que tenemos, si no se cambia el formato de la papeleta electoral, no sabréis ni identificar la vuestra para introducirla en la urna.

—Para eso ya nos ayudarán nuestros apoderados. Ganaremos estas elecciones. Dejaremos a Sábado y a su *Informe* en una insignificancia, vamos, en una ridiculez.

—Sigo opinando que eres demasiado optimista. Nos vemos.

Dejando a Jaime con ganas de continuar el debate, Paco se alejó a recibir al coronel Todd, que acababa de entrar. Iba acompañado de Susana, con la que había intimado.

—Don Paco, ¿debo considerarle un elemento hostil después de su inesperado discursito?

—Hola, Susana. Coronel, solo he expresado mi humilde opinión.

—Su opinión no es humilde, es la *cabesa* visible de la comunidad, es el alcalde y recuerde que

yo le puse en esa *posición*.

—Yo ya controlaba la situación antes de llegar usted.

—Son ustedes unos desmemoriados y unos *desagradados*.

—Lo que ocurre aquí es que todo es extrañamente muy hermético. Ha pasado demasiado tiempo y no hay resultados sobre la bomba. Los restos se encontraron hace meses, he intentado visitarlos y no me han dejado, solo me han mostrado un par de malas fotos. Si no saben hacer su trabajo, es mejor que se marchen.

—El Gobierno de Madrid, su Gobierno, no opina lo mismo.

—El Gobierno legítimo de Madrid quedó ciego y el provisional fue sustituido a dedo por ustedes. Es un Gobierno títere, es un Gobierno no elegido en unas elecciones.

—Yo no sé de política. Pero sí sé que ese Gobierno provisional está *negosiando* con mi país *establecer* una base permanente en Viator y en el puerto.

—¿Ve como estoy en lo cierto?

—Lo que veo en usted es una paranoia sobre teorías de *conspiración*. Y sobre el misil, no veo la *importancia* de que usted lo examine, además, estaba muy dañado, no hemos encontrado ninguna respuesta. No sabemos quién lo *lanzó*. Lo más probable, un ataque terrorista de origen islámico.

—¿Y el segundo misil? Si lo encontráramos, quizás hallaríamos pruebas.

—Ya le he repetido infinidad de *veces* que no hay pruebas de ese supuesto segundo misil. No voy a dedicar recursos a perseguir fantasmas.

—Pero hay varias declaraciones de testigos que lo afirman.

—Hemos *analizado* esas *declaraciones* y no concuerdan, no *coinciden* ni en el día ni en la hora, no son concluyentes. Si les *hiciéramos* caso no buscaríamos un segundo misil, sino tres o cuatro.

—Pero es difícil que un ciego esté bien orientado en el tiempo, quizás hablan del mismo misil, pero se equivocan en el día y la hora.

—Lo siento, pero el asunto está *serrado*.

—Yo buscaré ese misil y se lo traeré.

—Si quiere perder su tiempo, por mí no hay problema. Adiós —se despidió tajante el coronel.

El coronel y Susana, enfundada en unas gafas de sol, ya que con algo de vista recuperada aún necesitaba protección, se acercaron a saludar a Indalecio, que se encontraba junto a un descomunal e incómodo carrito con tres bebés a bordo, conducido por una canguro de origen marroquí.

—Hola, mi primer amigo español —saludó Todd.

—Hola, mi coronel.

—Te veo diferente, raro.

—¡Ah! Será la boca, he ido al dentista y me la he *arreglado*.

—Pues te *hace* más joven. ¿Cuándo nos vas a invitar a unas migas?

—Cuando llueva.

—¿Y qué más da?

—Para *saboreá* bien unas buenas migas tiene que *llové*, es la costumbre.

—Pues respetemos las costumbres.

—Qué bonicos —comentó Susana—. ¿Son trillizos?

—No, señora.

—¿Son sus nietos?

—No, son mis *hijo*.

La amante del coronel quedó sorprendida y dubitativa, sin entender muy bien.

—Son mis tres *hijo* de tres *mujere* diferentes —dijo señalando a las tres jóvenes ciegas sentadas un poco más allá—. Bueno, quizás alguno no sea mío y tartamudee, pero aun así lo querría igual.

—Ah, claro, claro..., comprendo..., aquellos fueron tiempos difíciles para todos —comentó Susana algo desconcertada por aquella respuesta.

—Estás hecho un buen *cogedor*.

—Le cambio las tres *mujere* por la suya —dijo Indalecio con un leve codazo al coronel.

—No, *gracias* —le respondió permitiéndole la licencia, le caía bien aquel tipo.

—Perdonadme, voy a saludar a un conocido —se excusó Susana para escapar de tan machista conversación.

—Parece que te van bien los *negosios*.

—Bueno, no me puedo *quejá*.

—Has sabido aprovechar bien nuestra *presensia* aquí. Somos tus mejores clientes.

—Bueno, los *inmigrante* también lo son, y sé muy bien lo que les gusta a mis paisanos.

—*Nesesito* un favor, tú que tienes tantos ojos y oídos. Hemos detectado en nuestros hombres un aumento de consumo de drogas. Nuestra política es de *toleransia sero* y hemos abierto una *investigación*, si te enteras de algo te *agradecería* la *información*.

—Estaré atento. Pero yo empezaría por los *moro*.

—Bueno. Voy a buscar a mi Susana, estamos en contacto.

—Sí, mi coronel, descuide.

Indalecio observó que el alcalde se dirigía a una de las mesas de comida y lo interceptó a medio camino.

—Señor alcalde.

—En funciones. Dígame, Indalecio.

—Ya sabe *usté* que por mis *negocio*, mi personal tiene acceso a la base de Viator.

—¿Y?

—Mis *hombre* me cuentan cosas, cosas que ven o cosas que oyen.

—¿Algo interesante?

—Sí, hay algo extraño que quizás le interese.

—Dígame.

—Bueno, *usté* sabe que somos *hombre* de negocios y todo tiene precio.

—¿Quiere dinero? Pero si tengo entendido que a usted sus negocios, si se puede llamar así a aprovecharse de la situación, le van muy bien.

—Yo solo he *tenío* suerte, he *estao* en el momento justo en el sitio justo y he *conocío* a las personas idóneas. No iba a pedirle dinero.

—Entonces, ¿cuál es su precio...? Si la información lo vale.

—Que dejen de darme la lata con tanta inspección y papeleo. No han encontrado *na* ilegal y por mucho que busquen no lo van a encontrar.

—Mire, voy a serle sincero, usted no me gusta. Quizás sus negocios de hostelería, sus bares y *pubs* sean legales. Pero dudo de que no sea usted un proxeneta y un narcotraficante.

—¿*Prosenequé*...? ¿Se refiere usted a un chulo? Está *equivocao*, hable usted con cualquiera de mis ciegas, ninguna ejerce obligada y el dinero que ganan con los *hombre* es para ellas. Al contrario, yo solo las cuido, les doy techo, les doy comida. ¿Que les cobro por ello? Sí, todo eso

tie un coste. Además, las trato con respeto y son libres de marcharse cuando quieran, pero si muchas de ellas se están casando con los *soldaos* americanos.

—Sí, a esos que les cobra usted una dote.

—No, eso es incierto, solo les cobro por ayudarles a realizar los trámites, el papeleo, organizar la boda y el viaje de novios.

—Pues me han dicho que esos servicios son bastante caros.

—Este es un *mercao* libre y ellos lo pueden pagar.

—¿Mercado libre? Pero si quien intenta hacerle la competencia sufre extraños incendios y accidentes.

—Yo no tengo *na* que ver con eso. ¿Y usted? También usa a los ciegos como mano de obra barata y permite a otros empresarios que lo hagan.

—No, eso lo permiten las leyes del Gobierno provisional. ¿Y el tráfico de drogas?

—Le juro por mis tres churumbeles que yo no tengo *na* que ver. He tenido mala vida, es cierto, he sido drogata, he estado en la trena, pero intento enmendarme. Hasta voy a clases nocturnas. Llevo limpio muchos meses y no quiero volver a caer. ¿Cómo lo iba a conseguir trapicheando?

—Prefiero no tener tratos con usted.

—Está bien, como *usté* quiera, pero como muestra de buena voluntad le voy a decir lo que sé. En la base hay una nave *cerrá* a cal y canto, y siempre hay un *soldao* de guardia, día y noche.

—¿Usted cree que ahí guardan los restos del misil?

—Blanco y en botella.

—Bueno..., ya sabíamos que el misil está en la base. No veo la importancia de la información.

—¿No le resulta muy extraño que siempre este *vigilao*? ¿Que no quieran que nadie vea los restos? ¿No estarán ocultando algo?

—¿Qué insinúa?

—Que ya saben quién lanzó el puto misil, pero por sus intereses y *política* no quieren hacerlo público. O tienen miedo a ese país y quieren evitar una guerra, hasta quizás hayan conseguido algo a cambio de su silencio. Piense sobre ello, estas son las *seña* de esa nave. Perdone, pero la *prostata* me da la lata, voy al meódromo. Ahora vuelvo y le cuento más cosas.

Indalecio se encaminó al aseo público, sin percatarse de que le seguía un hombre muy corpulento que había estado escuchando su conversación. Indalecio estaba a media micción cuando aquel hombre con gafas oscuras se desató el pañuelo de seda que llevaba al cuello, se le acercó sigilosamente por detrás y soltando su fino bastón blanco rodeó el cuello de Indalecio mientras apretaba con todas sus fuerzas los extremos de aquel pañuelo. El chorro amarillento de Indalecio empapó sus pantalones antes de interrumpirse con brusquedad. Intentó zafarse sin conseguirlo, mientras su atacante le susurraba:

—Esto por mi pareja, chorizo de mierda, que lo dejaste en silla de ruedas, he tardado, pero voy a vengarme.

Indalecio, desesperado, con la chorra al aire, sacó su navaja y se la clavó en el costado al policía retirado, pero Ángel no dejaba de apretar. Indalecio volvió a asestar otra puñalada en el muslo, pero el dolorido Ángel no cedía. Indalecio, con las fuerzas mermadas y mareado, fue bajándose poco a poco al suelo, la tercera puñalada, ya débil, se la dejó clavada y centró su último intento en separar el pañuelo de su oprimido cuello. Tras un último y resbaladizo pataleo sobre la sangre de Ángel que regaba el suelo, su cuerpo se relajó y dejó de respirar. Ángel, agotado, descansaba en el encharcado suelo mientras su sangre seguía saliendo a borbotones de su muslo con cada latido. Se despidió de este mundo con el rostro sereno y el alma en paz.

En la fiesta, Susana había visto en un rincón a Jaime, no dudó en acercarse a saludar.

—Mamá, tengo ganas de hacer pipí.

—Pues ve, hijo.

—Guíame, mami, no sé dónde está el aseo.

—Bueno, te acompaño, ahora volvemos, Jaime.

Susana, en su recorrido hacia Jaime, se cruzó con ellos.

—Jaime, cuánto tiempo sin vernos.

—¡Susana! Qué sorpresa, sí, la verdad, hace mucho, desde antes de la catástrofe.

—Me tienes abandonada.

—Es que me casé y tengo un hijo.

—Oh, no sabía, ¿qué edad tiene?

—Nueve años.

—¿Nueve años? —preguntó extrañada.

—Es adoptado.

—Pues ven a verme, me acuerdo mucho de ti.

—Lo siento, estoy bien servido y ya no necesito pagar.

—No te preocupes por eso, tú te mereces que no te cobre.

—Yo..., es que... no creo que sea buena idea.

—Te voy a ser sincera, he estado con muchos hombres, y como tú muy pocos. Tus juegos, tus caricias, la verdad, me ponías a cien.

—Vaya, pues gracias, bueno, pues ya te llamo yo un día de estos, que está a punto de llegar mi mujer. —Le daba largas, intentando acabar con ese embarazoso momento.

—Vale, sigo con el mismo número de teléfono —dijo al despedirse con sendos besos en las sorprendidas mejillas de Jaime.

Paco, incitado por la conversación mantenida con Indalecio, volvió a interpelar al coronel Todd.

—Coronel, como he decidido buscar el segundo misil, ¿podría ver el primero para hacerme una idea de qué estoy buscando?

—Me temo que eso es imposible.

—Deme una buena razón para impedírmelo.

—Tan simple como que los restos fueron evacuados a mi país hace meses.

—Como no me informa de nada...

—Le veo muy tenso, don Paco. La semana que viene haremos una pequeña *selebración* en la base para conmemorar nuestra llegada, como alcalde, está usted invitado.

—Asistiré, delo por hecho —concluyó al despedirse.

Raquel esperaba en la puerta del aseo a que su hijo saliera. Al poco, el niño ciego salía con un bastón que no era el suyo.

—Nene, qué te ha pasado, estás lleno de sangre.

—Me he caído, pero no me he hecho nada.

—¿Y esa sangre?

—No sé, había agua en el suelo y me he resbalado.

—Y este no es tu bastón, vamos dentro a buscar el tuyo y de paso te limpio un poco.

Entraron de nuevo en el aseo y la madre, al advertir la macabra escena, soltó un desgarrador grito de terror que alertó a los allí presentes. Algunos invitados se acercaron raudos a interesarse

por el suceso. Se armó un gran alboroto y cierto desconcierto. Nadie se explicaba la causa de aquellas muertes. La pequeña celebración fue cancelada y los invitados se retiraron para que la policía pudiera trabajar con comodidad. Las tres concubinas de Indalecio rompieron a llorar al conocer la noticia, una de ellas tuvo que ser atendida por un ataque de ansiedad. Paco meditaba sobre la muerte de Indalecio, ¿había sido casualidad? ¿O la CIA le había eliminado porque sabía demasiado? ¿O quizás Paco había visto demasiadas películas de acción?

Uno de los policías veteranos reconoció a su antiguo compañero y arrojó luz sobre el caso.

—El pasado es un acreedor que siempre cobra sus facturas —dijo con solemnidad.

—Pero si ya había pagado su culpa con la *sosiedad* —opinó el entristecido coronel al conocer los detalles del caso.

—Para algunos no hay justicia sin venganza —comentó Paco.

La vida sigue y Paco ya pensaba en la próxima celebración en Viator. Había demasiadas coincidencias en lo que le había contado el difunto Indalecio. El coronel le había mentido sobre el misil, EE. UU. iba a conseguir una base militar permanente y estratégica para controlar el norte de África y el Mediterráneo. Decidido a investigar por su cuenta, se sinceró con los dos escoltas de confianza que siempre le acompañaban, las ordenanzas municipales obligaban a la policía local a desarrollar este cometido por su cargo político. Les expuso sus temores y sus intenciones, trazaron un plan sin importarle las consecuencias. ¿Qué le iban a hacer los norteamericanos al alcalde por entrar en una instalación del ejército español en España? ¿Qué ley iba a infringir? ¿Le iban a detener? ¿Le formarían consejo de guerra? Estimaba que una reprimenda del coronel sería su castigo y él ya tenía los huevos canos para que esto le afectara.

Llegado el día de la invitación en la base militar, se escabulleron del comedor a los postres con la excusa de ir a los servicios. Recorrieron las calles del complejo ayudados por un plano. Solo un soldado americano custodiaba la puerta de la nave. Paco y un escolta esperaron en la esquina mientras el otro policía local se acercó al guardia.

—*Stop! This area is restricted.*

—*Sorry, I lost. ¿Exit?* —le dijo en un pésimo inglés mientras le mostraba el pase de visita.

—*The exit is down... Agggg!* —Fue interrumpido por el voltaje de la pistola taser que el policía local acababa de dispararle.

Le maniataron y taparon la boca con cinta adhesiva, uno de los escoltas se quedó vigilando la puerta. Paco y el otro policía local entraron. La nave estaba a oscuras, encendió la linterna del móvil y alumbró a su interior, la nave estaba semivacía, solo divisó dos fardos en sendos extremos de la nave, se aproximó a uno de ellos mientras su escolta se acercaba al otro. Debajo se adivinaban algunos objetos que perfilaban la recia tela.

—Alcalde —le susurró el escolta—, aquí hay trozos de un misil.

El alcalde retiró la lona de su fardo a un extremo y una añeja polvareda se extendió por el aire, los estornudos provocados por un incontenible picor en la nariz no tardaron en aparecer, los ahogó para evitar ser detectado. La chatarra de metal estaba cuidadosamente ordenada en el suelo a modo de puzle, buscó alguna letra para leer que le diera una pista.

—¡Hijos de puta! ¡Cabrones! ¡Son unos malditos hijos de la gran puta! —exclamó rabioso en voz alta.

El haz de luz de la pequeña linterna del móvil enfocaba una pieza metálica con una inscripción en inglés. Preparó, muy nervioso, el teléfono en modo «cámara» y realizó varias fotografías donde se podía leer con claridad *MADE IN USA*.

[Volver al índice](#)

Epílogo

Para comodidad del lector, los diálogos de este episodio han sido traducidos a nuestro idioma.

En un despacho del Pentágono en Washington, hace aproximadamente un año.

—Siéntese, coronel Todd.

—Gracias.

—Le vuelvo a recordar que esta conversación y los detalles aquí expuestos son alto secreto.

—Como ordene, señor secretario de Defensa.

—Ya ha escuchado lo expuesto en la reunión y sus órdenes están en el dossier.

—Sí, señor.

—Le voy a dar, además, otras órdenes más específicas de vital importancia. Pero antes escuche con atención...: el misil es nuestro.

—¿Cómo? No entiendo.

—El Departamento de Defensa, junto a corporaciones privadas, realiza investigaciones sobre nuevas armas. **La bomba de fotones** es una de ellas. Queríamos realizar una prueba de campo con efectos reales así que elegimos un país del norte de África para detonarla y estudiar sus efectos en una gran población. Por supuesto, ese país islamista, nada amigo del nuestro, tiene raíces yihadistas y campos de entrenamientos de terroristas.

»La bomba está diseñada para explotar en el aire y emitir mil millones de lúmenes en un radio

de 360º, vamos, en todas direcciones. Su misión es dejar un ejército enemigo ciego y desvalido, provocando que su país consuma ingentes recursos para atender a ese ejército ciego y a la población afectada por daño colateral. Es una bomba limpia, no produce daños materiales directos, ni radiactividad, ni contaminación, solo un leve aumento de la temperatura ambiente.

—Estoy muy sorprendido —comentó mientras inspiraba hondo.

—Bien, los detalles muy técnicos se me escapan. Parece ser que en vez de usar posicionamiento GPS para ubicar la posición de impacto, se ha usado un cálculo de vida del combustible del misil, pero el problema es que a veces la coordinación entre varios equipos resulta problemática. Un militar norteamericano calcula la distancia a las coordenadas del impacto usando unidades de medidas del sistema anglosajón, nuestros satélites y estaciones de mediciones enfocan a ese punto para tener acceso a la toma de múltiples datos y mediciones. Pero el encargado de calcular la distancia y coordenadas programadas en el misil, un ingeniero de origen europeo, usa las unidades de medidas del sistema internacional.

—Pero esto que me está contando es terrible.

—Sí, lo es, y para colmo, tenemos una bomba que explota con éxito, pero en el lugar equivocado. Y como nosotros estábamos «mirando» hacia otro lado, hemos perdido los detalles técnicos, no tenemos ni las mediciones, ni los datos de las estaciones de seguimiento, ni videos, ni grabaciones, así que tendremos dificultades para seguir y avanzar con rigor y exactitud el programa Fotón.

—Estaba pensando en todos esos inocentes.

—Ha sido un lamentable accidente, por eso lideramos esta misión de la ONU. Pero tenga en cuenta que el objetivo principal del programa Fotón es la defensa de nuestra nación y sus intereses. No podemos perder los millones de dólares invertidos, ni el potencial de esa nueva arma estratégica. Por eso tenemos que realizar una segunda prueba para completar correctamente el ensayo. Así que se nos ha ocurrido lanzar una segunda bomba de menor potencia y a menor altura en una de las zonas donde explotó la primera. Y hemos seleccionado Almería.

—¿Almería? Ya he leído que es mi destino en esta misión, el caso es que me suena bastante ese nombre.

—Claro, ¿recuerda el choque de un bombardero que portaba varias bombas atómicas que colisionó en pleno vuelo con un avión cisterna en la maniobra de repostar combustible?

—Sí, eso fue a mediados de la década de los 60.

—Las bombas atómicas cayeron sobre Almería y parte de la provincia quedó contaminada por la radiación y, aún hoy, los ilusos nos siguen pidiendo indemnizaciones y la retirada de hectómetros de tierra radiactiva. A nuestro Gobierno le interesa intentar escabullirse de estas responsabilidades, por eso hemos seleccionado Almería para la segunda detonación y, como el daño ya está hecho, la población ya es ciega, o sea, que «lloverá sobre mojado», no se dañará ni perjudicará a nadie más. Como le he comentado antes, realizaremos la segunda detonación sobre un área mucho más restringida y a menor altura. De esta forma, si no hay errores, que espero que no, conseguiremos nuestras imprescindibles mediciones y datos técnicos.

—Pero ¿cómo nos ordenan desplegarlos en la zona, expuestos a un segundo misil? Lo considero demasiado arriesgado para mis hombres. ¿Y los grupos de avanzadilla?

—No se preocupe. La nueva detonación está programada para dentro de unos siete días, tiempo suficiente para preparar la nueva bomba de fotones, cambiar la orientación de los satélites y de las estaciones de seguimiento hacia esa zona para conseguir las mediciones y los datos. Esto nos obligará a demorar la ayuda en Almería, porque si no, efectivamente, nuestras tropas se verán afectadas por la segunda explosión. De las avanzadillas no se preocupe, no irá ninguna a Almería.

Usted llegará después de que el misil explote. O sea, que tiene tiempo suficiente para preparar a sus hombres.

—Como usted ordene —respondió aliviado.

—El presidente Ronald Tramp está al tanto de todos estos detalles. Sus órdenes complementarias a las generales son máximo secreto. No debe revelar, bajo ninguna circunstancia, que las bombas son nuestras y debe evitar que nadie conozca su procedencia. El origen de esta tragedia nunca debe relacionarse con nuestro país, no queremos esta mancha en nuestra historia, además de que seríamos el hazmerreír mundial por ese fallo técnico, sin hablar del gran coste económico en miles de millones de dólares en concepto de indemnizaciones y reparación de daños. Debe encontrar los restos de los dos misiles, del primero y del segundo, así como ocultar su rastro y existencia. Los custodiará hasta que los devuelva al consorcio que los fabricó. ¿Alguna pregunta?

—No, señor.

—Puede usted retirarse, y recuerde: su misión es muy importante y es posible que en sus manos esté el evitar un conflicto internacional.

El coronel Todd asintió con fuerza mientras tragaba saliva.

Salió del despacho y enfiló el pasillo, nervioso y algo aturdido, en busca de su destino en la andaluza ciudad de Almería.

Fin

Nota del escritor: Doy las gracias a mi esposa Ana por cuidar tan amorosamente de mí y ayudarme a escribir este libro. Por sus aportaciones como maestra y su paciencia ante mis dictados, ya que mi ceguera me imposibilita escribir. También agradezco a los protagonistas de estos episodios el relato de sus historias y sus esfuerzos por recordar las penurias que vivimos durante esos dramáticos días.

[Volver al índice](#)